

La Ruta de Hidalgo en San Luis Potosí

Arquitectura y Paisaje

1810 - 1910 - 2010

Martín Ernesto García Muñoz



Fotografía

Martín Ernesto García Muñoz

Leonardo González Leos - Elva Lorena Rodríguez González

La Ruta de Hidalgo
en
San Luis Potosí
Arquitectura y Paisaje
1810-1910-2010

Martin Ernesto García Muñoz

Fotografía

Martin Ernesto García Muñoz - Leonardo González Leos

Elva Lorena Rodríguez González

Coordinación

Martin Ernesto García Muñoz

Investigación documental y estilo

Begoña Garay López

Leonardo González Leos

D.R. Fotografía

Martin Ernesto García Muñoz

Leonardo González Leos

Elva Lorena Rodríguez González

Fotocomposición

Leonardo González Leos

Elva Lorena Rodríguez González

Edilia Guadalupe Soriano Rodríguez

Diseño Editorial

Elva Lorena Rodríguez González

Edilia Guadalupe Soriano Rodríguez

Gestión y Producción

Gabriel Alejandro Carranza Ramírez

Impresión

ISBN: 000000000000

Para Ernesto Mi Raíz, Mi Tierra

Para Aleida Mi Niña Luna

Para Rodrigo Mi Sol Brillante

Índice

PRESENTACION	7
INTRODUCCION	9
CAPITULO I	
1.1 Los Pueblos Salineros	27
1.2 El Paisaje	29
1.3 Las Reales Salinas del Peñón Blanco.....	33
1.4 El Tapado	41
CAPITULO II	
2.1 Los Pueblos agrícolas y las haciendas.....	51
2.2 El Paisaje	55
2.3 La Hacienda de Cruces.....	61
2.4 La Hacienda de Guanamá	63
2.5 San Sebastián Ojo de Agua del Venado	67
2.6 La Hacienda de Laguna Seca.....	75
2.7 La Hacienda de Solís	77
2.8 La Hacienda de Represadero o Villa de Guadalupe.....	79
2.9 La Hacienda de la Presa y la Presita.....	81
2.10 La Hacienda del Salado y El Cedral.....	85
CAPITULO III	
3.1 Los Pueblos Mineros.....	93
3.2 El Paisaje	99
3.3 Santa María de las Charcas.....	103
3.4 Real de Minas de Nuestra Señora de la Limpia Concepción de Guadalupe de los Álamos de Catorce	113
3.5 Villa de la Paz y San Francisco de Matehuala.....	127
EPÍLOGO	141
NOTAS	197
BIBLIOGRAFÍA	201

Presentación



Cabeza emblemática de la Ruta

Introducción

En el devenir de los sucesos de los pueblos y las naciones, existen momentos que se quedan marcados, como tatuajes indelebles en la conciencia de sus protagonistas, y se prolongan en las generaciones subsecuentes como los portadores de un patrimonio heredado.

De estos hechos de la historia -que es quien los registra y los estudia- solo algunos se convierten en un parteaguas de la época, para transformarse en hitos que simbolizan los cambios de vida radicales de la humanidad, y que tienen una repercusión en los ámbitos universales.

Dos de estos momentos sin la menor duda, lo fueron la guerra de independencia de los Estados Unidos de 1776 y la revolución francesa de 1789, dejando una secuela de anhelos por alcanzar entre los pueblos de América y con ello las transformaciones fueron inminentes.

Así muchos hombres y mujeres se vieron envueltos en la vorágine de las ideas que los condujeron a la toma de decisiones, produciendo sucesos similares de carácter regional que se transformaron en hitos semejantes a los antes mencionados para sus respectivas naciones.

Fue el caso de los territorios dominados por la España Imperial, donde los acontecimientos de la imposición Bonapartista, servirían como el fósforo para el polvorín que hizo detonar reclamos ancestrales, consecuencia de lo que trajo la conquista de los pueblos prehispánicos, donde se sumaron todos los modos de mestizaje hasta llegar a la punta de la cadena que en su momento fueron los criollos.

La Nueva España conformó una sociedad con un conjunto de injusticias -sustentadas en la dominación y destrucción de las antiguas culturas indígenas-, que se caracterizaron por ser profundamente religiosas, pero

con arraigadas diferencias políticas. Esto le permitió a los conquistadores sumar pueblos y regiones a su dominación de una manera rápida y brutal en ocasiones, principalmente con los de Mesoamérica. Sin embargo, los pueblos del septentrión, los de aridoamérica, presentaron una feroz resistencia que prolongó el fenómeno de la conquista, hasta finales del siglo XVI, para irse recorriendo cada vez más al norte y propiciar así las formas culturales de la región norteña, las cuales se originaron en la zona de fronteras entre esas grandes áreas que convergen en los actuales estados de San Luis Potosí y Zacatecas.

Para el siglo XVII y XVIII el mosaico multicultural se fue consolidando bajo el fuerte proceso de sincretismo entre lo europeo y lo indígena propiciado por la labor de evangelización de las diferentes órdenes religiosas que se establecieron en todo el territorio. Así se fueron conformando las características de cada lugar y región.



Sierra de los Picachos

La fusión biológica, entre europeos, indígenas y en ocasiones negros, marcó la creación de los mestizos en todas sus variedades que en lo social, económico y político, dió origen a los antagonismos de clase, hecho subrayado por el concepto de castas que aumentó las diferencias entre todos los individuos que habitaron en el virreinato de la Nueva España, y que gradualmente se fueron haciendo más profundas.

Los hijos de los españoles nacidos en estas tierras, y a su vez los hijos de sus hijos, fueron poco a poco aumentando, pero con ello también se fue acentuando una marcada diferencia entre éstos y los peninsulares, no solo por la circunstancia de no ser españoles de nacimiento, sino por el hecho de enfatizar que no lo eran, al llamarles “criollos”. La inequidad se acentuó al no tener los nativos de estas tierras, los mismos derechos que los peninsulares, cuando se decretan medidas de prohibición en el desarrollo económico y productivo, sembrando condiciones que separaron a éstos de su sentido de pertenencia al Reino de España, convertidos en ciudadanos de segunda por el simple hecho de haber nacido en el territorio de la Nueva España.

Así, los criollos se fueron identificando cada día más con el resto de los habitantes marginales, influyendo en esto por una parte, los acontecimientos políticos del debilitamiento de las estructuras de poder del Imperio Español, ante los embates del pensamiento ilustrado en contra de los sistemas monárquicos, y por otra, el surgimiento de una identidad regional, con lo tangible como lo era su propia realidad y no la de pertenecer a una sociedad lejana a la cual muchos ni siquiera conocían, y que solamente lo sabían como una idea en lo abstracto.

Don Miguel Hidalgo y Costilla se convirtió en el ícono de la sublevación de septiembre de 1810 desatada en el pueblo de Dolores, iniciándose una suma de acontecimientos que registra la historia, como el inicio de la gesta insurgente, lo que despertó el espíritu de independencia de muchos de los habitantes de la Nueva España, provocando un enfrentamiento de ideas en los campos de batalla, circunstancia que se transformó con el tiempo en el duelo continuo de los bandos opositores de conservadores y liberales en nuestro país.

El curso que tomaron tales acontecimientos dieron origen a una concatenación de lugares que fueron eslabonándose, uno a uno, con un sentido de estrategia político militar, sumando contingentes de toda clase de individuos, aumentando la cantidad de militantes de un ejército que se fue construyendo día a día.

La celeridad de los sucesos, determinó una serie de aciertos y errores que se proyectaron en un principio, en la euforia del pueblo, y el impacto del desconcierto de los grupos que ostentaban el poder.

La muchedumbre que seguía al cura de Dolores como el líder moral y espiritual de muchos, en sus ingenuos pasos, llegaron a creer que podían tomar el cielo por asalto, como aquellos parisinos de 1848, que pretendieron llegar al poder de manera radical, sin ningún éxito.

La retirada del Monte de las Cruces a las puertas de la ciudad de México, después de una sangrienta batalla, y las primeras derrotas infringidas a manos del ejército virreinal en Aculco, encabezadas por Félix María Calleja del Rey y su fuerte batallón



Ruta de Hidalgo 1810 - 1811

integrado en San Luis Potosí, conocido como “Los Tamarindos” -donde tenía sus reales y bases de poder-, acompañado por Manuel de Flon Conde de la Cadena, comenzaron a darle un giro a este movimiento, provocando una retirada descompuesta, marcando de esa manera las primeras divisiones y diferencias en el grupo de mando insurgente.

Poco a poco la honda fisura se haría más notoria y las divergencias de métodos y criterios entre Hidalgo y Allende debilitarían el ánimo general, haciéndose patente en la disminución del número de los rebeldes.

Ya en Guadalajara, Hidalgo reforzó su ejército con los contingentes que se sumaron en las regiones de Nueva Galicia y Valladolid, pero la falta de disciplina y preparación castrense de estas huestes, dieron el golpe final, propiciado nuevamente por la derrota que el bando virreinal les asestó en la batalla de Puente de Calderón.

La huida al norte condujo al grupo que conformaba el estado mayor de los insurgentes a culpar a Hidalgo de las causas del desastre, y en la Hacienda de Pabellón fue hecho prisionero por

sus correligionarios. Se decidió así marchar al norte, en dirección a los Estados Unidos, para reforzar la lucha, comenzando el misterioso peregrinaje sobre los territorios del semidesierto del altiplano potosino en dirección a la hacienda de Acatita de Bajan, desde donde se dio el último trayecto hasta la ciudad de Chihuahua, para encontrar Miguel Hidalgo, junto con otros insurgentes, el final de sus días en un acto de degradación de su investidura religiosa y su fusilamiento.

LA RUTA DE HIDALGO

El recorrido realizado a través de diferentes territorios del actual estado Mexicano por Don Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga e Ignacio Allende y Unzaga a partir del 16 de septiembre 1810 y hasta el 30 de julio de 1811, se puede dividir en tres etapas. De la misma forma que Dante Alighieri estructuró su Divina Comedia en tres grandes capítulos conocidos como el infierno, el purgatorio y el paraíso, las circunstancias se le presentaron de la misma forma a Hidalgo, pudiendo tener interpretaciones similares, desde una visión mítica, definiéndose la primera etapa como el infierno de la

guerra, la segunda como el purgatorio por las tierras áridas, para la expiación de los pecados y la tercera como el paraíso de la gloria, al transformarse en el héroe que dio origen a la lucha para la Independencia de México de la dominación del imperio español. Es en este momento cuando se le reconoce como el “Padre de la Patria”, determinando que el concepto de Patria es una abstracción, con una carga simbólico-intangible como lo establece Don Luis González y González, la Patria como el padre y la Región, como la Madre o la matria; es el elemento tangible, que se manifiesta a través de la naturaleza, los pueblos, las personas y el paisaje.

Sin embargo, desde la parte humana también se podrían invertir los términos, comenzando por el paraíso de la eufórica ilusión de la toma del poder que liberaría a todos de los males y represiones, la segunda es la que no presentaría cambio alguno pues seguiría siendo ese purgatorio, y la tercera el infierno del desastre que quedó con las derrotas, la captura y su fusilamiento.



Cielo del Altiplano

LA PRIMERA ETAPA (EL PARAISO)

Se podría sintetizar en el trayecto iniciado en el pueblo de Dolores y concluir con la gran derrota de la batalla de Puente de Calderón, ruta que se divide en dos parcialidades: Comienza con la euforia del levantamiento armado o “grito” y continúa hacia Atotonilco, donde se apodera de un estandarte de la Virgen de Guadalupe, otorgando el carácter de identidad regional al movimiento. Sigue a San Miguel el Grande, Chamacuero, Celaya, Salamanca, Irapuato, Silao y Guanajuato, donde el ejército insurgente presentó combate por primera vez, dando origen a la afamada confrontación de la Alhóndiga de Granaditas y al legendario personaje, Juan José Martínez, el “Pípila”, quien con una lápida de piedra a cuestas se aprestó a incen-

diar la puerta de acceso. De este sitio se continúa en dirección hacia Valladolid (hoy Morelia), generándose un circuito que pasa nuevamente por Silao, Irapuato, Salamanca, Valle de Santiago, Jaral del Progreso, Salvatierra, Acámbaro, Charo y Morelia, para de ahí desplazarse a Indaparapeo, Zinapécuaro, Acámbaro, Maravatío, Pateo, Tepetongo, Jordana, San Felipe del Obraje, Ixtlahuaca, Toluca, Metepec, Tianguistenco, hasta Cuajimalpa, donde se toma la polémica decisión de retirada, después del desgastado triunfo en la batalla de Monte de las Cruces, a las puertas de la capital del Virreinato.

Hasta aquí, la primera parte de la ruta concluye, caracterizada por un victorioso contingente que imparable, arrasaba con todo a su paso. A partir de este punto, la situación da un vuelco radical, marcada por un sinfín de derrotas, deserciones y persecuciones en desbandada, y por supuesto, la división y diferencia de los enfoques y objetivos por alcanzar en lo político, social y militar entre el alto mando insurgente.

Se inicia entonces el regreso a los lugares de origen donde se encontra-

ban las bases de apoyo para reforzar la lucha, comenzando por Temoaya, Jiquipilco, Nixiní y Aculco - lugar que marcó la primera derrota del grupo, para dividirse en retirada, unos con Allende y los otros con Hidalgo, y continuar su peregrinar por Amealco, Celaya, Salamanca, Valle de Santiago, Uriangato, Cuitzeo, Valladolid, Zitácuaro, Tlazazalca, Zamora, Ixtlán, La Barca, Ocotlán, Atequiza, Tlaquepaque, y Guadalajara, donde el ejército insurgente se recuperó, reencontrándose los dos contingentes para enfrentar a los realista en lo que sería la última gran batalla de Hidalgo con todas sus huestes, en Puente de Calderón.

LA SEGUNDA ETAPA (EL PURGATORIO)

En el proceso de la huida, Hidalgo se dirigió con lo que le quedaba de su tropa por los poblados de Cuquío, Moyahua, Juchipila, Apozol, Jalpa, Valle de Huajúcar, San José de Gracia, hasta llegar a la hacienda de Pabellón, en el actual estado de Aguascalientes. En ese lugar fue alcanzado por el contingente encabezado por Ignacio Allende y el grupo restante del estado mayor insurgente, quienes tomaron la



Gobernadora

resolución de culpar a Miguel Hidalgo de ser el responsable de todos los desastres y derrotas recibidas a manos del ejército virreinal, convirtiéndolo en su prisionero, retirándole el cargo de Capitán General de los Ejércitos Insurgentes, cargo que, con anterioridad le fuese entregado por sus tropas en la ciudad de Celaya, en aquellos días iniciales de la lucha y al que él mismo agregaría "De América". Esta apoteosis culminaría en Acámbaro, donde se le proclamó Generalísimo de las Armas Americanas.

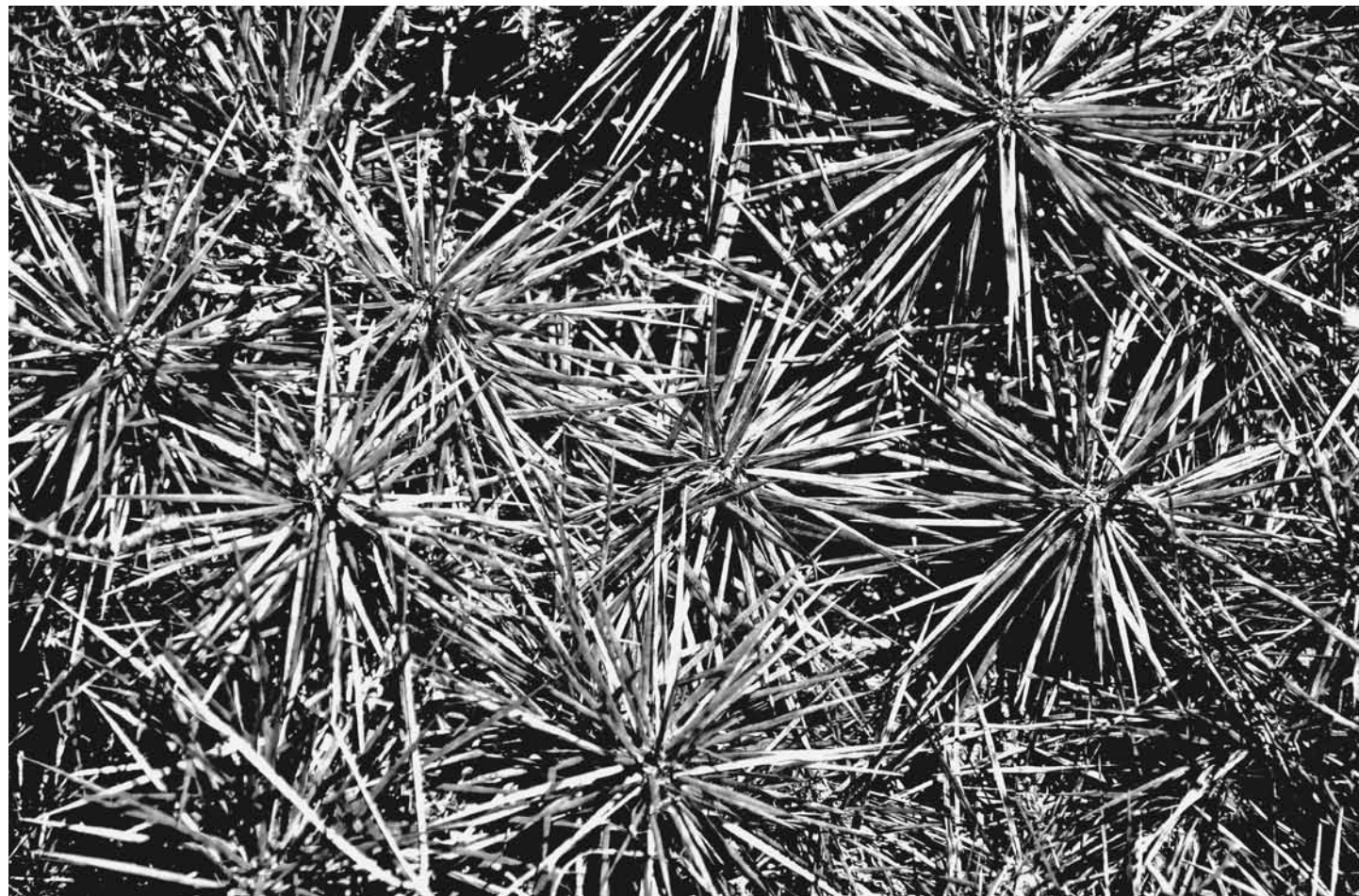
Es importante destacar, que en ese mismo lugar de Acámbaro, se dieron los nombramientos para encabezar la lucha en diferentes regiones, a José Antonio el "Amo" Torres para controlar la Nueva Galicia; José María González, para Sinaloa y Sonora; el Cura José María Mercado, para Tepic y San Blas; la región de Zacatecas, a Rafael Iriarte, a los Frailes Juan de Villerías y Luis Herrera en San Luis Potosí, entre otros nombramientos más que se impartieron, pero estos últimos serían los territorios por donde pasaría como prisionero de su misma gente, en los días resacas y helados del invierno de finales de 1810 y los inicios de 1811, cuando cruzó las ári-

das llanuras del Altiplano Zacatecano y Potosino. Saliendo de la hacienda de Pabellón, los insurgentes continuaron en dirección norte tratando de evadir la ciudad de San Luis Potosí, pues era bastión fuertemente controlado por Calleja, por lo tanto continuaron pasando por San Pedro Piedra Gorda, Zacatecas, Trancoso, Ojo Caliente, la hacienda Del Carro (hoy González Ortega), comenzando su incursión por tierras potosinas al llegar a las Salinas del Peñón Blanco. A partir de este punto, se avanzó por un camino incierto, el cual posiblemente transitó por los pueblos salineros o la hacienda de Espíritu Santo en Zacatecas; la hacienda de Cruces; la hacienda de Guanamé, el poblado de San Sebastián Ojo de Agua del Venado, el mineral de Santa María de las Charcas, la hacienda de los Solís, la hacienda del Represadero (hoy Villa de Guadalupe), la comunidad de La Biznaga, las haciendas de La Presa y La Presita, la Villa de San Francisco de Matehuala, los poblados de Cedral, Presa Verde, San Juan de la Cruz y finalmente la hacienda de El Salado, para adentrarse en el actual estado de Coahuila en dirección de Saltillo, y más tarde alcanzar el sitio de la hacienda de Acatita de Baján,

donde las tropas insurgentes serían traicionadas por el siniestro personaje Francisco Ignacio Elizondo, antiguo Capitán de Milicias retirado del ejército virreinal, quien se incorporó a los insurgentes con el grado de Teniente Coronel, apoyado por los realistas de Múzquiz y de Monclova.

Los traidores propinaron un golpe contundente contra el gobernador insurgente de Coahuila Pedro Aranda, y se encaminaron al sitio para llevar a cabo el engaño de la recepción, siendo los insurgentes tomados por sorpresa y hechos prisioneros, cuando pensaban que los esperaban para conducirlos a Monclova en aquel 21 de marzo de 1811.

En el recorrido que Hidalgo realizó a través de los territorios de Zacatecas, San Luis Potosí y Coahuila, el prócer debió percatarse de las diferencias y contrastes que subyacen entre los pueblos originarios del centro de México (herencia cultural mesoamericana) y los del norte del país (aridoamérica); los primeros sedentarios, los segundos nómadas cazadores recolectores, congregados en pueblos y rancherías por imposición de la autoridad española.



Cardenchas

A diferencia de los otomíes, nahuas, purépechas y otras etnias del centro, quienes apoyaron fervientemente la causa insurgente, donde la figura de Hidalgo era para estos pueblos de santidad y veneración -debido al vínculo que desde el siglo XVI a través de la conquista espiritual generaron las diferentes órdenes religiosas en el ámbito mesoamericano-, los guerreros de la Gran Chichimeca veían en el sacerdote, un extranjero más en su territorio queriendo convencerlos de otra lucha entre los viejos invasores y los nuevos que desconocían.

Por lo anterior, aún y cuando el pueblo genéricamente conocido como Apaches (donde se incluían mezcaleros, comanches, lipanes, etc.) hizo un pacto de sangre estableciendo un diálogo de adhesión con la causa de Hidalgo, se confabula con el traidor Elizondo para capturar al líder insurgente. Otro de los elementos con los que se encontró el grupo, fue el cambio radical de las distancias existentes entre los poblados. En el centro norte (Bajío y el Altiplano Central), prevalecen las condiciones climáticas más favorables y aptas para los asentamientos humanos. Pero las planicies áridas norteñas se destacan por sus condiciones difíciles para cualquier actividad y principalmente la

falta de agua para la subsistencia básica, además de las mayores distancias entre los sitios con población.

LA TERCERA ETAPA (EL INFIERNO)

Este periodo, que solo duraría un poco más de tres meses, tan solo consistió en el traslado de los personajes desde el lugar de su captura, en Acatita de Baján hasta Monclova, donde la mayoría fueron fusilados. Después de unos días en esa población fueron trasladados por el vasto desierto de Chihuahua y sus múltiples llanuras calcinantes para llegar a dicha ciudad después de casi un mes de un agotador periplo, para finalmente ser entregados a las autoridades, quienes los encerraron en las mazmorras del convento de San Francisco. El tiempo restante de los meses de mayo y junio, se llevó a cabo el juicio de Hidalgo, para su degradación y fusilamiento final.

LA RUTA DE HIDALGO EN SAN LUIS POTOSÍ

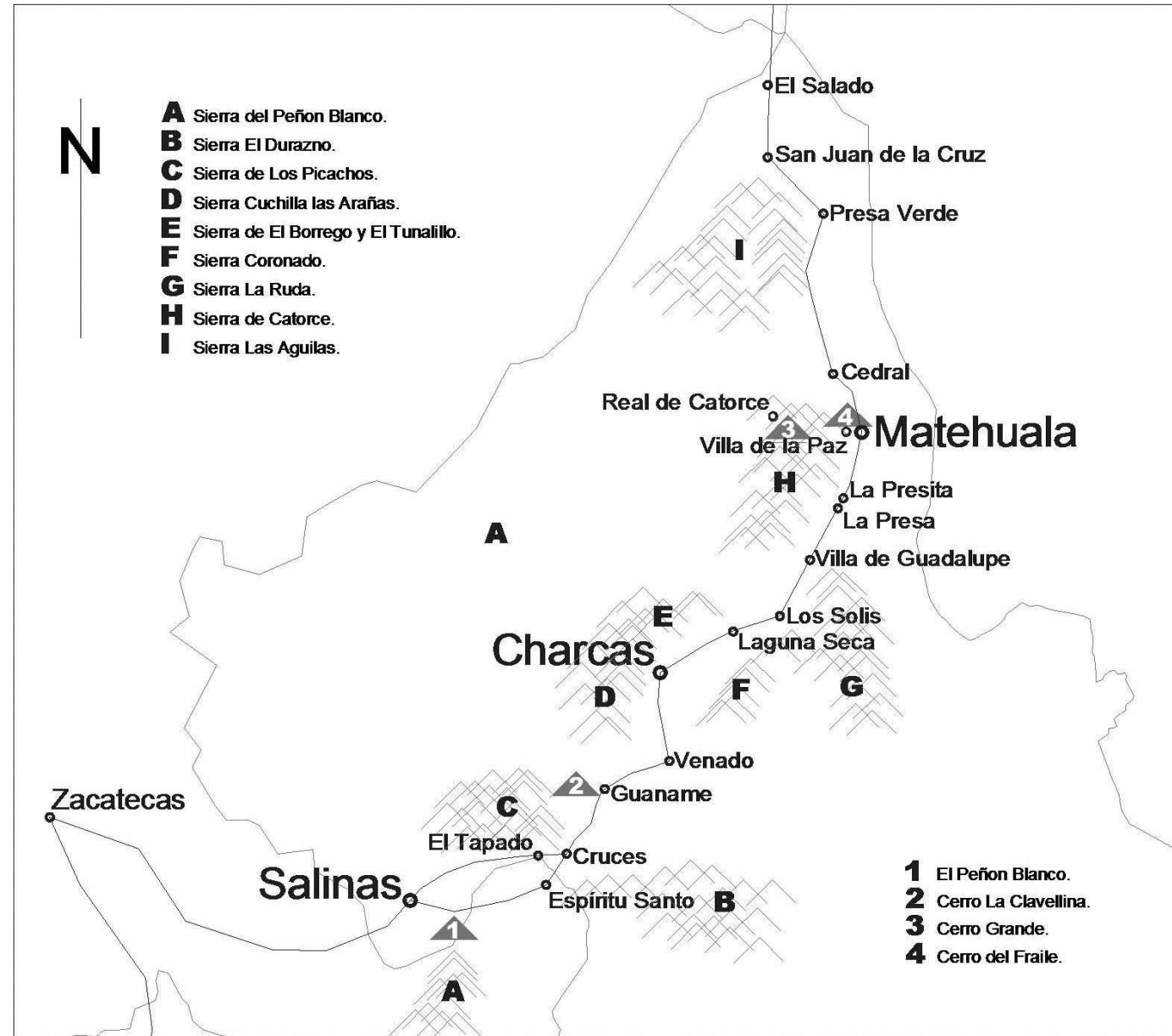
Una vez analizados los hechos históricos del recorrido insurgente por el

estado de San Luis Potosí, se conjugan varios factores importantes para la visualización y análisis de este importante y emblemático acontecimiento:

- El paisaje natural.
- La producción arquitectónica dentro de este paisaje.
- Los caminos y vías de comunicación que concatenan los sitios naturales y los espacios edificados.
- La temporalidad de los hechos y su consecuencia en el desarrollo de la región (1810-2010).

Bajo los criterios de valoración del patrimonio cultural edificado, donde los documentos internacionales ya demandan la necesidad de ligar la producción patrimonial humana con su contexto social y natural, para el caso del camino recorrido por los insurgentes, se conforma una ruta o paisaje histórico cultural.

Por lo anterior, la gesta insurgente y su devenir en nuestro estado, nos dan la pauta para analizar este recorrido, realizado dentro de un ámbito geográfico específico, en un tiempo y contexto social determinado. Es por ello que dentro del marco de la celebración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario del inicio de la llamada Revolución Mexicana de



1910, se da la oportunidad del análisis de este suceso, en la sumatoria de los diversos discursos sociales enfilados en las causas más sentidas y por los anhelos de construir una nueva nación a partir de la confrontación de los cañonazos y las balas.

Dentro de esta ruta, en lo que se ha denominado la segunda etapa (el purgatorio), que comprende el recorrido realizado en los estados de Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y Coahuila, cuyo trayecto corre a través de sitios enmarcados por paisajes áridos, desolados y de una amplia bastedad en extensión territorial, presididos por un cielo luminoso, gobernados por un sol inclemente, se enseñorea el valor del agua como algo muypreciado por los habitantes de piel curtida y labios ressecos, poseedores de suelos resquebrajados por la salinidad y la furia del viento seco y frio de los inviernos.

El trayecto comprendido en el estado de San Luis Potosí, fue el lugar que introdujo a los insurgentes en la reflexión profunda después de las derrotas, circunstancia acentuada por el hecho de tener a su propio líder como prisionero. Al ser sometido

Hidalgo al silencio y el encono de sus propios guerreros, se creó el ambiente propicio para la introspección que lo conduciría sin remedio al lugar de su captura en Acatita de Baján.

La ruta en San Luis Potosí inicia en el poniente del estado, a través de incipientes pueblos salineros enmarcados en uno de sus flancos por la figura sólida y corpulenta de la montaña del Peñón Blanco -como un bravo centinela vigilante que resguarda el ingreso a las tierras sagradas de Wuirikuta-, y por los caminos reales del Altiplano Potosino, en el actual municipio de Salinas de Hidalgo. Pasó por los conjuntos arquitectónicos de las instalaciones para la producción de la sal (en Santa María de las Salinas) y posiblemente, siguió por el fantasmagórico trayecto que conduce al enigmático pueblo arrasado de El Tapado, extraordinaria locación para la narrativa del realismo mágico de la literatura latinoamericana y con especial acento en las crónicas de Juan Rulfo.

Otra ruta posible hacia Cruces desde Salinas, pudo seguir por la Hacienda de Espíritu Santo, hoy en el Estado de Zacatecas.

Estos lugares se articulan por un macizo de montañas que los separan de la hacienda de Cruces, a manera de preámbulo al mundo agrícola y ganadero de las haciendas localizadas hacia el norte.

La ruta insurgente continúa por las haciendas de Cruces y Guanamé, las cuales se entrelazan por caminos que las hermana en la vastedad del semidesierto, como dos oasis que se eslabonan entre sí.

Desde ahí, el recorrido lleva hacia el pueblo oasis de San Sebastián Ojo de Agua del Venado, dejando de manifiesto la relevancia de este líquido en su propia toponimia.

El periplo prosigue hacia el pueblo minero de Charcas, con minas que datan del siglo XVI, comunicado por un camino en dirección a Zacatecas, entre estancias ganaderas y presidios de vigilancia y auxilio contra los ataques de los Chichimecas, comunes en esa época. Charcas Viejas es uno de estos casos, en las entrañas de las sierras de Cuchilla las Arañas y El Tunalillo, situado en el macizo montañoso que arranca al pie de Charcas. Frente a este poblado se levanta la Sierra de



Paisaje nocturno

Coronado, macizo montañoso que continúa hacia la Sierra de Catorce con la discreta fisonomía del gran gigante del Cerro del Quemado, al poniente y el mineral de Real de Catorce, enclavado en un cañón en el corazón de la sierra. De Charcas se abre al oriente un extenso valle en dirección a Santo Domingo, concluyendo con la altiva y vanidosa figura del Cerro del Fraile, en cuyas faldas se levanta el pueblo minero de Villa de La Paz, dejando más abajo, en la planicie, a la ciudad de Matehuala.

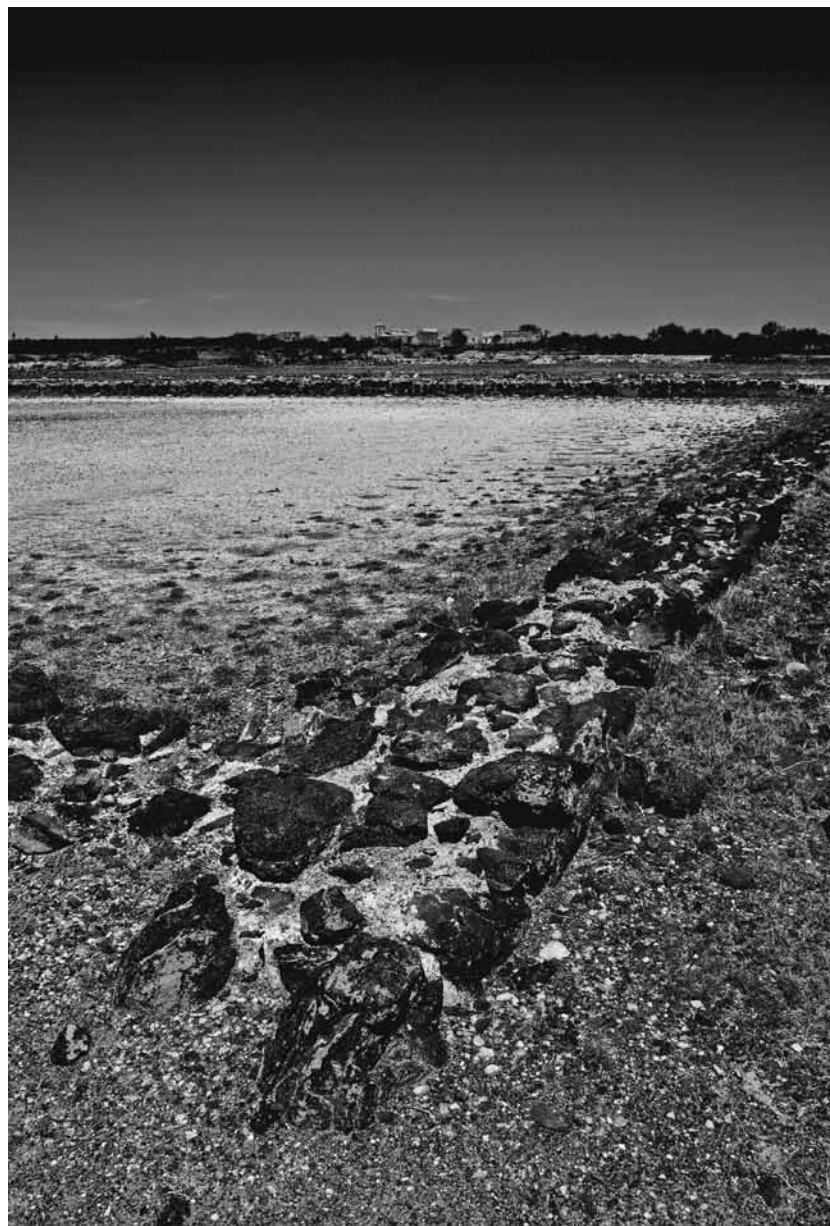
El Cerro del Fraile y el de La Cobriza, son las dos majestuosas puntas de la sierra de Catorce, se asemejan a las torres de una catedral. Estos colosos prácticamente cierran la ruta de salida del territorio Potosino, pasando por Cedral, enfilándose a la punta más septentrional en la hacienda de El Salado, dejando en el trayecto intermedio a las haciendas de Laguna Seca, Solís -por donde se tiene el registro del paso de Hidalgo por el lugar-, las haciendas de La Presa y La Presita y el poblado de Villa de Guadalupe.



Laguna La Salinera

CAPITULO I

- 1.1 Los Pueblos Salineros
- 1.2 El Paisaje
- 1.3 Las Reales Salinas de Santa María del Peñón Blanco
- 1.4 El Tapado



El Tapado

1.1. LOS PUEBLOS SALINEROS

En el origen, la luz le dio sentido a los materiales, los transformó en colores, texturas y formas, contrastados bajo los matices de las sombras.

Con ellos se levantaron las líneas de los horizontes para configurar los espacios del paisaje natural; el lugar forjado por la esencia de la natura, quien procrea sus ecosistemas en un círculo de vida, prodigando la evolución, en el cambio constante que faculta a la existencia para que los sitios cobren su propia identidad.

De tal suerte surgió la morfología biológica del Altiplano Potosino, territorio de América del Norte que hoy llamamos México: éste concepto abstracto, delimitado por las fronteras humanas que se abrazan a la idea de construir la identidad, que los seres humanos

sobreponen en las geografías del planeta y que al igual que la naturaleza, se transforman en el tiempo y en el espacio a través de la historia.

Una de estas transformaciones se desató el 16 de septiembre de 1810 en el pueblo de Dolores en el actual estado de Guanajuato, donde el Cura de su parroquia principal se levantó en armas para luchar por una nueva identidad, que pretendía la independencia política y administrativa del entonces imperio español. En ese proceso de sumatoria de hechos y acontecimientos se fue determinando un camino que con el transcurrir del tiempo se le conoció como la Ruta de Hidalgo y el de aquellos insurgentes que lo acompañaron en su recorrido azaroso por estas tierras.

Al ingresar al territorio Potosino, desde el poblado de Villa González Ortega en el estado de Zacatecas, al sur de lo que hoy es Salinas de Hidalgo - que por esos días se conocía como las Salinas del Peñón Blanco-. Es ahí donde el paisaje se abre, a través de planicies áridas como una línea recta en dirección del norte, para alcanzar la frontera de la recién creada nación de los Estados Unidos, como objetivo

de estos guerreros, con el fin de reestructurar su lucha; convirtiéndose esta zona, para Don Miguel quien venía prisionero de sus propios compañeros - siendo un líder espiritual y religioso por su formación-, en un auténtico purgatorio para su reflexión interior. Es relevante tomar en cuenta que éste territorio se transitó en pleno invierno, en medio del frío reseco y de ventiscas polvorientas tan características de la región de *Los Pueblos Salineros*.

En este contexto se conforman las lagunas salitrosas que propician los asentamientos de esta región destacando a las Salinas de Hidalgo como el punto central, y el de mayor importancia desde su fundación a mediados del siglo XVI, en el año de 1562. A partir de ese momento se inició un entorno de sitios dedicados a la extracción de la sal, tanto en Zacatecas como en San Luis Potosí. Prueba de ello fueron las lagunas de Santa María del Peñón Blanco (actual Salinas S.L.P.) y Salinas Viejas de Santa María (en Santo Domingo S.L.P.). Posteriormente se sumaron otras lagunas como Santa Clara, Saldivar y la Doncella también en Santo Domingo, la laguna de Santa Ana en Fresnillo en Zacatecas y también del



Cerro del Toro

mismo estado, San Antonio, Primera Escondidita, Segunda Escondidita y Salitral del Morro (en el municipio General Pánfilo Natera), Primera de San Cosme, Segunda de San Cosme, San José y Pozo Blanco (en el Municipio de Villa de Cos, Zacs.) y El Salado y Salitral de Carrera (en Villa de Ramos, S.L.P.) también forman parte de este grupo las de Nuestra Señora del Carmen y Bajío del Toro donde se encuentra el conjunto arquitectónico del pueblo fantasma de El Tapado, de acuerdo a las investigaciones de David Vázquez el poblado se llamó Zamorelia¹¹. Cabe señalar que es posible que el contingente de los insurgentes pasara por ese territorio en su trayecto de las Salinas del Peñón Blanco en dirección de la hacienda de Cruces, o tal vez pudieron viajar por otra ruta alterna que pasa por la hacienda de Espíritu Santo en el límite de los estados de Zacatecas y San Luis Potosí.

1.2. EL PAISAJE

Las llanuras ocres y verdosas dominadas por la planta reina de los suelos salobres, popularmente conocida como la gobernadora (*Larrea divaricata*), impregna el ambiente con

sus penetrantes aromas a yodo, mantiene un férreo dominio por encima de cualquiera de los seres vivos del lugar y solo en pequeñas porciones de tierra, cercanas a los arroyos o algunas norias, crecen los mezquites (*Prosopis juliflora*), huizaches (*Acacia farnesiana*) y extensas porciones de bosques de yucas o palmas (*Yuca filifera*) donde éstas plantas propias del matorral desértico micrófilo sobreviven a pesar de las condiciones adversas que presentan los suelos, como mal drenaje o exceso de salinidad y alcalinidad. Aquí, donde la naturaleza da el comienzo al desierto Chihuahuense, y convierte a esta región en la puerta de ingreso a esta bastedad.

En la porción del Altiplano Potosino, la altitud de los valles, oscila entre los 2, 000 y los 2, 100 m/snm, siendo ésta una de las grandes provincia fisiográfica que conforman la República Mexicana, denominada Mesa Central, por su ubicación al centro norte de México, flanqueada por las dos cordilleras más importantes que estructuran al territorio: la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental. La Mesa Central se caracteriza por ser una gran cuenca endorreica, donde todos los escurrimientos de las eleva-

ciones de su interior se transforman en ríos y arroyos que no presentan grandes caudales que desembocan en los bajíos o depresiones susceptibles de inundación para conformar lagunas que solo perduran en la temporada de lluvias en el verano. Estas aguas intermitentes comunmente se evaporan o se infiltran al subsuelo permaneciendo en superficie un par de meses en el año. Esta gran cuenca, a su vez se subdivide en varias pequeñas cuencas. Una de ellas es la cuenca hidrológica conocida como El Salado, la que le otorga el carácter de tierra inhóspita para la vida humana. Fray Bernardino de Sahagún, en su magna obra “Historia general de las cosas de la Nueva España” y el llamado “Código Florentino” - producto de su labor de evangelizador, bajo una visión de carácter antropológico de los pueblos de Mesoamérica y sus vecinos inmediatos -, menciona a los llamados Chichimecas, pobladores nómadas que formaban parte de este paisaje en los tiempos de la conquista española narrando lo siguiente:

“Ellos llamaban aquella región la Chichimecatlalli - o Tierra de los Chichimecas- y también la Teotlalpan Tlacochealco Mictlampa - o “campos espaciosos que están hacia el norte lugar de la muerte”- y comentaban



Peñón Blanco y Cerro Alto

que *“Es un lugar de miseria, de dolor, de sufrimiento, fatiga, pobreza y tormento. Es un lugar de rocas secas, un lugar de lamentación, es un lugar de muerte, de sed de inanición. Es un lugar de mucha hambre, de mucha muerte.”* ¹¹¹

Bajo estas circunstancias, la ruta de los insurgentes en el territorio del Altiplano Potosino, se conforma por un conjunto de serranías ligadas como meandro montañoso que corre en dirección del suroeste al noreste, a manera de serpiente, sobre el semi-desierto, avanzando zigzagueante por la alta planicie con el Peñón Blanco como cascabel erguido de la cola del reptil; y el cerro del Fraile aislado rematando la Sierra de Catorce al final de la ruta como la cabeza que apunta en dirección de su destino. Éste perfil geográfico marcó la pauta para la creación de los caminos entre pueblos salineros, haciendas, pueblos agrícolas y las poblaciones mineras del norte, conformando un eje serpenteante.

La Sierra de Catorce, desplantada en el eje norte - sur, funciona como una muralla que en ocasiones se articula para ensamblar las planicies áridas del oriente y del poniente, quedando en el Este los pueblos y territorios de españoles, criollos y mestizos, y en el

Oeste, una bastedad desolada que por su imponente naturaleza, ha sido considerada por los pueblos indígenas huicholes nativos del Occidente, desde hace cientos de años, como un sitio o tierra sagrada: Wuirikuta.

Por un lado los pequeños oasis producto de manantiales emanados de las montañas, los arroyos y ríos que prodigaron los asentamientos humanos a consecuencia de las búsquedas de mineral y por el otro una región que debido a la existencia del peyote (*Lophophora williamsii*) planta de uso ritual desde el periodo prehispánico; dejando a la comunidad de Yoliat, como la puerta de entrada a su magnificencia mágica en dirección de la montaña sagrada del Cerro del Quemado y junto a esta se encuentra la elevación topográfica más alta del estado, en la Sierra de Catorce, a una altura de 3, 180 m/snm, que es el Cerro Grande.

Teniendo como escenario éste singular paisaje, Hidalgo y su contingente, al ingresar en tierras potosinas, fue recibido en primer plano, por la figura fantasmagórica del Peñón Blanco, símbolo referencial de ésta geografía, al ser de las montañas más altas del estado, al

canzando una altura de 2, 750 m/snm. Éste cerro se desplanta de manera aislada en relación al conjunto montañoso al que pertenece, articulándose del mismo mediante una prolongada hondonada, que desciende en pronunciada rampa, la cual nuevamente se eleva para encadenarse a la sierra, en franca analogía al drama que vivía aquel ejército insurgente, donde su líder, separado del mando, seguía encabezando y representando los ideales de libertad e independencia del movimiento. El Peñón, con su figura cónica truncada, se desgaja hacia el valle, en dirección al sureste, con un cráter de volcán que se ha roto, semejando unos barzos extendidos que reciben a los insurgentes en son de bienvenida. A lo lejos, desde ésta planicie se observa una pequeña serranía que proviene del estado de Zacatecas, coronada por el Cerro Alto, el cual, siguiendo la analogía, representa a Ignacio Allende dirigiendo a sus soldados, como el líder en ese momento de aquel contingente en lucha. Esta planicie, que es la frontera de los dos estados, separa al Peñón Blanco del Cerro Alto, y oscila ondulante separando comunidades que se entrelazan en lo cultural, lo económico y lo regional como una sola entidad dividida en lo político administrativo.



Garitón de la Salinera

Con este gigante del altiplano como un guardián siempre alerta desde sus alturas quien custodia este acceso del estado y que al igual que los hechos de esos días hoy una línea imaginaria lo separa en lo político y administrativo de su natural vínculo con las otras montañas, a las que pertenece como conjunto.

1.3. LAS REALES SALINAS DE SANTA MARIA DEL PEÑON BLANCO

El conjunto geográfico arquitectónico

El primer poblado al que arribaron los Insurgentes en el Estado de San Luis Potosí, fue el asentamiento que lleva el nombre actual de Salinas de Hidalgo, nombrado así en honor al Padre de la Patria, como se le conoce a Don Miguel Hidalgo y Costilla. Apesadumbrado al encontrarse prisionero de sus propios correligionarios, llega al sitio el 24 de febrero de 1811, después de su destitución como jefe máximo del ejército insurgente a manos de su estado mayor encabezado por el capitán Ignacio Allende. Hidalgo se hospeda por unas cuantas horas en uno de los pocos

edificio que se levantaban en ese entonces en el pueblo, sitio donde se paraba el carruaje de cuatro mulas que viajaba comúnmente entre Zacatecas y San Luis Potosí, conocido como “La Posta”.

Salinas se encuentra ubicado a 22° 37' 44" de latitud norte y 101° 43' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 2,099 m/snm. Sus características hidrológicas son las de una cuenca endorreica, que los escurrimientos naturales de la serranía circundantes derraman al centro del valle donde se encuentra la laguna de Chápala, ubicándose la población en la margen sur de este cuerpo de agua. Esta laguna salina es la principal de un conjunto de estanques naturales que se entrelazan, y descienden como piletas escalonadas por los niveles del terreno. Forman parte de este grupo: las lagunas de Cruces, El Mosco y La Escondida. El nivel más profundo está en las lagunas de Chápala y las adjuntas que presentan un desnivel de 50 m entre sí; todas estas lagunetas en algún momento debieron estar unidas por un cuerpo de agua mayor, posiblemente durante el periodo del pleistoceno temprano debió ser una sola área lacustre.

Desde 1967 se iniciaron trabajos de detección y exploración de un sitio paleontológico del pleistoceno final, y para 1978 se realizaron trabajos de exploración y excavación arqueológica en la Laguna de las Cruces, con hallazgos de abundantes restos óseos fósiles de animales, especialmente molares de mamut, mastodontes y algunos animales más pequeños, así como material lítico de manufactura humana.

Desde la Laguna de Chápala se puede observar en un radio de 360°, un conjunto de instalaciones industriales para la producción de la sal, de ahí el nombre de Salinas del Peñón Blanco. Desde el siglo XVI, después de la fundación del poblado minero de Zacatecas en 1548, se descubre esta comarca lagunera de temporal con suelos salitrosos. Uno de los primeros en entrar a esta región fue Juan de Oñate en el año de 1566, personaje que inicia la explotación de la sal al darse cuenta de la calidad del suelo y del agua que existía en el lugar, vislumbrando la gran ventaja que se tendría en la minería, la cual requería de usar la sal como elemento indispensable para el amalgamamiento del metal, principalmente la plata,



Las Calderas

mineral que en mayor medida se extraía en Zacatecas. Una vez echada a andar la producción de sal, ya no fue necesario tener que transportarla desde la costa.

Minas y salinas atrajeron un especial interés de mineros, conquistadores, misioneros y exploradores, para la exploración de aquellas tierras desconocidas, que representaban la gran posibilidad de encontrar más sitios con potencial minero. Así, se inició una búsqueda de lugares en la región con estas características, dando la pauta, en plena guerra chichimeca, para buscar formas de pacificación, con el objeto de permitir la creación de nuevos asentamientos humanos con vocación minera. Ejemplos de este tipo de poblaciones de avanzada, lo son Charcas, o los de Villa de la Paz y Matehuala; el de Cerro de San Pedro que provocó la fundación de San Luis Potosí.

Se menciona la creación de un presidio en las Salinas para contrarrestar los ataques de los grupos chichimecas, atribuyéndosele su la fundación a Juan de Tolosa, entre otros personajes. De esta manera, queda fundado el poblado que recibiría el nombre de

Reales Salinas de Santa María del Peñón Blanco.

Las Salinas, a partir de 1570, pasaron a ser propiedad de la Corona Real. Tras la pacificación de la región, se inicia un gran impulso a la minería, otorgando la posibilidad de un próspero desarrollo tanto al poblado como a su fuente de trabajo, la extracción de la sal, cuya explotación sólo se interrumpió hasta la primera mitad del siglo XX.

El poblado presenta una traza en damero, acorde con las ordenanzas de Felipe II, con solares de medidas irregulares que gradualmente se diluyen con el campo en tres direcciones, formando un medio círculo. Esto obedece a que la forma urbana se amolda y sigue una tendencia natural de crecimiento, pues al norponiente, la laguna y el conjunto de las instalaciones de la salinera impiden el desarrollo en esa dirección. El ordenamiento primigenio se origina a partir de una explanada central, punto de congregación de sus habitantes. En torno a este espacio, se construyeron las casas principales y los edificios sede de los poderes políticos y administrativos de la comunidad, alojando al alcalde mayor

quien también fungía como asentista del lugar bajo la tutela del Virrey. La parroquia del pueblo, situada en uno de los flancos de esta plaza, fue edificada en el año de 1779 bajo la advocación de Nuestra Señora Del Rosario. Posteriormente se le nombraría templo de Jesús, María y José, designación labrada en la entrada con fecha de 1823.

Esta iglesia presenta una fachada actualmente recubierta de trabajos de cantería, con una portada compuesta en tres cuerpos y el remate de un luneto, presentando una cruz en la cúspide, y una puerta central con un arco de medio punto flanqueada por columnas de influencia clásica pero de proporciones no muy ortodoxas, que no corresponden a los cánones tradicionales. Cuenta también con una nave central que es interceptada por un crucero, donde se levanta una cúpula sobre el altar mayor y dos laterales, de una elocuente influencia ecléctica con predominio de elementos clásicos y neogóticos, producto del auge económico de Salinas en siglo XIX. En esta región fue donde se desarrolló uno de los grandes arquitectos de esa época, Don Refugio Reyes, quien tiene obras realizadas



Casa Grande

principalmente de iglesias en los municipios vecinos del estado de Zacatecas, como en Villa González Ortega, pero su mayor impacto constructivo lo dejó en la ciudad de Aguascalientes.

El curato de la iglesia es otro de los elementos arquitectónicos de relevancia en el sitio al ser una casona típica de zaguán y patio central, con una clara influencia de las maneras de construir en el estado de Zacatecas, principalmente de su capital. Presenta una portada en el acceso de piedra labrada de trabajos de cantería amarilla de uso común en el estado vecino.

En la arquitectura tradicional de las viviendas, predomina una tipología del siglo XIX de vanos rectangulares con proporción dos a uno, y una pregnancia de la masa sobre el vano, construidas principalmente en adobe, y en ocasiones, con aplanados de mezcla y rematando las perforaciones en trabajos de cantería de jambas y dinteles. Conforme se aleja uno del núcleo histórico, aparecen las casas populares en adobe, tipología que en los últimos tiempos ha perdido su homogeneidad, a raíz de las alteraciones causadas por nuevos materiales, provocando una cacofonía contextual

dando como consecuencia, una falta de armonía y relación con la arquitectura que durante varios siglos se conservó y enriqueció con los nuevos lenguajes que el periodo decimonónico aportó. Este contexto además, se ve radicalmente destruido por nuevos usos del suelo y las influencias de una modernidad mal entendida, siendo un fenómeno no exclusivo de Salinas solamente, ya que lo podemos apreciar en todos los pueblos por donde pasó el contingente insurgente, con la salvedad en algunas partes de la población de Villa de Guadalupe.

La infraestructura para la producción de la Salinera, ocupa una extensión mayor que todo el pueblo actual. Este conjunto incluye la laguna, y las instalaciones industriales que se encuentran en torno de esta par la producción de la sal, en donde se fueron construyendo diversos conjuntos fabriles comenzando con la llamada casa grande, que es la obra arquitectónica más importante del lugar. A esta se suman un grupo de llamadas fabricas que están compuestas por piletas de secado de la sal, bodegas y depósitos de barro verde de la región, que sirve como complemento para la obtención del grano. Algunas de estas

fábricas son, la de "Guadalupe"; "San Agustín"; "Santa Ana"; "San Ramón", "El Carmen", "La Abundancia", "San Gaspar", "Santa Rosa", "San Antonio", "El Rincón", "La Canela" y la fábrica refinadora "Las Calderas".^{IV}

Durante las últimas décadas del periodo virreinal, a partir de 1778, las instalaciones y la administración del lugar, estaban bajo el control del gobierno del virreinato, pasando por consecuencia, a manos del gobierno de la nueva república, que solía mantenerla en arrendamiento constantemente.

Después de confirmada la independencia se proclama la primera constitución del Estado de San Luis Potosí, con fecha de 17 de octubre de 1826 y para 1827 ya aparece Salinas del Peñón Blanco como ayuntamiento.

Fue durante la guerra de separación de Texas cuando el entonces presidente de México y jefe de las fuerzas armadas de la nación, en el año de 1835, Antonio López de Santa Ana, a su paso por San Luis Potosí, solicitó apoyo económico al señor Cayetano Rubio, ciudadano de origen español y dueño de una gran fortuna, quien se encontraba avecindado en la ciudad



Muralla de la Salinera

de San Luis Potosí desde 1830. Este personaje resultó ser el prestamista de Santa Ana, facilitándole la importante cantidad de 200 mil pesos en efectivo, y otro tantos en vales, para su campaña militar. Pero teniendo en claro que lo más probable era que el gobierno no lo podría pagar a lo que le requirió en garantía Las Salinas del Peñón Blanco. En efecto, a la larga, el gobierno se vio obligado a cederle las salinas en 1842 por una suma de \$304,166.50. ^v Cabe la pena señalar que Rubio ya las administraba con antelación bajo arrendo.

Poco después, deja el negocio en manos de su yerno Joaquín María Errazu, al que le encargo la administración de los negocios de la sal y la construcción de la llamada casa grande, para establecer las características arquitectónicas que hoy ostenta.

Se construye entonces esta majestuosa vivienda, así como las murallas y el foso que la rodean, demostrando que Errazu pretendía crear una fortaleza palaciega como aquellos señores feudales de la edad media, dispuesto a su atrincheramiento en una época de mucha inestabilidad, actitud explicable debido a tantas guerras en el país.

Cabe reflexionar, ¿Por qué las murallas miran en dirección del poblado y de la llanura? ¿Acaso tenía temor de los habitantes del pueblo, que eran en realidad sus empleados la gran mayoría?, o ¿Temía sufrir los ataques de indios lipanes, comanches o apaches? Lo anterior era posible, al ocurrir unos años atrás, en 1847, el asalto de estos grupos en algunas poblaciones y haciendas cercanas, como sucedió en Agua Hedionda (hoy Moctezuma). Errazu también se encargó de construir el estanque contiguo, tanto para almacenar agua como para dar articulación y recreación paisajística a la casa, colocando en el centro un palomar, acorde con la moda romántica de la época. La casa grande se edificó con un lenguaje muy académico, recibiendo al visitante mediante una escalinata que abre su boca desde el inmenso espacio dedicado a un jardín, para subir hacia la casa, apoyada sobre una plataforma de casi un metro o más de altura a partir del nivel de la explanada, llegando a un pórtico de una sobriedad clásica impecable, cuyas columnas toscanas dan paso al interior de un zaguán que conduce a un patio central. De este espacio porticado se accede hacia otro patio posterior, para finalmente, salir a un

jardín con caballerizas, conduciendo al espectador a otra realidad, totalmente alejada del calcinante sol del semidesierto. Fuera de este conjunto se construyó la estancia del Carmen y la fábrica de Calderas.

Una de las primeras unidades de producción de sal después de las originales de fundación, fue la Planta de Nuestra Señora de El Carmen, se completó para 1844 con 16 piletas, resultando bastante grandes en relación con las que se construían en esos días; ya desde 1837 Joaquín Errazu, había introducido nuevas tecnologías y conocía del auge que tenía la sal en esos días. Resulta lógico que por esa razón Cayetano Rubio decidiera sacar provecho del préstamo para quedarse con el lugar y dejar al frente de todo a su yerno. Para 1851 se comenzó a dotar de una red de canales de conducción de agua a las nuevas unidades de producción que proliferaron en torno a la laguna y se adquirió maquinaria especializada para acelerar el proceso de producción de sal y hacia 1863 se sumaron al conjunto: La Canela, Rincón, Santa Rosa, Guadalupe, El Carmen, San Joaquín, San Ramón, San Antonio, San Agustín y Abundancia. Solo como nota curiosa cabe mencionar que los sitios con nombre de santos corresponden al nombre de los hijos del dueño.



El Tapado

Con la llegada al poder del General Porfirio Díaz en 1876 los cambios de modernización comenzaron en el país y permitieron la difusión del ferrocarril, ya que en 1878 se comenzó la línea ferroviaria entre San Luis Potosí y Aguascalientes, haciendo gala de sus influencias en las altas esferas del gobierno, Joaquín Errazu logro desviar la ruta hacia Salinas del Peñón Blanco, haciendo un gran arco entre estas dos ciudades que funcionaron como conectores centrales del país, de esa manera llegó el ferrocarril en 1889 a la localidad donde se construyeron unas bodegas para el embarque de la sal.

Finalmente en el año de 1906 la planta principal conto con 8 fábricas y comprendía una área de 543, 568 m² y con una cosecha anual de 20 mil toneladas, de acuerdo a Ursula Ewald,^{vi} en 1919 después de concluido el movimiento armado de 1910, la compañía salinera instaló su primera planta eléctrica con lo que modernizó la fábrica refinadora “Las Calderas” y se introdujo la utilización del concreto armado de una manera muy innovadora en el chacuaco de las calderas y que hoy en día tiene una mayor relevancia el lugar respecto al patrimonio cultural del siglo XX que prácticamen-

te está en un proceso de deterioro mayor por el saqueo y el vandalismo en el lugar.

En la región el conjunto de Salinas de Hidalgo resultó ser un gran emporio industrial durante casi cuatrocientos años que pareciera que no tuvo rival ni en lo arquitectónico ni en lo económico y al parecer, solo pudo ser rivalizada por el actual poblado fantasma del tapado en el municipio de Moctezuma que al parecer se conocía con el nombre de *Zamorelia*.

1.4 EL TAPADO

El conjunto geográfico arquitectónico

En la actualidad, el lugar conocido como el Tapado es un valle salitroso, con un cuerpo de agua salino, conformado a su vez por dos lagunas que se alimentan de los escurrimientos naturales provenientes de los arroyos denominados “La Tepocata”, “San Juan”, y “La Víbora”. Estas lagunas comúnmente se encuentran secas y solo en los meses de lluvias logran captar agua de manera temporal. En torno a éstas, sobre una loma o elevación sua-

ve y plana que se extiende al suroeste, se ubican los restos ruinosos del poblado de El Tapado, mimetizados en la planicie al existir solamente bordos, los cuales permiten de una manera muy sutil, dibujar el trazo de calles y edificaciones, perdidas bajo un manto de gobernadora. Esta circunstancia hace prácticamente invisibles los vestigios de anteriores construcciones a la mayoría de los visitantes actuales, y solo los ojos expertos, pueden detectar la existencia en tales ruinas. Solamente una iglesia, prácticamente a punto de colapsar, situada al centro del poblado, es la única referencia clara de la anterior existencia de una comunidad. Esta edificación con una marcada influencia de las proporciones barrocas, está dispuesta en una planta en cruz latina formada por dos naves de bóveda de cañón corrido, las cuales se intersecan en el sitio del altar, el cual se corona por una cúpula alargada apoyada sobre un tambor perforado con vanos de tendencia ojival, producto de las influencias góticas decimonónicas.

En la fachada, un óculo de elocuente ascendencia virreinal, tiene la finalidad de iluminar el coro de la iglesia, la cual abría sus puertas hacia



Suelos craquelados

una pequeña plaza, delimitada posiblemente por las viviendas de los habitantes del lugar. Los mismos, se debieron de manifestar de manera masiva al espacio público central, elemento que tradicionalmente se emplazaba como el principal factor de ordenamiento en las poblaciones del virreinato, sobre todo las que estaban dispuestas en damero. La iglesia se remata por una torre campanario de dos cuerpos, que culmina con una forma cónica muy sutil, al igual que las líneas ondulantes de las montañas circundantes, y por supuesto, de las formas troncocónicas de la orografía del entorno que deja en claro su origen volcánico, de millones de años de antigüedad, cuando estas elevaciones se formaron. El material que evidencia este hecho, son las espumas volcánicas mejor conocidas como tezontle, que se localizan en la zona, en diferentes cerros del entorno inmediato.

Al sur del poblado, se forma una línea horizontal de montañas, dejando en la lejanía, al Peñón Blanco, el cual apenas se asoma. En el extremo opuesto, de manera más irregular, se vislumbran las cumbres de la Sierra del Durazno de Aqualulco. En este paisaje aún es posible observar por

las noches una bóveda celeste, comúnmente de un azul intenso y limpio de nubarrones, donde es posible contemplar con nitidez las noches llenas de estrellas, sobre todo en los días de estiaje, y esto se aprecia desde el centro de la laguna, provoca en el espectador, estar en la presencia de la monumentalidad del universo, bajo un cielo pesado y un entorno que se esfuma en una horizontalidad apabullante, parado sobre una superficie reseca, craquelada y salitrosa que cruje bajo la suela del zapato como una alfombra de hojuelas que se parten.

La puerta de la iglesia en ruinas, se abre en dirección norte, donde se diluyen los restos del asentamiento humano de manera gradual con los vestigios de las piletas de beneficio de la sal, como una mano que extiende sus dedos, en busca del líquido más preciado en esos lugares, el agua, para la subsistencia de la vida. Esta aparece en la laguna en los meses de lluvia, como una inmensa bendición de un cielo que comúnmente está limpio de nubes. En el verano, su reflejo reverberante se desborda de una alegría que se apaga al momento del otoño, cuando se reseca rápidamente, retornando el silencio melancólico y apagado del resto del año.

Hacia el oeste de la orilla de la laguna se forma una gradual elevación, interrumpida por una rápida depresión que desciende hacia el vaso. Este sitio se constituye en un lugar estratégico para la observación. Sobre este emplazamiento se encuentran vestigios de muros construidos con tezontle rojo, posibles restos de lo que pudo ser un lugar de vigilancia. Actualmente este material se encuentra desperdigado en forma concéntrica desde la cimentación de muro, construido con rocas de forma regular para mamposteo, las cuales se van diluyendo de forma gradual, como si fueran producto de una explosión. No existen vestigios de algún techo o cubierta.

Al norte, entre el pueblo fantasma y la laguna, se encuentran unas edificaciones que presentan una composición similar a la de aquellos presidios que se construyeron en el siglo XVI, como edificaciones de protección, a la vera de los antiguos caminos. Estos recintos servían para el resguardo de tropas y víveres, y como paradores para los viajeros que se aventuraban por el llamado "camino de la plata". Este transcurría desde la ciudad de México, pasando por San Miguel el Grande (hoy de Allende), último



Presidio del Tapado

pueblo establecido en la frontera donde se accedía al territorio de los bravos guerreros chichimecas. Desde ahí se atravesaban tierras de guerra y desolación, para llegar a las minas de Zacatecas. Por ello se requería de este tipo de construcciones, con el fin de flanquear el camino y resguardar a los viajeros y sus cargamentos de los ataques de estos naturales del semidesierto, que solo procuraban la defensa de su espacio hábitat.

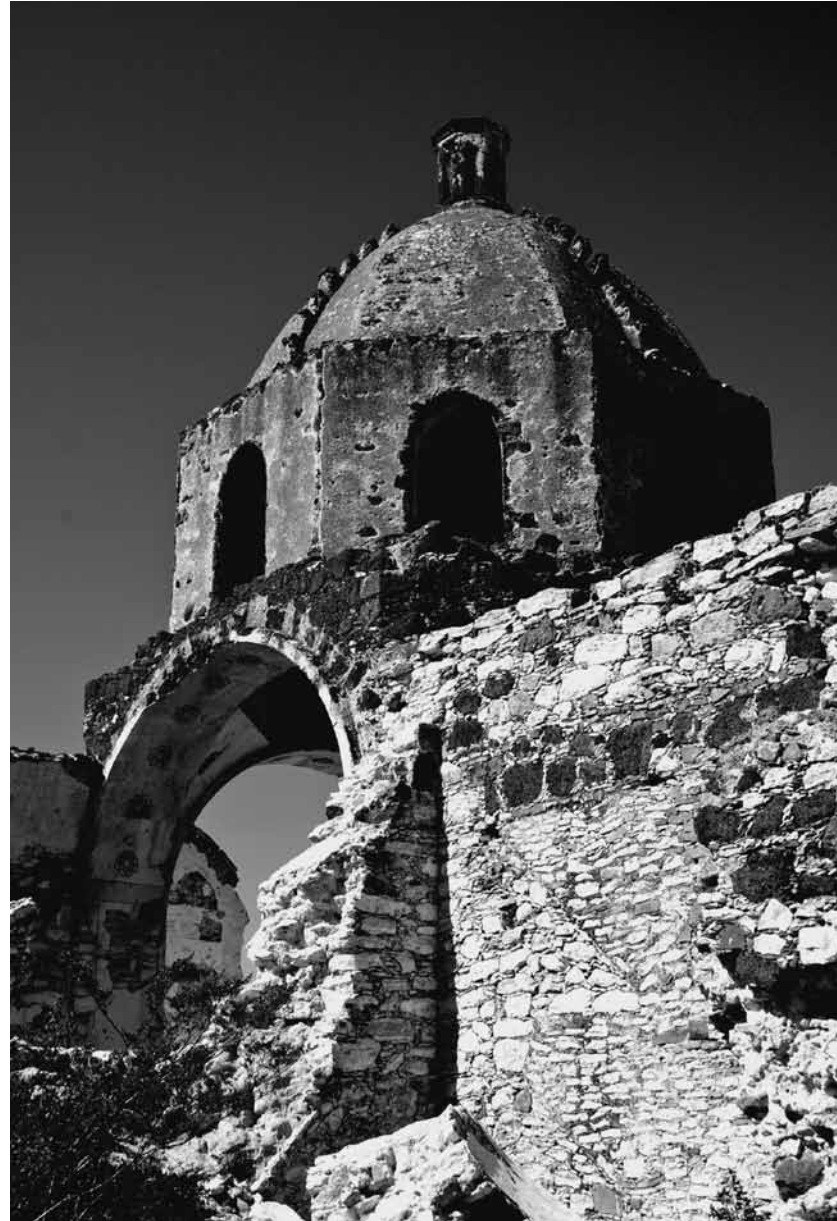
A manera de camino alterno en la extracción de minerales de plata y oro, se abrió una ruta entre el mineral de Zacatecas y el poblado de Charcas pasando entre los pueblos salineros que contribuían con la sal para poder separar los minerales más pesados mediante la reacción química de la utilización de sulfatos de cobre y óxidos de fierro complementados por el azogue (mercurio), para realizar los procesos de beneficio del mineral.

Esta edificación -que hoy se encuentra en uso, a manera de vivienda- presenta un concepto arquitectónico típico de los presidios del siglo XVI, compuesto por un patio central empedrado, necesario para recibir el ingreso de carros de tiro, al cual se accede a

través de un zaguán, que se conecta con la puerta central, y un conjunto de habitaciones en torno del patio, que las auxilia mediante la apertura de vanos para su ingreso y ventilación, quedando completamente cerradas al exterior, con el fin de evitar el ingreso de salteadores. Solo existe una abertura al exterior, que es la puerta principal, la que cuenta con un garitón en la fachada principal, a manera de torreón de vigilancia, adosado al edificio y complementado, por aspilleras, pequeñas ranuras para observar el exterior y poder disparar un arma de fuego. Este acceso se remata con la figura con un techo en forma de tapa de confitera concluido con una esfera. Además cuenta con un conjunto de instalaciones ya en ruinas a manera de potreros y corrales para el ganado, y al frente de estos, se encuentran bodegas y unas piletas de beneficio de la sal complementadas con infraestructura hidráulica. Una noria en desuso, segada por el abandono, abasteció de agua al conjunto. Al lado, se levanta una pequeña vivienda que pudo ser de algún capataz o administrador de ese centro de producción.

En la misma parte norte de la laguna existe otro conjunto de instalaciones,

posibles almacenes, casi en ruinas, pero con una fisonomía que permite aun observar sus lenguajes de expresión tectónica. Por el análisis de estos elementos es posible vislumbrar cómo pudiesen haber sido las formas constructivas del poblado. Son los únicos vestigios de edificación visibles en el poblado de El Tapado. Presentan las mismas formas constructivas de sus desplantes en piedra a una altura de ochenta centímetros del suelo reforzados con trapezios estructurales en piedra a manera de recibir las hiladas de adobe y poder transmitir mejor los esfuerzos de compresión en los muros de piedra, dejando palpable que esos vestigios presentan rasgos similares, y por lo tanto una tipología de uso similar, además de estar alineadas casi por un eje imaginario que pasa a través de la laguna en dirección del pueblo fantasma literalmente. Frente a estas edificaciones se levanta un conjunto de viviendas vernáculas, construidas con una mezcla de materiales naturales de la región, tales como costras de pedacera de tepetate, tezontle, y adobe. Se desarrollan a partir de cuartos que se adosan unos con otros, ligados en algunas partes por un muro de piedras amontonadas sin ningún mortero que las aglutine.



Templo de El Tapado

En ese mismo lugar, en dirección del oriente, las lagunas se prolongan casi en línea recta, hasta topar con una plataforma de mal país, donde se montan dos cerros con abundante presencia de tezontle, como solitarios guardianes presentes en el medio del valle, de manera aislada, como una sobre posición de planos de profundidad. Se flanquean por el sur oriente con la sierra del Durazno, al final del paisaje, quedando estas dos montañas en el centro del valle, donde el cerro del Tezontel, parte el entorno en un cuadrante de ejes cartesianos. En el oriente queda la hacienda de Cruces, al sur la hacienda de Espíritu Santo -posible ruta de ingreso de los insurgentes desde las Salinas-, y el Cerro de los Salteadores; al norte la sierra de Los Picachos, que es el mismo macizo montañoso que llega al pie de la hacienda de Guanamé, y que se origina en la hacienda de Cruces; al poniente el poblado de El Toro, sobre las faldas del cerro del Toro que luego se pierde en el norponiente con un horizonte plano donde se anuncia un prolongado valle sin montañas, como un mar de desolación, sin referencias geográficas, en dirección a Santo Domingo. Este territorio localizando en el centro del trayecto desde las lagunas

de la salitrera y el pueblo fantasma del Tapado, marca la ruta en medio de los dos cerros montados sobre la plataforma que enmarca el acceso a la siguiente parada de los insurgentes *¡LA HACIENDA DE CRUCES!*



Ranchería de Juárez

CAPITULO II

- 2.1. Los Pueblos Agrícolas y Las Haciendas
- 2.2. El Paisaje
- 2.3. La Hacienda de Cruces
- 2.4. La Hacienda de Guanamé
- 2.5. San Sebastián Ojo de Agua del Venado
- 2.6. La Hacienda de Laguna Seca
- 2.7. La Hacienda de Solís
- 2.8. La Hacienda de Represadero o Villa de Guadalupe
- 2.9. La Hacienda de La Presa y La Presita
- 2.10. La Hacienda del Salado y el Cedral



Hacienda de Solís

2.1 LOS PUEBLOS AGRICOLAS Y LAS HACIENDAS

El encanto de encontrarse con un oasis en medio del desierto, produce una alegría que canta con las aves, con las plantas, con el sol y fundamentalmente, con el agua, la más grande riqueza que se puede encontrar entre estas tierras desoladas y semiáridas; manantiales que dan vida en medio de la soledad y el silencio, territorios insulares en medio de un antiguo mar, que hoy solo lo es de sequedad. Un mundo de remansos musicales para los antiguos habitantes nómadas, que vivían en un estado primitivo de colectivismo, donde todo es de todos y la tierra toda es un todo, con un concepto de propiedad como un patrimonio heredado por muchos que ya han muerto, y de algunos, los que viven. Los que la poseen en el presente, pero que son innumerables los

que aun no han nacido, producto de la visión de hombres y mujeres que no supieron de riquezas, tan solo las que otorga la contemplación emocional de formar parte del gran espíritu de la naturaleza. Estos que no conocieron de propiedad privada, aquella que priva a los demás de disfrutarla y hasta de sufrirla. Cuando la propiedad voraz se concentra en unas cuantas personas dueñas de la tierra, y todos los que en ella se encuentren, inmensos latifundios que controlan hasta donde la vista alcanza y aun, más allá.

Con la invasión de los Españoles, llegaron las grandes ambiciones de enriquecerse con el esfuerzo de los otros, de los sometidos en la primera conquista, aquellos indios rivales de los "salvajes chichimecas", los que ya sabían cultivar por lo tanto, los que ya sabían de lo que era la propiedad privada, el saberse dueños de nuevas tierras, que ahora poseen estando dispuestos a pelear y morir por ellas, contribuyendo a la extinción de los "perros sucios he inciviles" que no conocen de ley ni orden, y mucho menos de fe. Por lo que la nueva fe y orden de los peninsulares se impondrá para dominar a todo lo indómito, vivo o inerte. La tierra encontró quien se la

adjudicaba para su suprema causa, representada por el Rey y la Iglesia, asentándose en ésta, convertida en propiedad como una concesión por los servicios otorgados a la corona, y en nombre de la misma se reparten como por el designio de un dios que quita y da. Tan solo la ley del imperio español, será la nueva ley, la que al paso de trescientos años conjuntaría los agravios, las humillaciones y la injusticia de las corrupciones de la esencia humana, bajo el amparo de la civilización.

Esta circunstancia propició que se levantaran muchas voces anhelantes de conceptos muy diversos de libertad, reunidos en un solo ideal libertario encabezado por Don Miguel Hidalgo, quien condujo a esa masa, a la creación de la gran tierra patria que hoy llamamos México. Al término de la guerra, lográndose la independencia de España, quedó un país en manos de muchos contrainsurgentes, lo que se reflejó en las posteriores luchas regionales, separaciones y nuevas invasiones, naciendo un país diezmado entre conservadores y liberales. Ya con el régimen de Porfirio Díaz, con su aparente paz, envuelta en los conceptos de orden y progre-



Sierra de los Picachos

so, para la parte final del Siglo XIX las haciendas alcanzan su máximo esplendor como entidades agroindustriales, las cuales construyeron una amplia infraestructura de producción agrícola, y edificaciones fastuosas en medio del campo, dominando grandes extensiones de territorio, como nuevas formas de feudalismo colocó a los hacendados, en la posición de señores omnipotentes, producto del apoyo incondicional del gobierno porfirista, por encima del resto de la población, sometiendo a sus trabajadores al abuso y mal trato, en condiciones de pobreza extrema, prácticamente bajo un régimen de esclavitud y sometimiento del individuo y su descendencia. Fenómeno que sembró la semilla de la sublevación, que condujo sin la menor duda a estos hombres y mujeres a estar dispuestos a morir por el simple hecho de no tener nada que perder; tan solo una vida de oprobio, trabajos extenuantes, ausencia de propiedad, dignidad pisoteada y pobreza. Bajo estas condiciones, en el trasfondo real estalló la lucha armada de 1910, en busca nuevamente de la liberación de su esencia humana, en un intento de reencontrar en esta vida la necesidad de ser personas nuevamente. Así, los viejos anhelos

de liberación inconclusos de la guerra de independencia se avivaron en las condiciones que propiciaron la revolución, para que actualmente, nuevas causas agobian a la nación, en este desierto mar que llamamos México, nos inunda la burocracia, no ahoga la corrupción y nos mata la violencia.

El caso de una burocracia desbordada, que se desparrama por todos los rincones del país y que produce un caudal de pequeñas y grandes injusticias de toda índole, hermanada con la denigrante corrupción, que lacera la moral humana, dejándola en el vacío de lo material. Y la gran ausencia de oportunidades para los jóvenes nos tiene sentados en un barril de pólvora, manifestándose en múltiples brotes de violencia, los cuales que se tendrá que atacar en sus bases, para que las lecciones del pasado nos permitan transitar a los sueños de justicia y libertad que se han quedado pendientes, sin tener que enfrentarnos en una nueva guerra civil de funestas consecuencias, tratando de encontrar nuevos caudales para alcanzar un México mejor.

Los nuevos colonos trajeron la agricultura y la ganadería, la cual re-

sultaba completamente nueva para los antiguos pueblos precolombinos y especialmente a los chichimecas, que como cazadores recolectores, solo sabían el arte de acechar a sus presas, y recolectar los frutos y plantas que el medio natural les brindaba para su subsistencia, curaciones y espiritualidad.

Las mezclas humanas que trajeron el mestizaje, también se presentaron en el paisaje, al que le fue introducido plantas como el maíz, los magueyes pulqueros -que sembraron los tlaxcaltecas-, el Pirul y los animales domesticados de gran tamaño como los equinos, los bovinos, los ovinos, caprinos y porcinos. Alteraron las llanuras y los campos con pueblos de vocación agrícola que fueron fundados, como San Sebastián Ojo de Agua del Venado, San Jerónimo del Agua Hedionda (hoy Moctezuma), o las haciendas que fueron apareciendo por todo el territorio, como entidades autónomas de producción y desarrollo de actividades de apoyo a la minería, que era la base de la economía del altiplano, con ellas los sitios de estancias ganaderas y las tierras de labor conformadas dentro de lo que hoy llamamos la Ruta de Hidalgo en San Luis Potosí.



Troje Hacienda de Cruces

En particular, el caso de los pueblos agrícolas y las haciendas integran un conjunto que se entrelaza con los pueblos mineros, a quienes le dan sustento. Se compone por las haciendas de Cruces, Guanamé, Laguna Seca, Solís, Repesadero (que se convertirá en pueblo de agricultores y cabecera municipal de Villa de Guadalupe), las haciendas de La Presa y La Presita, la hacienda de San Francisco de Matehuala, que nació como pueblo de labor y luego como hacienda para transformarse en una ciudad de apoyo a la minería en desarrollo, y los casos de Cedral, (que surge como una hacienda de vaquería), y finalmente la hacienda más septentrional del territorio potosino, como la primera o la última comunidad y una de las más abandonadas en el estado que es la hacienda del Salado, el lugar por donde los insurgentes abandonan las tierras polvorientas potosinas, dejando rastros de historias de vida y muerte en lo que es el conjunto dentro de esta ruta de LOS PUEBLOS AGRÍCOLAS Y LAS HACIENDAS.

2.2. EL PAISAJE

El ecosistema que se encontró en el siglo XVI por parte de los explorado-

res y conquistadores europeos, era muy endeble, por las condiciones de un cambio climático que al parecer se presentó durante el período histórico del epiclásico prehispánico, dejando la desertificación que se manifestaba debido a la prolongada escasez de lluvias, las cuales se presentaban en el verano acompañadas de meteoros (como granizadas y trombas), las que contribuyen a erosionar el suelo. Pero con la explotación minera comenzó la naturaleza a ser gravemente alterada. Los pocos manchones de bosque que bajaban de las sierras pronto fueron arrasados para el beneficio del mineral y la construcción de tiros de mina y edificios, en los nuevos poblados y sitios de extracción de material. Pero los asentamientos de pueblos agrícolas y las haciendas, también comenzaron a alterar el paisaje con el desmonte de las plantas silvestres, el consumo de leña para cocinar, con y la introducción de nuevas especies, como el pirul, planta de origen peruano, y la industrialización del maguey blanco (agave americana) para la producción del mezcal. Este se dio a raíz de los destilados que se elaboraban en el siglo XIX, cuya fabricación proliferó con la invención del tequila en el estado de Jalisco y la elaboración de

mezcales en la zona de Oaxaca, y en el altiplano de Zacatecas y San Luis Potosí. Surgen numerosas instalaciones llamadas haciendas mezcaleras, que poblaron los campos con los magueyes para su producción. Finalmente, el desmonte para los potreros de las diversas especies de ganado, acabó por alterar los ecosistemas de manera definitiva. Esta condición de un paisaje indómito que en algunas parcialidades se volvió mestizo, contribuyó al aumento de la desertificación que, en los años actuales, se enfrenta al crecimiento de las ciudades y a los fenómenos del nuevo cambio climático.

La construcción de los asentamientos humanos de pueblos y haciendas se complementó con infraestructura hidráulica y agrícola, para cuya instalación se requirió analizar las condiciones de la orografía y las topografías particulares, de la hidrología superficial, carente de grandes ríos permanentes y caudalosos, contando tan solo algunos ríos y arroyos de temporal que arrasan rápidamente con los suelos de las montañas, erosionando y socavando la superficie con algunos cañones y barrancos de poca profundidad, y que desembocan en lagunas de incipiente duración en el



Casa Grande, Cruces

verano, siendo producto de subcuencas hidrológicas endorreicas y que con el radical cambio que se presenta en los primeros días del mes de octubre, de fríos y resequedades, desaparecen.

Los habitantes de la región se vieron obligados a modificar las condiciones del territorio, haciendo que las aguas ya no pudieran seguir su curso natural. Su canto fue silenciado por tanques y retranques formados por bordos de tierra y muros pétreos para contenerlas, por presas y represas, por acueductos y canalizaciones de piedra. Donde antes había suelos agrietados o polvorientos por el sol, se generaron oasis de un especial verdor.

Cuando los insurgentes, en pleno invierno, se adentraron por los caminos reales que los condujeron por las haciendas y los pueblos, en los inicios de 1811 se encontraron durante su lento recorrido con llanuras áridas de lampiña vegetación flanqueados por perfiles del paisaje de cadenas cerriles de suave ondular, como aguas quietas con ligeras brisas. Estas formas sutiles de montañas, evocadoras de cuerpos humanos, sensualmente recostados en el paisaje, en un reposo inerte de gigantes petrificados, de

piel pardusca y azulada, fueron los testigos silenciosos de su paso por las poblaciones y haciendas que aún no contaban con las condiciones que alcanzarían en las últimas décadas del siglo XIX, debido a las transformaciones políticas y económicas acontecidas en su etapa final. Actualmente es difícil entender las relaciones y función de las haciendas por los nuevos visitantes, los cuales requieren entender las condiciones del campo en esos días. Estas deben de ser entendidas como unidades de producción casi autónomas, en base a las cuales se distribuía, controlaba y explotaba el territorio con instalaciones fabriles de producción mezcalera y con infraestructura hidráulica para el desarrollo agroindustrial.

Actualmente, lo que regularmente vemos son construcciones monumentales, en muchos de los casos en ruinas, desarticuladas en medio del campo, en un proceso acelerado de destrucción, por las inclemencias del ambiente y por los saqueos y demoliciones de sus habitantes y aventureros en busca de tesoros.

De los páramos áridos, surgió el verdor. La marea de gente y las oleadas

de población se hicieron cada vez más frecuentes, llegando algunos para nunca más dejar estas tierras. La riqueza que la región guardaba en sus entrañas era un imán muy poderoso para esta nueva sociedad. La minería si bien enriquece, no alimenta, y tuvo que reconocer la superioridad y primacía de la agricultura, actividad básica para el sustento y la supervivencia.

Rápidamente surgieron diseminadas en el paisaje estancias y granjas, las cuales con el tiempo se convertirían en enormes complejos destinados a la producción de bienes básicos.

La transición no fue fácil, ni el hombre ni la naturaleza estaban dispuestos a ceder. Para los seres humanos, fue necesario primero temprar el espíritu, adaptar su voluntad. La naturaleza, ante la tenacidad y brío de esta generación no pudo más que conceder lo que ella da y aceptando la nueva semilla, se mostró generosa. De esta dinámica surgió un paisaje y un individuo y su territorio mestizado, un ser y un espacio con características propias.

De esta nueva relación surgió el hombre del altiplano; lleno de contradicciones y paradojas. De corazón



Cerro de la Clavellina

nómada con pies enraizados, de sentimiento noble pero cara inexpresiva, de sonrisa fácil pero palabra escasa, de saludo firme con mano áspera, de piel curtida con rostro tostado.

La faz de esta tierra se transformó. Donde antes habían silencio y quietud, ahora había bramidos y mugidos, chillidos y cantos; surgieron nuevos referentes, construcciones que compiten con los cerros y valles por la atención del viajero.

Desde el punto de vista fisiográfico, esta región abarca parte de la provincia “Mesa del Centro” y coincide con la subprovincia de “Las Llanuras y Sierras Potosino-Zacatecanas”. Esta gran planicie presenta una altitud media de 2,000 a 1600 metros sobre el nivel del mar.

Predomina el suelo conocido como “caliche”, que edafológicamente corresponde a suelo de tipo Xerosol Hálpico, suelos de profundidad moderada de origen aluvial, resultado de la erosión de los cerros circundantes, que en ésta región aportan sedimentos formados a partir de roca caliza. Esta condición y la poca presencia de materia orgánica provocan que los

suelos presenten por lo general un color claro. Sin embargo, este tipo de suelo es fértil y rico en sales.

Los climas por los que pasa la ruta de Hidalgo dentro del territorio potosino son de tipo semiseco y seco. A lo largo de la franja por la que los insurgentes transitaron, predomina la vegetación desértica micrófila, forma de vida vegetal conformada por elementos arbustivos que se caracterizan por tener hojas o folios de tamaño reducido. El problema de esta zona es el agua, ya que las precipitaciones son escasas.

“Buena tierra, mal cielo”.

Frase popular y del dominio de la población de la región, que describe coloquialmente las características de la zona, donde en cuatro palabras se encierra la realidad de todo un territorio.

El sol, en otras latitudes considerado fuente de vida, aquí es inclemente verdugo, que arrasa con sus abrasadores rayos. El cromatismo del suelo acentúa la acción desecadora del sol, la resolana lo alcanza todo, no hay manera de protegerse.

*Y ante todo, la falta de lluvia.
No llueve.*

Ante este desolador panorama, surge lo inesperado. Brotes de agua. En medio de este reseco paisaje, se abre paso entre la arena y la roca el vital fluido. Esta es la oportunidad que los colonizadores de estas tierras añoraban, ya que con los manantiales tuvieron la posibilidad de producir los insumos básicos de la subsistencia de propietarios y peones, y en los pueblos agrícolas poder crear huertas de árboles frutales para cultivar membrillos o los nogales.

La posibilidad de cultivar productos en la comarca abrió una nueva perspectiva de desarrollo. La ocupación y aprovechamiento fueron una realidad. A través de la experiencia de los nuevos pobladores, resultado del conocimiento acumulado de generación en generación, enriquecido por la visión del extranjero y el local, se pudo aprovechar la “buena tierra”.

Aunque el agua era escasa, su impacto sobre el paisaje fue contundente. Esa tierra que había estado inerte, expectante, reservándose para dar fruto, por fin había despertado.



Hacienda Guanamá

2.3. LA HACIENDA DE CRUCES

Desde tiempos remotos, la zona del altiplano potosino ha sido considerada como una zona áspera, árida y yerma. Su aparente infecundidad repelió durante siglos al ser humano, hasta que un buen día, aparecieron los nuevos colonos que tuvieron que adaptarse para entender la naturaleza de la región y poder domesticarla en lo posible.

En medio de un amplio valle que, desde el suroriente, descende de las cúspides y lomas de la sierra del Durazno, se encuentra la hacienda de Cruces en el fondo del valle, en el lugar donde inicia el macizo montañoso de la sierra de los Picachos. Estos se yerguen altivos, llevando los nombres de picacho El Tigre, picacho Los Becerros, picacho El Coro, y picacho La Hendidura, siendo el nombre ya un referente de su geografía. Baja de sus alturas una profunda cañada que se abre como un pequeño valle, bifurcado por el arroyo de la Cueva Bocona, alusivo a su configuración, desprendiéndose como una pierna estirada, en diagonal, del noroeste a sureste, en la punta donde termina el cerro de microondas. La sierra de Los

Picachos es de un perfil dócilmente curvilíneo que solo altera su textura por una línea recta que se pierde en la cúspide del cerro, producto de los tecorales de piedra, que definen y limitan los potreros que bajan a los corrales a manera de plazas de toros, circulares o amorfas, al pie del cerro de microondas, encontrándose ahí las instalaciones ganaderas, y las vías del ferrocarril que atraviesan el altiplano potosino. Es aquí donde se encuentra el casco de la hacienda de Cruces, la cual congregaba grandes cantidades de cabezas de ganado procedentes de Guanamá y otras estancias para ser enviadas a San Luis Potosí. Está ubicada a $22^{\circ} 44'00''$ de latitud norte y $101^{\circ} 20' 09''$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Presentando una altitud de 1920 msnm.

El siguiente punto de parada de los insurgentes, después de dejar el territorio de los pueblos salineros, ya sea por caminos cercanos al poblado de El Tapado o por la ruta proveniente del sur, desde la hacienda de Espíritu Santo, fue Cruces. El contingente se detuvo en el lugar, para abastecerse de agua, presente por la existencia de un abundante manantial, que dio

origen al asentamiento que desde el siglo XVII se fue conformando en el sitio. La extensión de sus dominios, llegó a ser lo que actualmente es parte de los municipios de Salinas, Venado y por supuesto de Moctezuma, como uno de los grandes latifundios de la región. Cruces dominaba también, hasta lo que fuera el pueblo de San Juan de Salinillas, el cual en 1850 se erigió como cabecera municipal del desaparecido municipio de Concordia. Esta población fue abandonada en 1918 dejando de existir, y al igual que el conjunto de El Tapado, se convirtió en un auténtico pueblo fantasma, lleno de incógnitas y misterios por resolver, de mitos y leyendas que le infringen a esa región desolada un carácter poético especial.

Cruces está compuesto por una arquitectura sobria que tiende a mezclarse con los elementos del paisaje de color parduzco y que al envejecer, se integra con el medio ambiente. Su lenguaje arquitectónico es muy sencillo, de carácter más vernáculo. Sus construcciones, se reúnen en torno a un gran espacio abierto que hoy alberga una plaza, el cual permite organizar la comunidad. En el frente principal se localiza lo que fue



Templo, Guanamé

la capilla de la hacienda, con una pequeña torre campanario. Contigua se levanta la casa grande, la cual contiene un amplio patio central, con un deambulatorio de pórticos de arcos de medio punto en estado plenamente ruinoso. Las techumbres de envigados de madera y ladrillo, ya casi desaparecidas, complementan el sistema constructivo, siendo el templo y la casa grande lo más académico de todo el conjunto arquitectónico. También se cuenta con las instalaciones de una fábrica de mezcal, la cual se integraría en el siglo XIX a lo que se fue conformando como una región mezcalera, y que hoy se comienza a recuperar.

La hacienda de Cruces desde el siglo XVIII formó parte de una obra pía. Era propiedad de José de Torres y Vergara. A la muerte de Vergara, se hacen cargo de su administración, aún como obra pía, los Condes de Pérez Gálvez con el mismo compromiso de mantener con las ganancias y su producción, a los beneficiados. Ya en el siglo XIX, el propietario era Matías Hernández Soberón, también dueño de la hacienda de Guanamé, conjuntando como una sola historia la de estas dos haciendas.

El conjunto del poblado que se formó con la hacienda en algún momento pretendió erigirse como una villa. Actualmente es una comunidad compuesta por el conjunto histórico de la casa grande, la mezcalera, la capilla y una troje monumental, de una personalidad sobria y orgullosa, que durante la década de los noventa del siglo XX se utilizó para la producción de cobijas y otros objetos de lana con diseños tradicionales, y otros de influencia de los indios navajos. Esta nueva industria se ha venido abajo quedando alguno que otro productor independiente, artesanía casi al borde de la extinción, que pudo ser un punto de apoyo para su maltrecha economía y un gran atractivo para el turismo tan ausente de la región. Quedan algunas casas cuya expresión corresponde a finales del siglo XIX y principios del XX. El resto son viviendas populares y vernáculas, cada vez más escasas, con corrales de piedra y ramas espinosas de gobernadora seca. En las comunidades cercanas aún se difunden las técnicas constructivas con adobe pardo.

Existen en los alrededores, entre los antiguos potreros, instalaciones de norias, originalmente edificadas para dar agua al ganado. Con el tiempo se

han ido formando algunos poblados en torno a ellas.

2.4. LA HACIENDA DE GUANAMÉ

Esta hacienda se constituye como un auténtico oasis en las faldas de las lomas planas del cerro de la Clavellina, que emerge entre los macizos montañosos de la Sierra de los Picachos, la misma que se encuentra en el otro extremo, por el sur, con la Hacienda de Cruces. Con esta planicie alta quedan las montañas articuladas por una plataforma alta y plana que las une, como un auténtico hito de referencia en el paisaje, donde las crestas del cerro de la Clavellina, se convierten en un signo que indica la puerta de entrada al valle de El Salado. El paisaje se complementa al norte con un cerro articulado localizado en la sierra Cuchillas las Arañas. Estas elevaciones son los dos guardianes que resguardan el acceso a uno de los espacios geográficos más llanos, desolados, bastos y despoblados del estado, donde se encuentra lo que algún día fue la cabecera municipal de Concordia, poblado ya desaparecido, y hogar de uno de los municipios más pobres: el de Santo Domingo.



Acueducto, Venado

La hacienda de Guanamé, está ubicada a 22° 52'13" de latitud norte y 101° 14' 59" de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Presentando una altitud de 1940 msnm. Se sitúa en el sitio donde cruza el cauce del arroyo El Troncón. Esta corriente intermitente más adelante se convierte en el arroyo del Tule, que atraviesa el poblado de San Jerónimo del Agua Hedionda (Moctezuma). Inicia su recorrido desde uno de los picos más altos de la sierra de los Picachos, el Cerro de los Lobos, a 2414 msnm, acopiando los escurrimientos del cerro de Cardoncita, el cerro la Cuchilla y el cerro de la Punta, que se le incorporan al norte. Por el oriente aumenta su caudal con el arroyo de las Canteritas, bordeando así al cerro la Clavellina, para finalmente reunirse en la ubicación de la represa que contiene estas aguas, flanqueando la huerta de árboles de gran tamaño, entre ellos algunos nogales, creándose en medio del desierto un oasis fuera de serie, junto a un conjunto arquitectónico igual de espectacular. El casco se compone en primera instancia por la casa grande, la cual mira al camino que conducía a la hacienda de Cruces. Este fue el panorama que admiraron

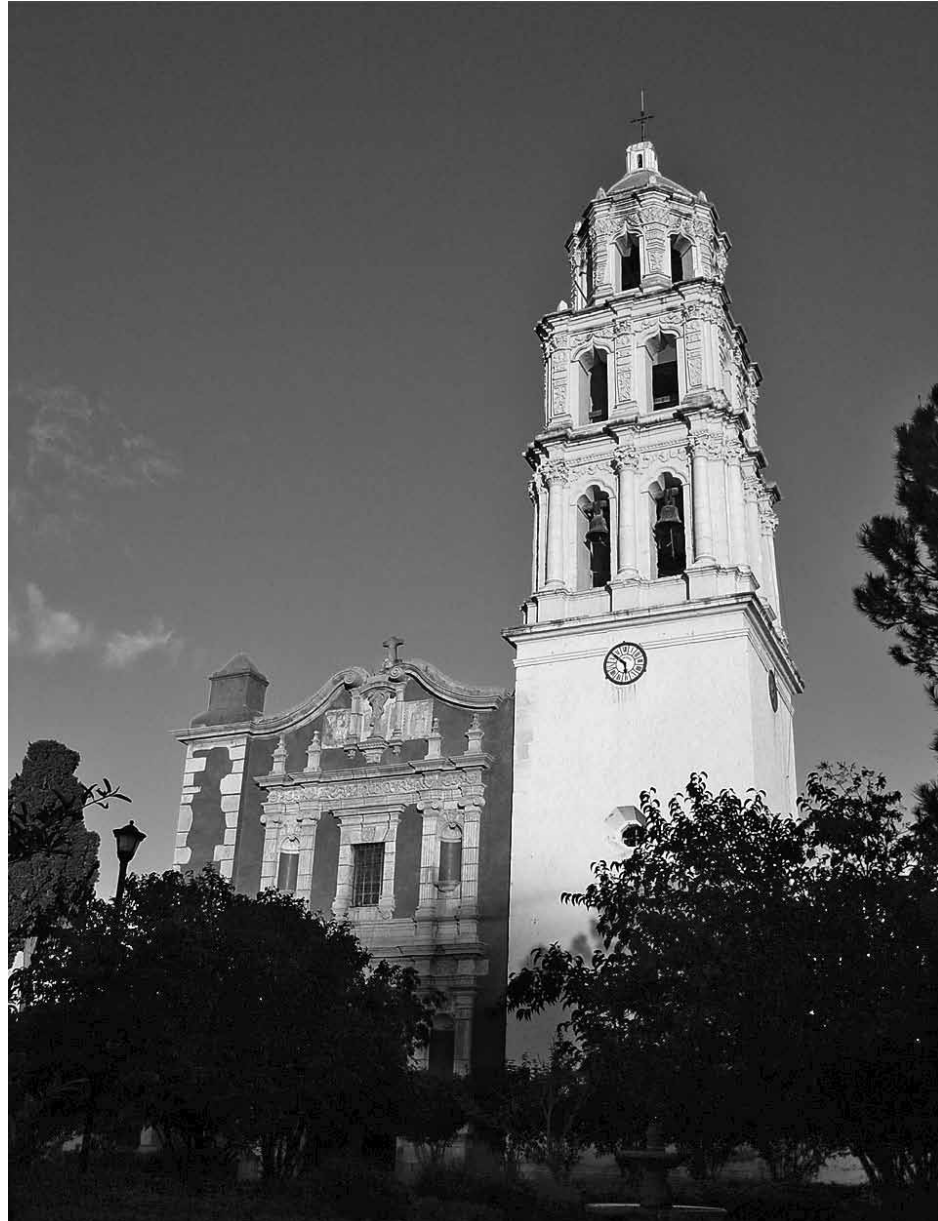
los cansados viajeros insurgentes, como un espejismo en medio del desierto. Se encontraron una señorial vivienda de varios patios, donde fue albergado Don Miguel Hidalgo, para pernoctar. Su primera imagen del lugar, fue una fachada sobria de ventanales verticales enmarcados con trabajos de cantería y enrejados de hierro forjado. Desde su portón de acceso, también enmarcado con jambas y dovelas de piedra (donde unas mirillas laterales hacen posible sacar los fusiles en caso de asalto), se accede al interior, hacia las diversas estancias, a través de una puerta central rematada por una cresta que contiene un escudo de armas, donde todavía se aprecia la corona española. En su interior, el pavimento del patio semeja un campo reticulado en damero recordando un tablero de ajedrez, con banderas en los costados. Esta hacienda fue fundada en la última década del siglo XVI, como una estancia de ganado, propiedad del conquistador Juan de la Hija, quien se nombraba el "protector del pueblo de Venado". Desde 1592 y hasta 1607 estuvo por esas tierras.

El nombre de Guanamé es probable que sea de origen Guachichil, de

la voz "Zipahuanamé", de donde se derivó. Esta denominación podría estar relacionada con los nombres que registrados de aquellos indios guachichiles que representaban a su pueblo en el momento de la fundación de San Sebastián Ojo de Agua del Venado en 1591, como Don Juan Escanamé, Don Bartolomé Chanala y Don Juan Pedro así como Don Francisco Tomaguí.

Durante el siglo XVII Guanamé fue propiedad de la familia Maldonado Zapata, y para el siglo XVIII perteneció al Marqués de Rivas Cacho, de quien podría ser el escudo heráldico de la puerta, o del siguiente propietario, Antonio Pérez de Adújar Gálvez Crespo y Gómez, Primer Conde de Pérez Gálvez, quien también fuera propietario de la hacienda de Cruces y de la hacienda de Bocas. En el siglo XIX, Guanamé y Cruces pasan a ser propiedad de Matías Hernández Soberón, consolidando un gran latifundio. En los inicios del siglo XX pasó a manos del señor Mariano Hernández Ceballos.

La hacienda de Guanamé, llegó a tener una extensión territorial de cuatrocientas mil hectáreas y su mayor auge se presentó durante el siglo XVIII. Se conocía por la fama de los



Convento de Venado

toros de lidia que en ella se criaban, así como el ganado que se enviaba a San Luis Potosí, al sitio conocido como la matanza de Guanamé, situada en los suburbios de la ciudad, en el lugar de las actuales bodegas de la Colchonera San Luis.

La casa grande fue el elemento arquitectónico a partir del cual todos las demás construcciones se van agregando. Esta edificación contiene un patio central al cual se llega por la puerta principal a través de un zaguán amplio. Cuenta con un deambulatorio formado por pórticos de arcos de medio punto que bajan sobre columnas muy esbeltas de sección cuadrada, tal y como se usaron en algunos edificios de San Luis Potosí, en el periodo barroco de finales del siglo XVIII, tales como la Alhóndiga, la Caja Real, etc. Esto nos muestra un poco la importancia de su composición arquitectónica y que su edificación no fue producto de empirismos; más bien fue creación de personas que se preocuparon por su planeación y ejecución en base a conocimientos de composición.

El inmueble continuó con espacios contiguos de patios que se entrelazan unos con otros. Al costado izquierdo de

la casa grande se forma otro acceso a una explanada de lo que sería la mezcalera. En la esquina se encuentran unas trojes frente a un pequeño redondel o era para trillar grano. Existe otro conjunto de trojes al lado del arroyo, junto al vaso de la presa. En la parte trasera de este bloque se localizan las caballerizas, corrales y bodegas forrajeras. Del lado derecho se levanta una pequeña capilla, junto a un gran templo de gran calidad arquitectónica, con claro lenguaje ecléctico donde se marca una preferencia por elementos neoclásicos. Esto es evidente en la fachada principal, que presenta un acceso con una variante de frontón utilizado en el periodo barroco, continuando con el vano del coro y el remate con otro frontón, esta vez estilizado en forma de arco, que abarca el ancho de la portada. Se flanquea por dos volúmenes prismáticos que preparan el arranque de dos torres campanario, las cuales no se concluyeron, pero que tenían la finalidad de convertir a este templo en una catedral, pretensión del hacendado, empeñado en formar un nuevo estado con todas las haciendas que poseía y encumbrarse como un nuevo "Rey". El interior del templo se desarrolla en planta en cruz, y en el transepto se monta un tambor que

serviría para colocar la cúpula central, la cual nunca se construyó. Todos los trabajos de cantería son de extraordinaria calidad en su estereotomía y composición, pero esta edificación se quedaría inconclusa por los estallidos armados de 1910.

2.5. SAN SEBASTIÁN OJO DE AGUA DEL VENADO

El conjunto geográfico urbano arquitectónico

Al medio día del primero de febrero de 1811, proveniente de la hacienda de Guanamé, que se encontraba a tan solo a 17 kilómetros de la población de San Sebastián Ojo de Agua del Venado, el ejército insurgente llegó a este lugar, donde los sentimientos estaban llenos de contradicciones, pues los pobladores antes se habían mostrado leales a la corona española, aportando un batallón de infantería que se conoció como "los tamarindos", por el color café que les otorgaba la carnaza de los uniformes que portaban. Estos se destacaron como bravos combatientes en Aculco, Guanajuato y en el parteaguas de la batalla de Puente de Calderón,



Torre, Venado

encabezados por Juan Nepomuceno de Oviedo, administrador de la hacienda de Bocas, incorporado al ejército realista del brigadier Félix María Calleja del Rey en su campaña contra los insurgentes.

El poblado de Venado se mostró de buen talante para recibir a Don Miguel Hidalgo con el ejército de insurgentes que lo custodiaban como su líder moral y a la vez su prisionero. Su estancia fue de tan solo tres días, en una casa frente al convento franciscano cuyo templo se dedicó a San Sebastián Mártir. Don Miguel salió a repartir dinero entre los pobres, que lo veían con respeto y veneración, dejando acantonadas a sus tropas en la actual plaza de San Miguel, en el norte, para después continuar en su ruta a la siguiente parada de Cañada Verde. De ahí partiría por el camino de paso hacia el pueblo minero de Santa María de las Charcas. Venado por esos días, solo contaba con tres casas principales de españoles: la del Justicia Mayor o Intendente Francisco Fajardo, la de Ramón Guerrero y la de Félix Solís. El resto eran viviendas vernáculas construidas en adobe y de techos planos con vigas de madera y cardencha, entre solares de grandes huertas.

Venado se mostraba como un lugar de grandes arboledas en medio del desierto debido a los escurrimientos de los arroyos de La Ciénega y el de Los Elotes, alimentados principalmente por el manantial del Ojo de Agua, que dio origen a una parte de su nombre. Con este líquido se irrigaban las tierras de esta comunidad localizada en la parte central de un largo valle de planicies ondulantes que suben y bajan, compartido con San Jerónimo del Agua Hedionda y Santa María de Las Charcas. Venado se sitúa a $22^{\circ} 56'$ de latitud norte y $101^{\circ} 06'$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 1790 msnm, flanqueado por el oeste por la sierra Cuchilla las Arañas y al este, por la sierra de la Ruda, quedando en medio, como una larga isla, la Sierra de Coronado, que tiene alturas de 2650 msnm. Venado tenía en sus flancos por un lado a la hacienda de Coronado, y por el otro a Guanamé, las dos estancias más grandes de ganado en esta región, quedando el poblado al centro como custodio de la actividad agrícola que brotaba de una mancha verde de grandes arboledas y unas cuantas viviendas a causa del manantial. Un gran monumento arquitectónico, es el principal referente en el paisaje por

encima de los árboles que anuncian una ebullición de vida en medio de la aridez del entorno: el convento franciscano que fuera iniciado con los primeros asentamientos cuando Fray Diego de la Magdalena realizaba aquí su labor evangelizadora y de pacificación entre los naturales ya desde 1554, apenas comenzada la guerra chichimeca. Antes, en 1552, este religioso había intentado formar una comunidad de paz en lo que se denominó San Jerónimo del Agua Hedionda. Este fraile quien dedicó buena parte de su vida a conseguir la paz y construir los asentamientos humanos de indios mestizos y españoles, contribuyó en la Fundación de Mexquitic, San Luis Potosí, San Luis de la Paz, Salinas del Peñón Blanco y Charcas, entre otros, conjuntamente con el capitán mestizo Miguel Caldera. Ambos dieron origen a la fundación del pueblo de San Sebastián Ojo de Agua del Venado en 1590 con algunos indios guachichiles y negritos congregados en el lugar. Para 1591 se trajo a un contingente de indios Tlaxcaltecas a contribuir en la población del territorio Chichimeca que se empezaba a pacificar, comenzando entonces una serie de fundaciones al norte, dejando a un grupo de familias tlaxcaltecas en Venado.



Trapiche, Laguna Seca

Desde años atrás ya existía un asentamiento de indios de paz, reunidos por el capitán Gabriel Ortiz de Fuenmayor, en 1592, quedándose como el protector del pueblo, Juan de la Hija. Pero el lugar era muy codiciado por sus buenas tierras para la agricultura, y por tener agua, dando inicio a los conflictos, por el abuso de los españoles, quienes pretendían quedarse con las tierras que le fueron otorgadas a los indios, mediante humillaciones, vejaciones y malos tratos. Pronto comenzó a disminuir la población indígena. Por ello Ortiz de Fuenmayor acusó a los españoles Alonso de Ávila, su yerno Pedro Monzón, Bartolomé de Mendoza, Isabel de Coca, y Diego Coronado, entre otros, como los responsables, por lo que se nombró al teniente de justicia en el Venado, Juan de la Hija, para que por orden del alcalde mayor fueran expulsados los españoles, con muchos otros más del pueblo de Venado. Esto sucedió el 4 de julio de 1616. Los hechos propiciaron conatos de alzamientos indígenas contra la opresión peninsular, y durante casi todo el siglo XVII se continuaron los conflictos. Codiciosos y excitados por las tierras y las aguas de Venado, estancieros hacendados y advenedizos litigaron en contra de indios y frailes

franciscanos, destacándose en la defensa fray Luis Hermoso a favor de los indios y sus litigios.

Fue tal la unidad entre frailes y sus habitantes pobres que esta solidaridad quedó demostrada con la edificación del convento Franciscano de San Sebastián Mártir, siendo el edificio más importante en tamaño y calidad arquitectónica, que presenta una fachada plenamente barroca compuesta por tres cuerpos, mostrando en el primero la puerta central con arco de medio punto, flanqueada por dos pilastras a cada lado, presentándose entre ellas un nicho. El segundo cuerpo se compone por una ventana rectangular con cornisa para iluminar el coro, repitiéndose nuevamente el par de pilastras adosadas a cada lado, conteniendo un nicho cada par. Se remata este cuerpo por una cornisa, concluyendo con dos pares de pináculos en cada lado, dejando un nicho central y una cruz en la cúspide. La totalidad de la portada se remata por una cornisa ondulada que termina en roleos. Cabe señalar que la fachada resulta ser muy austera para ser de los siglos XVII y XVIII por ser obra de la orden de los franciscanos. Al costado derecho se levanta monumental un prisma rectangular

con reloj, base de la torre, que casi tiene el mismo ancho que la portada, donde se apoya el campanario que en su totalidad tiene una altura en proporción de dos a uno respecto del templo. Esta estructura en el costado izquierdo cuenta con una almena de gran espesor que evoca los conventos del siglo XVI, y en el costado derecho remata con un pretil ondulante, continuando con la tradición de las almenas pero concatenado por los arcos invertidos. La torre del campanario presenta una composición de tres cuerpos que disminuyen su ancho y altura conforme se elevan con vanos de arcos mixtilíneos y flamígeros, respectivamente, mostrando más elementos decorativos. La planta del templo se desarrolla en el eje oriente poniente, quedando la fachada principal bañada por el sol de la tarde, culminada con una cúpula a la altura del altar.

Esta actitud de lucha se continuó en Venado también en el siglo XVIII cuando se conjuntaron los conflictos de minas, de tierras y demandas populares, sumándose a lo anterior, a la expulsión de los Jesuitas en la Nueva España. En San Luis Potosí, en el año de 1767, en la revuelta conocida popularmente como “Los Tumultos”, los



Hacienda de Solís

habitantes de Venado se destacaron apoyando y sumándose a la sublevación, la que concluyó con la represión y ahorcamiento de los líderes en la plaza de Venado y la Hedionda, y el retiro de la posesión de tierras, que les fueron arrebatadas por el Visitador José de Gálvez. En 1788 los agraviados acudieron a ver al Virrey Conde de Revillagigedo, para gestionar la retribución de sus tierras. Fue hasta 1796 cuando les fueron devueltas, otorgándosele a Venado nuevamente “el privilegio” de ser pueblo con la prerrogativa de poder elegir gobernadores y oficios concejiles, privilegios que les habían sido cancelados en 1767 y que fueron atendidos los expedientes indios.

El gobierno Virreinal dejó destacamento de tropas en Venado y Charcas, por lo que queda claro el porqué aceptaron cuando fueron requeridos por el Brigadier Félix María Calleja, para formar el batallón de infantería de “Los Tamarindos”, pues no se podían negar después de tantos años en lucha, temiendo ser vistos nuevamente como rebeldes. Sin saber en qué podía terminar esta revuelta, tuvieron que aceptar la leva, pero cuando Hidalgo y los insurgentes se presentaron en el

pueblo, su sentir estaba con la lucha de Don Miguel.

Después de la independencia, dos acontecimientos se dieron en las tierras del altiplano, dejando una fuerte impresión en sus habitantes: primero la partida y paso al norte de la división de infantería del ejército mexicano para combatir al invasor norteamericano en las batallas de Agua Nueva y la Angostura, en febrero de 1847, y luego el regreso de este ejército diezmado y maltrecho, en un doloroso desfile de soldados mutilados, estando en la vanguardia los más graves en camillas y horcones, y en la retaguardia, el resto de la tropa, que dejó algunos heridos en Venado y otros poblados. Un segundo suceso fueron los ataques realizados meses después por una partida de Apaches mezcateros que asolaron la región, comenzando por los de la Hedionda, y que luego se enfrentaron en estos territorios de Venado, Charcas y Catorce dejando una gran derrota al ejército federal.

Con la promulgación de la constitución del 5 de febrero de 1857, por los conflictos entre conservadores y liberales, se desató la Guerra de Reforma, obligando al gobierno del estado a salir

de la capital para instalarse en Venado por unos días. Estos conflictos pronto se agravarían con la invasión francesa. Sucedió entonces el paso del gobierno de Don Benito Juárez por las tierras Potosinas, trasladando los poderes de forma itinerante por el país, quedándose del 9 de junio al 22 de diciembre de 1863 en la ciudad de San Luis Potosí, como sede del gobierno federal. Después partió para emigrar al norte pasando por Venado, llegando a Charcas para establecerse también en la ciudad de Matehuala.

En el poblado de Venado se estableció por esos días de desasosiego, la fábrica de hilados y tejidos de algodón, que significó un fuerte impacto en la fisonomía del lugar, al tratarse de una obra arquitectónica que competía con el templo de San Sebastián. Ambos edificios se constituyeron como hitos en pugna a manera de un espejo socio-político de los conflictos entre conservadores y liberales, enfatizados por el hecho de quedar de espaldas, con sus respectivos accesos uno al oriente y el otro al poniente, uno como emblema del pasado virreinal y el otro como símbolo del desarrollo productivista de los nuevos tiempos, contrastados por lenguajes arquitectónicos



Villa de Guadalupe

opuestos en lo estético y lo ideológico. La fábrica se instaló a un lado del arroyo de los Elotes, en su parte profunda y encañonada, para aprovechar las aguas mediante una rueda hidráulica que funcionó como fuerza motriz de los telares de la llamada “Fábrica Guadalupe”, propiedad del Sr. Marcos García Ramos, quien la mandó construir desde 1862. Su lenguaje fabril se manifiesta a partir de grandes naves y composición de inspiración clásica muy austera, a la usanza del pensamiento juarista de la época.

Años después pasó a ser propiedad de la Negociación J.H. Bahnsen y Cía. quien entró en conflicto con los agricultores y dueños de las huertas, por el uso del agua, mismo que se fue resolviendo con la instalación en el pueblo del servicio eléctrico que al parecer era generado por la planta de la fábrica.

La revolución le trajo algunos sobresaltos a la comunidad y a la región con algunas acciones de armas, como el saqueo a la hacienda de Coronado y el secuestro de algunos dependientes de ella, al igual que la toma de la plaza por las fuerzas constitucionalistas, la cual fue evacuada posteriormente

por el acoso de los rebeldes. La última acción revolucionaria sucedió en 1917 al sublevarse los soldados de la guarnición, saqueando y apoderándose de caballos y viandas de los comercios con el fin de aprovisionarse para integrarse a las fuerzas del General Saturnino Cedillo.

2.6. LA HACIENDA DE LAGUNA SECA

Entre la Sierra de Catorce y la Sierra de la Ruda, se crea una articulación señalada por la Sierra de Coronado, como una saeta que las separa, mediante un extraño laberinto de puertas hacia direcciones varias, que se enredan entre lomas planas y ascendentes, entrelazadas con pequeñas serranías que actúan como magos, hechizando al viajero para confundirlo en esta encrucijada de valles y montañas, tal vez por ser una de las puertas que se abre y conduce al valle sagrado de Wirikuta. El espacio ritual de los chamanes, brujos y hechiceros, conocedores de las fuerzas que ahí convergen y que emanan de la tierra convertidas en cactáceas, consagradas para encontrar la puerta a la dimensión de lo desconocido y lo

etéreo, materializado en el peyote. Y ahí en medio del valle, los espíritus otorgan la fuerza mística a Mayagüel, la diosa del maguey, para que en ese lugar no cese el tesón y la templanza de continuar la tradición que se inició en la región con la producción del mezcal, la esencia destilada del alma de este agave. Laguna Seca se constituye como el único bastión en estas latitudes, donde se sigue produciendo el mezcal, que estuvo a punto de extinguirse en la región.

La hacienda de Laguna Seca data del siglo XVIII, naciendo como estancia de ganado y productora de mezcal. Se encuentra localizada a 23° 14' 07" de latitud norte y 100° 57' 14" de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 2030 msnm. Se encierra en sí misma como un acto de meditación por prolongados muros de adobe que esconden su riqueza arquitectónica, negándose a dialogar con el paisaje que la rodea. Los muros ciegos y silenciosos la fragmentan en corrales, patios, huertos y plazas, para encontrarse frente a frente con las instalaciones de la fábrica de mezcal. El conjunto se complementa por un templo de fachada exótica con una espadaña, acompañada por trojes y



Vivienda vernácula, Villa de Guadalupe

bodegas, que miran en dirección de la casa grande. Esta es sobria en su lenguaje de ventanas tradicionales, con jambas y dinteles de cantería y rejas de hierro forjado, predominando la solidez de la masa sobre el vano. Tan sólo quedan las edificaciones mirándose unas a las otras en su encierro, como un diálogo silencioso.

El hecho de que pasaran los insurgentes por el lugar propició que en 1970 al conjunto del casco y el caserío de adobe con corrales de piedra se le nombrara con el nombre oficial de Miguel Hidalgo, dejando a la cercana estación de tren el nombre de Laguna Seca.

2.7. LA HACIENDA DE SOLÍS

Protegida por la pequeña montaña artificial de una represa, y por la simbólica forma cónica truncada de la montaña real que baja desde su cúspide extendiendo un manto de lomas suaves, casi imperceptibles, reposa señorialmente la hacienda de Solís.

Un gran bordo de tierra, recostado como el cuerpo de una serpiente, separa al pueblo de Zaragoza de Solís de

lo que es el casco de la hacienda. Fundiendo como una muralla real y existencial, la presa cumple la función de tanque captador de aguas pluviales, creando un espejo de agua por el lado oriente, al contener los escurrimientos de un arroyo que desciende del Cerro de la Cruz, dejando en el centro, la construcción del conjunto de viviendas que acompaña a la casa grande, las trojes, potreros y una mezcalera.

Solís se ubica en un rincón estrecho de un pequeño valle, a $23^{\circ} 15' 05''$ de latitud norte y $100^{\circ} 49' 48''$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 1850 msnm. Por el sur se encuentran las primeras faldas de la sierra La Ruda y la sierra los Lobos, que descienden entre nopaleras, huizaches, mezquites y matorrales espinosos, tupidos y cerrados hacia el norte, hasta lo que fue la hacienda del Represadero, para continuar abriéndose hasta mirar al cerro del Picacho, cuya cumbre apunta en dirección de Matehuala. Por aquí pasó el Teniente General José Mariano Jiménez, quien desde Charcas salió en tránsito el 8 de diciembre de 1810 con una tropa de 2000 hombres, pasando antes por la hacienda de Laguna Seca. Desde Solís, donde realizara una parada, con-

tinuó hacia las haciendas de Represadero, La Presa y La Presita, para ir abriendo el camino al contingente de los insurgentes.

Estas Tierras en su origen fueron parte de las propiedades del capitán de Guerra Diego de Coronado, de donde proviene el nombre de la sierra que se encuentra al suroeste del casco, en el municipio de Venado, al igual que la hacienda del mismo nombre. En 1780 pertenecían a José Joaquín de Solís.

Fue en febrero de 1811, cuando las expectativas de los pobladores de ver pasar al caudillo insurgente que se rebelara contra el gobierno virreinal y que era capaz de arrastrar a miles de personas a favor de su causa, se vieron cristalizadas, pero no para los carmelitas que se encontraban en posesión de la hacienda desde 1794, cuando José Joaquín de Solís otorgó escrituras de venta a la Santa Provincia de San Alberto de los Carmelitas Descalzos, de la Corte de México, por las haciendas de San Antonio y San Judas, quedando estas tierras en propiedad de dicha orden.

En el año de 1800 el Señor Solís se seguía ostentando como propietario,



Hacienda de la Presa

pero para la llegada de Don Miguel Hidalgo la hacienda ya estaba en manos de los carmelitas, al igual que la hacienda de Represadero, siendo para estos religiosos no muy grata su llegada, ya que meses atrás había pasado Jiménez, abasteciéndose de caballada.

Se ingresa al casco de la hacienda por una larga vialidad desde el sur, la cual forma un eje que funge como el elemento que separa por el oriente al estanque al oriente, y al poniente un potrero delimitado por un murete de piedra con cilindros de amarre rematados por elementos cónicas, teniendo al cerro de la Cruz como paisaje de fondo. Siguiendo el eje, que parece un cordón que va uniendo los edificios, se levantan las trojes, una mezcalera unida a la posible vivienda del administrador, ahora en ruinas, con su estructura de composición muy clara. Al ingresar al sitio se da la sensación de estar entrando a un poblado fragmentado en dos bajo condiciones ruinosas y otras aun en uso, con espacios en total abandono y otros, como el templo, en perfectas condiciones de conservación y en operación, dentro de un lenguaje arquitectónico de clara expresión ecléctica de finales

del siglo XIX. Esta se sitúa contigua a lo que es la casa grande, precedida por un espacio abierto como atrio delimitado con un murete de arcos invertidos, que se concatenan como columpios frente a la casa grande.

El frente de esta construcción mira a este jardín o huerto mediante un pórtico de tres arcos de medio punto que sirve para matizar las temperaturas del inclemente espacio abierto del campo y la calle. Desde el portal se accede al zaguán que conduce a un patio central para ingresar a los espacios cerrados de las diferentes estancias.

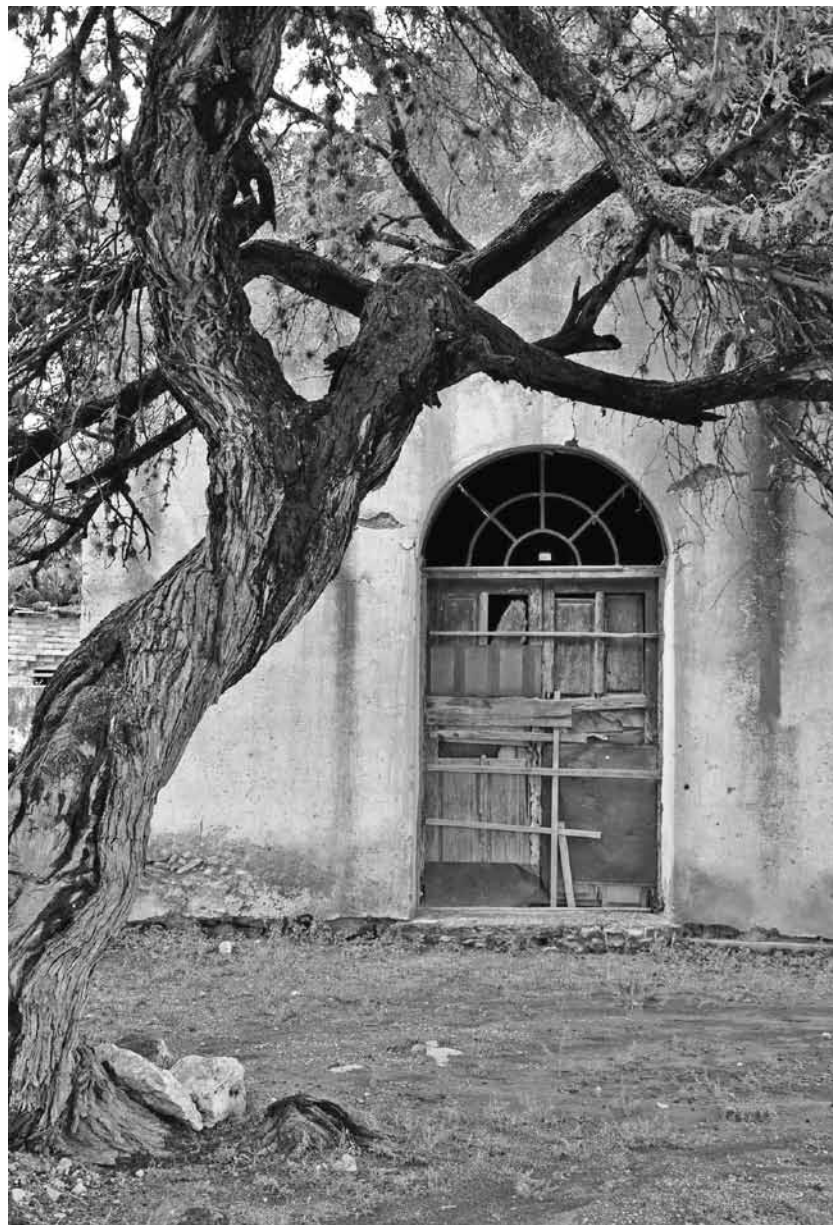
Terminada la guerra de independencia, los carmelitas venden la hacienda a la señora Isabel Goribar, quien la poseyó durante la primera mitad del siglo XIX. En 1853 pertenecía al señor Joaquín Hernández Soto, para después pasar a ser propiedad, en 1900, de Rafael Hernández Alatorre y de Juan Hernández Ceballos. En este lugar, la vocación estaba dirigida a la producción de ganado mayor y menor, destacando la crianza de caballos. En menor medida se trabajaba la agricultura, y se contaba además con la tallandería de ixtle, cuya fibra tejida serviría durante el siglo XIX para el

empaquetado de productos, al igual que en Yucatán la producción del henequén. Sin embargo, el sello propio de la región fue la producción del mezcal.

Con la revolución las haciendas de Solís y de Vallejo fueron ocupadas el 11 de junio de 1913 por los constitucionalistas del Coronel Luis Gutiérrez, quien formaban parte de las fuerzas de Ernesto Santoscoy. Estos militares amenazaron al propietario con destruir sus dos haciendas si no pagaba la cantidad de dos mil pesos, de la que solo se concedieron quinientos pesos, con los cuales los Carrancistas se fueron muy contentos, quedando las haciendas sin alteración alguna.

2.8. LA HACIENDA DE REPRESADERO O VILLA DE GUADALUPE

Para la formación de este poblado tres personajes serían de vital importancia: Francisco de Vallejo, José Joaquín de Solís y Felipe Coronado, los primeros propietarios de estos territorios. Pronto se formarían dos congregaciones muy cercanas, con los nombres de Represadero y La Biznaga. Para estas localidades la existencia de las



La Presa

grandes haciendas que las rodeaban fueron básicas para su existencia. La hacienda de Solís y luego las de Vallejo y San Judas fueron primordiales en la región, sumándose al grupo La Presa y La Presita.

A Repesadero con el tiempo se le conocería como Congregación del Repesadero. Debido al auge en la producción del ixtle se le nombró en 1857 como Villa del Ixtle, siendo el centro de la comarca que durante un buen tiempo del siglo XIX se dedicó a la producción de esta fibra. Después se le cambiaría en el mismo año por Villa de Guadalupe debido a la petición del obispo de San Luis, como resultado de los conflictos que se dieron entre conservadores y liberales.

Sus condiciones geográficas hacen del lugar un paso obligado para transitar del Valle del Venado al Valle de Matehuala. Se rodea por una serie de serranías que comienzan o terminan según se aprecie. El paisaje hacia el norte se va perdiendo entre un tupido bosque de huizaches, mezquites y matorrales espinosos que evitan tener una visión del entorno con más claridad, como sucede con otros lugares vecinos. Por el oriente tiene al cerro el

Gorriocillo y por el poniente las Sierra del Jorongo y de La Sierpe, quedando por el noroeste la Sierra de Catorce, de donde desciende el arroyo del Ojo de Agua de Rodríguez, presentando una localización de $23^{\circ} 22'$ de latitud norte y $100^{\circ} 45'$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 1630 msnm.

La comunidad solo observó contingentes que iban y venían por ser solo un poblado de paso, por lo que los insurgentes no dejaron una honda huella. Más tarde desfilaron por el sitio los ejércitos de México, para ir a luchar contra la invasión Norteamericana; luego los franceses con los conservadores como sus aliados y finalmente Don Benito Juárez, quien pernoctara en la comunidad, lo que sabemos por una carta dirigida a su yerno Pedro Santacilia, de fecha del 27 de diciembre de 1863, firmada en Villa de Guadalupe.

El actual asentamiento es hoy un centro de población que cuenta con traza en damero organizada a partir de una plaza principal, con la presidencia municipal en una esquina y la iglesia a una cuadra, conservando una muestra variada y entremezclada de

vivienda vernácula y popular. Su principal cualidad es su limpieza y orden.

2.9. LA HACIENDA DE LA PRESA Y LA PRESITA.

En la puerta que se abre desde el pequeño valle de Villa de Guadalupe, paso natural entre la llanura de Venado y Charcas al valle de Matehuala, se ubican La Presa, a $23^{\circ} 29' 57''$ de latitud norte y $100^{\circ} 43' 31''$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 1610 msnm y La Presita a $23^{\circ} 30' 38''$ de latitud norte y $100^{\circ} 43' 17''$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 1620 msnm. Se localizan prácticamente en el arranque de esta embocadura, al pie de las lomas del macizo montañoso de la Sierra de Catorce. La planicie corre como un valle secundario que baja por el norte de la cañada compuesta por el conjunto de montañas del Cerro del Fraile, por la comunidad de Laureles, bajando por La Joya a Tanque Colorado y los Chilares. Se trata de la conjunción de dos asentamientos hermanados en su historia, su origen y toponimia. Este espacio de producción agrícola, ganadero, ixtlero y mezcalero, es irrigado



Hacienda de Presita

por los escurrimientos del arroyo El Chocolate, que se une con el Jordán ya para llegar a la hacienda de la Presita, y los arroyos de Calabazas y la Maroma. Este último desciende de las alturas de la comunidad de Real de Maroma donde se encuentra un manantial que ha prodigado agua a esta zona del altiplano, haciendo del lugar un sitio privilegiado por la mayor riqueza que puede haber en el semi-desierto que es el agua. La Maroma en épocas más recientes abastece del vital líquido, mediante un acueducto, a la ciudad de Matehuala.

Para el año de 1853, estas dos haciendas pertenecían a Matías Martín de Aguirre, quien para esos años ya era un hombre de edad muy avanzada. Cuando murió en 1859, seis años después, tenía la edad de cien años según se establece en algunas fuentes, dejando de manifiesto las ironías de la vida. Era de origen Español, oriundo de Navarra. Llegó en auxilio de su tío el Coronel Francisco Miguel de Aguirre, militar realista que tenía bajo su administración la hacienda de San Juan de Vanegas, propiedad de la familia de Francisca de la Gándara, mejor conocida como la virreina por estar casada Con Félix María Calle-

ja, el destacado militar realista que derrotó a las fuerzas de Hidalgo en varias batallas, y que sería Virrey de la Nueva España. La familia política de Calleja tenía en posesión varias haciendas del Valle de San Francisco y la Sierra de San Miguelito en las Inmediaciones de la ciudad de San Luis Potosí, entre ellas la haciendas de Bledos, donde Calleja recibió la noticia de la sublevación en el pueblo de Dolores de varios “sediciosos” encabezados por el cura del lugar de nombre Miguel Hidalgo. Por lo anterior, la línea de vinculación de Matías Martín de Aguirre con Calleja era muy cercana, y por eso a su llamado se enlistó con los famosos Tamarindos, destacándose Aguirre como un militar feroz en contra de los insurgentes. Al término de la guerra se sumó a los que apoyaron a Iturbide para la independencia de México, para así regresar a la región a convertirse en un cacique considerado como un “héroe”, quedándose con el control de minas en el Real de Catorce, la hacienda de La Boca y por supuesto, las haciendas de La Presa y La Presita, por ser la zonas en la región que contaban con agua. La lucha de Hidalgo por quitarles el poder a los españoles, resultó en que muchos de ellos continuaron

ostentándolo, a veces, como en este caso, con mayor fuerza.

Contrasta radicalmente con lo anterior, lo acontecido en los inicios del siglo XX, en el marco de la lucha agraria y la repartición de la tierra. Esta se fue dando a cuenta gotas generando sucesos de enfrentamiento, como el que ocurrió en estas haciendas, donde se dio la muerte del líder agrario Mariano Vázquez, al que los habitantes de la Presita le erigieron un monumento. Año con año los pobladores de este lugar le rinden homenaje, existiendo una placa bajo su estatua con la siguiente leyenda: “los campesinos por quien te sacrificaste en la lucha por el reparto de la tierra, dedicamos este a tu memoria 19 de septiembre de 1922- 19 de septiembre de 1941”. Fue uno de los muchos líderes agrarios que se dieron en el país, como el del legendario líder agrarista Rubén Jaramillo, militante del ejército Zapatista, quien en el estado de Morelos fuera asesinado con toda su familia en la década de los sesentas a manos del gobierno en turno.

El conjunto Arquitectónico está dividido en dos, el primero correspondiente a La Presa, compuesto por



La Presita

un grupo de trojes. En el frente se conserva una era, hoy rodeada de casas. Existe también un templo del Siglo XX y una plaza rectangular con una hilera de bancas a cada flanco iniciando una tipología de patrones de identidad muy popular en las iglesias de estas comunidades, que encontramos en lo que resta de la Ruta desde Villa de Guadalupe hasta Matehuala.

En el acceso de la hacienda existen dos mojoneras que la delimitan y cuenta con un gran bebedero para ganado mayor en un terreno más amplio. La hacienda de la Presita se encuentra más consolidada por un templo del siglo XX que presenta una plaza al frente a manera de pequeño atrio, con la misma disposición de bancas. Sigue luego el conjunto de la casa principal con estancias que dan a un espacio abierto, que hace las funciones de lugar público, bordeado por actuales viviendas. Ahí se encuentra el monumento a Mariano Vázquez. De entre las casas sale una torre campanario, cerrando el conjunto un detallado muro de adobe que oculta las instalaciones de una mezcalera y otras casas de la época en estado ruinoso.

Don Miguel y su contingente pasaron por estas dos haciendas, cuando estaban en pleno proceso de consolidación. Todavía no eran propiedad de Aguirre. El siguiente paso de este camino conducía a SAN FRANCISCO DE MATEHUALA.

2.10. LA HACIENDA DEL SALADO Y EL CEDRAL

En medio de un desierto descomunal dentro de lo que es el valle del Salado se encuentra la hacienda del Salado, el último sitio que pisaran los insurgentes en el territorio Potosino en su marcha en dirección a la ciudad de Saltillo. De ahí pasaron por la población de Agua Nueva, previamente tomada por el general Don José Mariano Jiménez, encargado de ir abriendo la ruta del norte, para extender la rebelión en las provincias internas de oriente. Este militar era de origen potosino, conocedor de su gente. Avanzó por estas tierras, derrotando a los militares realistas encabezados por Ochoa en el Puerto del Carnero. Era esta una región que presentaba condiciones muy peculiares en ese momento, porque se vivía un nuevo auge de fundaciones de poblados, algunos de escasos

treinta años de fundados, y por tanto en proceso de conformación. Pero también existían poblaciones fundadas desde el siglo XVI. El avance del General Jiménez por el norte lo llevó a la toma de Agua Nueva, en lo que hoy es el estado de Coahuila, a donde habían emigrado algunos gachupines -como los denominaban ellos-, provenientes del Real de Catorce, Venado, Charcas, Matehuala, etc. y que huían en dirección a Saltillo, temiendo el avance de los insurgentes. La comunidad de Agua Nueva se presentaba como una aduana previa para la toma de Saltillo. Esta se encontraba en posesión de los Realistas al mando del Coronel Cordero, quien fue aprehendido por Jiménez. Con Saltillo bajo control rebelde, Jiménez recibió al alto mando de los insurgentes, para dirigirse a la cita traicionera de Acatita de Baján, donde fueron hechos prisioneros y llevados a Chihuahua, sitio donde sería ejecutados, Mariano Jiménez, Ignacio Allende, Ignacio Aldama y el líder principal Don Miguel Hidalgo.

Después de salir de San Francisco de Matehuala, los insurgentes se enfilaron por los caminos polvorientos y resecos del final del invierno y el inicio de la primavera para alcanzar



Paisaje, Cerro del Fraile

el poblado de Santa María de la Asunción del Cedral. Este poblado se sitúa bajo la presencia vigilante del cerro del Fraile y la sierra de Catorce al sur. Se ubica en un árido valle a 23° 56' de latitud norte y 100° 43' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con una altura de 1700 msnm. En este sitio se instaló una hacienda vaquera en 1726, de acuerdo con las crónicas del Fraile Franciscano José de Arlegui. Con el auge del Real de Catorce, se transformó en un lugar donde se beneficiaba el mineral, hecho que detonó su crecimiento. Al pasar los insurgentes por el lugar, solo pudieron ver una comunidad casi abandonada después de ser atacada por Iriarte y el Coronel Canal. Esto causó el pánico de sus habitantes, quienes habían huido. Los pocos que quedaban vieron la llegada de un grupo maltrecho de españoles que entraron al pueblo en calidad de prisioneros de los rebeldes. Así el ejército de Hidalgo solo encontró un poblado prácticamente deshabitado.

Cedral, en 1826, después de lograda la independencia, se eleva a la condición de municipio. En el transcurrir de los siguientes cien años, su desarrollo fue tranquilo y apacible, hasta que es-

talló la revolución de 1910. En el año de 1913 fue tomada la plaza por las fuerzas del General Ernesto Santoscoy.

En esa época sucedió un acontecimiento arquitectónico de importancia al reconstruirse la fachada de la iglesia principal de Cedral bajo el proyecto del Ingeniero Octaviano Cabrera Hernández, destacado profesionista quien llevó a cabo la construcción de importantes edificios en la ciudad de San Luis Potosí, entre los que se cuenta el inmueble popularmente conocido como "Portales Ipiña".

Las andanzas insurgentes se continuaron al norte, bordeando la Sierra de las Águilas y la llamada Sierra Nevada, entre territorio Potosino y Coahuilense. Pasaron por Presa Verde para dirigirse al septentrión, atravesando San Juan de la Cruz, a través de un páramo desértico cubierto de gobernadora olorosa a yodo, entre el viento cálido y reseco, para alcanzar el último asentamiento humano de la ruta que siguiera Hidalgo por el estado potosino antes de salir de él: la hacienda del Salado, que se encuentra ubicada a 24° 18' 29" de latitud norte y 100° 49' 42" de longitud oeste del meridiano de Greenwich, con

una altura de 1730 msnm. Se encuentra cercana a la Sierra Papagayos por el oeste, como un macizo montañoso que dirige su orografía al norte, entreverada con la sierra Saltillito y un cañón y serranía de nombre Matehualpil, vocablo que transluce su vínculo con los Guachichiles que dominaron esta región. Este término es alusivo al grito de "no vengas" o tal vez "no entres" a esta embocadura, de la cual ya no saldrás con vida por ser su morada y refugio contra cualquier invasor que se presente.

La hacienda de El Salado se caracterizó por su producción guayulera, proveniente de la siembra y cosecha de la planta del guayule (*Parthenium argentatum*) que es un arbusto perteneciente a la familia de las asteráceas. Es nativo de la región del desierto de Chihuahua, y se la usa como fuente alternativa de látex hipoalérgico, en contra de la usual goma de caucho.

En esta zona se encuentra la planta con facilidad, así como matorral desértico macrófilo espinoso, nopaleras y cardonal con pastizales, y la gobernadora.

Las actuales instalaciones se encuentran en ruinas muy deterioradas,



El Viejito, Sierra del Cuervo

prácticamente en abandono, como lo manifiestan las estadísticas de poblamiento que El Salado ha tenido en los últimos cien años. En 1900 contaba con 508 habitantes. Para 1910 disminuyeron a 437. Por el conflicto revolucionario el lugar se quedó con solo 113 habitantes. En 1921 comienza a incrementarse nuevamente la demanda del guayule. Por motivo de la segunda guerra mundial crece la producción, aumentando el número de trabajadores a 261 en 1940. Para 1950 contaba con 463 habitantes, pero con la caída del mercado se fue abandonando el lugar, el cual en 1960 sólo contaba con 77 personas. En 1990 eran 25 y en el 2000 solamente quedan 11 personas. En el 2005 aumentó a 12 habitantes, dejando en claro cómo se han manifestado las condiciones de un territorio que obliga a sus habitantes a regresar a la vida errante en el concepto moderno del migrante.

CAPITULO III

- 3.1. Los Pueblos Mineros**
- 3.2. El Paisaje**
- 3.3. Santa María de las Charcas**
- 3.4. Real de minas de Nuestra Señora de la Limpia
Concepción de Guadalupe de los Álamos de Catorce**
- 3.5. Villa de la Paz y San Francisco de Matehuala**

3.1 LOS PUEBLOS MINEROS

El destello de los metales entre las rocas ásperas de las montañas alucinantes, de lomos suaves y robustos, hechizaron con su encanto místico y silencioso, a los ambiciosos conquistadores, emisarios de un poder pretencioso de expansión y de dominio para el control de tierras y almas, sedientos de plata y oro, y que pasaron por encima de pueblos y tradiciones, despojándolos de su esencia cultural, su identidad y de sus tierras. Venían atraídos por el canto de sirenas, proveniente de la esperanza de riquezas minerales existentes en las entrañas de esta tierra, bajo el pretexto de la conversión para salvar almas y civilizar formas de vida.

Los primeros hombres que ingresaron desde Asia al Continente Americano, siguieron la huella de los animales

del pleistoceno, bajando del norte en dirección al sur, en sentido contrario de los insurgentes, rumbo al norte en esos primeros meses del año de 1811. Aquellos hombres primitivos dejaron vestigios de su paso por estas tierras, descubiertas en las exploraciones que definieron la presencia del llamado hombre del Cedral. Esos primeros personajes observaron un cielo lleno de estrellas, y las majestuosas cúspides del Cerro del Fraile al calor de un hogar y la luz de la luna llena.

Estos ancestros pasaron por estas tierras sin plantearse la posibilidad de establecerse en ellas: el mundo era tan vasto, sin fronteras ni amos, que tan solo procuraron seguir la pista de sus presas para la base de su subsistencia. Por varios milenios esta región sería territorio trashumante de manadas de animales que pastaban en las llanuras. Sin embargo, el fin de las glaciaciones contribuyó a la extinción de la gran fauna pleistocénica, y el cambio climático provocó el inicio de la desertificación de la región, quedando solamente grupos humanos de subsistencia precaria, obligados a una resistencia heroica, sobre un suelo erosionado, reseco, y pobre. Con todo y estas adversas condiciones, lo

convirtieron en su hábitat, para arraigarse a esta hostilidad, mediante una vida errante de rotación constante, como viajeros incansables, que montaban campamentos temporales o se refugiaban en las oquedades de las sierras, conformando desde sus mesetas los puestos de vigilancia, así como también, algunos talleres líticos para la fabricación de armas y herramientas. Se destacaron por su habilidad con el arco y la flecha, convirtiéndose en excelentes cazadores, conocedores de todos los rincones de la región, haciendo de ella su casa y su templo.

Al considerarla su territorio sagrado, estos primeros habitantes, se conectaban con la madre tierra, ese gran espíritu de la vida, adquiriendo mediante este vínculo, el conocimiento de la herbolaria, y los secretos de curación y relación mágica con los grandes espíritus a través del peyote (*Lophophora williamsii*) y otras plantas, permitiendo además su nutrición y salvación del hambre y la sed. Con ello, se forjó el espacio sagrado, respetado y venerado por otros pueblos sedentarios o seminómadas, región a la que temían ingresar por lo agreste y difícil del terreno, y por la bravura de



Sierra,
Cuchilla las Arañas

sus habitantes, los cuales defendían su territorio, evitando el ingreso de extranjeros, atemorizando y aterrando a todo aquel que osara penetrar en él. Nos llega a nuestros días, por medio de crónicas y relatos, la fonética de un grito de alerta y advertencia, que los naturales expresaban a los forasteros: “ma-te-hua-llal”, semántica de una voz guachichila, que se traduciría en ¡no vengas!, vocablo que daría razón del nombre de la población norteña del altiplano potosino de San Francisco de Matehuala.

Los conquistadores, se adentraron con la finalidad de adueñarse de estas tierras, enviando de avanzada a los frailes para evangelizar, y a los mineros a tratar de colonizar. Solo encontraron la resistencia de una cultura curtida en la supervivencia por habitar en entorno difícil de domesticar. Esta resistencia cambió todos los esquemas conocidos en la lucha contra un pueblo de fantasmas, “los Guachichiles”.

De esta manera la expediciones comenzaron, desde el corazón del territorio Zacatenco y “Los primeros que se dirigieron al norte estaban dominados por una sola idea fija, la

plata –vetas madres y ricas venas que habría que descubrir y reclamar-, riquezas que de la noche a la mañana encontrarían casi sin esfuerzo, aportándoles vestimentas lujosas, grandes casas, poder, títulos, prestigio social. Con la cabeza llena de estos sueños, los que se dirigieron hacia el norte no pensaron mucho en tomar medidas prácticas de precaución.”^{viii}

En 1546, exploradores españoles se topan con un filón de plata, al pie de un cerro con una joroba, en un sitio habitado por indígenas llamados Zacatencos, al norte de la Nueva España. Estos tenían un campamento en esa cima, conocida hasta la actualidad como Cerro de la Bufa. Al contactar a los forasteros, los nativos les obsequiaron, bajo un intercambio de regalos para demostrar actitud de paz, una pepita de plata, delatando la presencia de una gran veta de este material en el sitio. Esto despertó las ambiciones de los exploradores al mando de Juan de Tolosa, así como del gobernador de Nueva Galicia, el Capitán Cristóbal de Oñate. Nace entonces Zacatecas como pueblo minero, iniciando como un pequeño asentamiento, siendo la primera de sus edificaciones, la casa fortificada de

Diego de Ibarra, autoridad española que se mantuvo firme en el lugar, a pesar de las constantes hostilidades que de inmediato iniciaron los grupos de zacatencos, al ver invadidos sus territorios. En este sitio, se dio origen a la cultura de LOS PUEBLOS MINEROS^{ix} del centro del país.

Con estas acciones, se iniciaba una nueva etapa en la región, que como una cuña clavada en el corazón del altiplano, daría origen a la búsqueda de nuevas vetas de los metales altamente codiciados. Zacatecas quedaba plenamente aislada del resto de las tierras conquistadas y en un alto riesgo de ser atacada y destruida, por lo que se tuvo que crear un puente de enlace, lo que sería llamado Camino de la Plata, el que conectaba directamente a este centro minero con la Ciudad de México. Pero el nuevo camino resultó el lugar idóneo para los grupos Chichimecas, haciendo posible atacar al invasor en campo abierto, perfectamente conocido para ellos, propiciando con esto una sangrienta guerra que duraría aproximadamente cuarenta años.

Durante todo este tiempo, al norte del virreinato, sobre la frontera septentrional, las posibilidades de terminar con



Sierra de Coronado

esta cruenta guerra la fueron abriendo algunos frailes franciscanos que se internaban en la gran chichimeca, con la finalidad de convertir al cristianismo a estos hombres y mujeres del semidesierto. Muchos nunca pudieron regresar, pero los objetos y animales que estos ofrecían a los naturales, dio la pauta para que el capitán mestizo, Miguel Caldera, con el apoyo de estos religiosos, y el dinero del gobierno virreinal comenzara un proceso de pacificación gradual. Este se dio mediante la entrega de regalos para su manutención básica, convenciéndolos para que aceptaran asentarse en villas y pueblos adoptando la vida sedentaria, dando así inicio al proyecto de colonización de la zona. Con estas acciones se fue reforzando el camino de la plata, instalando edificaciones básicas de defensa, llamados “presidios”, formando caminos de penetración, así como rutas secundarias alternativas al principal, con el objeto de contrarrestar los ataques y avanzar hacia el control gradual de la región, haciendo posible llevar a cabo exploraciones que fueran detectando otros sitios con potencial minero.

A partir de la fundación de Zacatecas, se llevaron a cabo exploraciones de

nuevas vetas mineras hacia el norte de este asentamiento, tales como Fresnillo, Sombrerete, Cuencamé, Mazapil y el mineral de Pinos, que recibió parte del contingente de Tlaxcaltecas que condujo Diego Muñoz Camargo. De la misma forma en territorio potosino, fueron los casos de Santa María de las Charcas, una de las primeras fundaciones mineras; Cerro de San Pedro, que dio origen a la ciudad de San Luis Potosí; la hacienda de beneficio de mineral de Monte Caldera en la zona centro del estado. Siguiendo las huellas de Don Miguel Hidalgo, rumbo al norte, se fundó el pueblo de labor de San Francisco de Matehuala en 1550 como un asentamiento de población de tránsito.

En el siglo XVII, el hallazgo de vetas minerales dio paso a la explotación minera en las cercanías, originando la hacienda de beneficio de la Boca, que después se transformó en el poblado de Villa de la Paz. Finalmente, en 1772, a raíz de los hallazgos de vetas minerales, se funda el Real de Minas de Nuestra Señora de la Limpia Concepción de Guadalupe de los Álamos de Catorce, dando paso a una tradición de pueblos mineros que en pleno siglo XXI continúa con su producción y

desarrollo, dando fuentes de empleo a los empobrecidos habitantes del altiplano potosino, como una de las principales actividades económicas de la región.

Esta tradición minera que proviene desde el siglo XVI, nos hermana en la semejanza de la toponimia con el otro altiplano de Sudamérica que es el Altiplano Boliviano, comenzando por las denominaciones de las aéreas geográficas y sus características de altitud sobre el nivel del mar. Otra similitud es el paisaje de planicies áridas y resacas, pero principalmente, la presencia de la minería y la invasión del imperio español. Con esto, la cultura, la lengua y por lo tanto los nombres que se aplicaron a algunos sitios -como en el caso de la ciudad de Chuquisaca, perteneciente al Alto Perú, fundada en 1572 con clara vocación minera que se le denominó después con el nombre de Charcas-, al crearse el Virreinato del Río de la Plata, volvió a cambiar su denominación por el de la Plata, en alusión a su gran riqueza mineral. Finalmente, en 1839, se le cambió nuevamente por el de Sucre, en honor del Mariscal Antonio José de Sucre, uno de los insurgentes que libertaron a Sudamérica del yugo de España.



Sierra de Catorce

El más conocido de estos paralelismos toponímicos, es el que le da el nombre a la ciudad de San Luis Potosí y al estado del que es capital, con la ciudad minera de Potosí en Bolivia, producto del gran filón de plata y oro existente en esa montaña andina, localizada a más de 5000 metros sobre el nivel del mar, cuyo hallazgo sucedió en 1545. Existen varias versiones respecto al origen de la palabra potosí. Una de ellas proviene de una voz de la lengua Aimara. Dice una leyenda inca, que al ingresar unos forasteros en las entrañas de la montaña, se oyó una voz que rugiente les gritó que ese mineral era para otros; por tanto lo llamaron Putuqsi o cerro tronante. Otra versión señala que “potosí” procede de una voz Quechua, “Ppotocci” que significa explosión. Según el vocabulario de lengua Aymara de Ludovico Bertonio, publicado en 1612, Putukh significa “hacer ruido”, y en Quechua, la lengua del imperio Inca, Potoxi significa “manantial de plata o cerro alto”.

Esta relación toponímica con Bolivia no fue casualidad, más bien se debió a que algunos mineros conocían de aquellas tierras, o habían estado en ellas. Tal es el caso de Santa María de las Charcas, en 1570, el de San Pedro

del Potosí en 1592, como se registran en un principio las minas, y El Real de Sierra de Pinos, que se nombró como “Nuestra Señora de la Concepción del Cuzco” en 1594.^{IX}

3.2 EL PAISAJE

Entre cerros de tonos azul pizarra y grisáceos, con curvas suaves y sutiles, que semejan cuerpos gigantes en reposo, entrelazados en sensuales formas ondulantes, sobre un suelo ocre y pardusco que hace gala de amplias llanuras con bosques de palmas o yucas (*yuca filifera*), pobladas en algunas partes de nopaleras. En los sitios cercanos a los caminos, comunidades y cuerpos de agua, se suma a la vegetación de matorrales espinosos, cardonales y pastizales que se enriquece con una de las más ricas variedades de cactáceas en el país y tal vez del mundo, con biznagas de diversas variedades, algunas de tamaños espectaculares de más de un metro de altura. Y por supuesto la planta mágica del peyote (*Lophophora williamsii*) utilizada por los Huicholes en su peregrinación anual por el territorio sagrado de Wirikuta; cabe decir que este pueblo se asocia con los chichi-

mecas por el tronco lingüístico en común que es el yuto azteca.

Se complementa la riqueza vegetal con los magueyes, introducidos para la producción del pulque, que los pueblos mesoamericanos ya producían, y que se trajeron a estas tierras para su producción, cuando emigrantes de origen Tlaxcalteca, a fines del siglo XVI, vinieron en grandes contingentes bajo la dirección de Diego Muñoz Camargo.

Cuando aparecieron los destilados que originaron el tequila en el estado de Jalisco, se aplicaron las mismas técnicas con las piñas de este maguey introducido, lo que dio origen a la producción de mezcal en las haciendas del altiplano Zacatecano y Potosino, durante el siglo XIX y principios del XX.

Respecto de las especies de arbóricolas, se tienen algunos tipos de coníferas y encinos, incluyendo al encino enano, que parece un arbusto, en las partes altas de las sierras, y más abundantemente, algunas variedades de huizaches (*acacia farnesiana*) y mezquites (*prosopis juliflora*), en las partes más bajas.



Charcas Viejo, La Cruz

Una de las especies que fuera introducida para adquirir carta de naturalización, fue el “molle”. Este árbol como se le conoce en Perú, ya es característico del altiplano potosino y en general de todo México, ya que se adaptó con facilidad a las condiciones de sequías prolongadas y condiciones climáticas extremas. Coloquialmente lo conocemos como pirul (molle schinus) o árbol de piru por su origen peruano. Su nombre es de origen Quechua, de mulli, que significa “flojo”, por su follaje que tiende a caer como escurrido, dando un aspecto de melancolía a los paisajes ya de por sí desolados, donde se agradece su sombra en medio de estos parajes de un sol abrasador. El pirul también conocido como falso pimiento. En Sudamérica se le dan muchos usos al fruto, que es una esfera de rosa intenso, al igual que al follaje y a la madera, pero en México no, tal como dice una canción popular:

*Pobre leña de pirul
que no sirves ni 'pa arder,
nomás para hacer llorar.*

En la tercera etapa de lo que fue la ruta de los insurgentes en el estado de San Luis Potosí, después de pasar

por las haciendas de Cruces y Guanamé, continuaron por el pueblo de San Sebastián Ojo de Agua del Venado, para finalmente llegar a Santa María de las Charcas. De ahí comenzaron su periplo por los pueblos mineros del altiplano enclavados en un conjunto de macizos montañosos, compuestos por la Sierra de Picacho los Lobos, principalmente. Se encaminaron al norte de Venado, hacia donde se localiza el conjunto de Charcas Viejo, para luego llegar al actual Charcas. Esta población se incrusta en una cañada amplia que articula en dos bloques la sierra, separando la sección de Picacho los Lobos de la Sierra de los Picachos del Tunalillo al norte, segmentada por el centro en dirección al poniente, por la parte menos agreste de lomas con pendientes suaves, que bajan para perderse en una planicie sin final visible en el horizonte, hacia el aislado pueblo de Santo Domingo.

En dirección del oriente, las lomas descienden rápidamente en un valle angosto, desde donde es posible observar al conjunto de montañas de la Sierra de Coronado elevarse como un muro tajante sobre la llanura, apuntando como una flecha a la parte serrana más ancha y alta de la zona,

encontrando en ella al Cerro del Quemado, lugar sagrado de los pueblos huicholes, resguardado por el Cerro Grande, la montaña más alta del estado, con una elevación de 3180 metros sobre el nivel del mar, en el corazón de la Sierra de Catorce. Esta elevación se rodea por múltiples instalaciones mineras de la época del auge del Real de Catorce, dentro de un paisaje bucólico de ruinas y lomas de pastizales ocres dorados, producto de un sortilegio que los mantiene suspendidos en el vacío de un tiempo inexistente. Dicho paisaje se percibe antes de llegar al pueblo de Real de Catorce, enclavado en una cerrada cañada que se precipita vertiginosamente al vacío para alcanzar en la planicie a Estación Catorce, en la puerta de la llanura sagrada del peyote, donde sobre unas vías del tren, bajaban pasajeros con destino hacia las alturas, como una versión del altiplano del un nuevo Shangri-La, aquel sitio mítico de un reino perdido, descrito en la novela “Horizontes perdidos” del británico James Hilton.

Rematando por el nororiente la Sierra de Catorce, se desprende de esta un conjunto de cinco picos de montañas muy peculiares en la zona, porque se yerguen desde una base



Haciendo de Beneficio

de 1900 msnm, para alcanzar en sus dos puntas más altas, casi gemelas, los niveles de 2500 msnm en el Cerro del Fraile, y 2450 msnm en el pico del Carrizal, como si fuera la lengua bífida de la cabeza de una serpiente simbolizada por la Sierra de Catorce. Más abajo, también asoman, en acompañamiento, el cerro de Las Águilas y el cerro de Dolores, ambos a 2300 msnm. Más allá se divisan el cerro del Muerto a 2100 msnm, y Las Amapolas de 1900 msnm de altura, quedando al pie de estas montañas la antigua hacienda La Boca. La misma que dio origen al pueblo minero de La Paz. El paisaje desciende hasta llegar a la ciudad de Matehuala, donde se encuentra el punto más bajo de esta llanura, a 1450 msnm, y sigue bajando en dirección hacia el poblado de El Huizache.

Al norte de la Sierra de Catorce, la llanura se abre por una prolongada cañada que se transforma en un valle muy estrecho, que arranca desde el famoso túnel de Ogarrio y las instalaciones de la mina de La Luz y el poblado de El Refugio, bajando por el poblado de Potrero, por donde se sale para encontrar la salida del macizo montañoso sobre la llanura los

pobladillos de San Juan de Vanegas al poniente y al oriente la población de El Cedral.

3.3 SANTA MARIA DE LAS CHARCAS

El conjunto geográfico, urbano arquitectónico

El poblado de Santa María de las Charcas se enclava en el centro de una cañada, a 23° 07' 34" de latitud norte y 101° 06' 46" de longitud oeste del meridiano de Greenwich. En este punto se divide una formación montañosa en dos segmentos conocidos como la Sierra de Cuchilla las Arañas y la Sierra de Picachos del Tunalillo. En medio de la población corre un arroyo que va al norte, desembocando en el poblado de Cañón de Lajas. Sobre el lugar donde se decidió establecer el trazo del asentamiento, se forma una pequeña loma plana a una altura de 2010 msnm, 23° 07' 34" de latitud norte. Esta sirvió como emplazamiento para fundar el actual poblado de Charcas, que de acuerdo a las diversas crónicas, tuvo tres momentos de fundación, debido a las hostiles condiciones de la invasión hispana en terri-

torio chichimeca, y por la falta de contundencia en mantener los sitios que eran atacados por los diversos grupos étnicos en defensa de su hábitat.

Para el año de 1563 las expediciones en el territorio de guerra, dieron con un lugar al norponiente de Zacatecas, que prometía el hallazgo de una nueva veta de mineral. Dando por sentado el hecho, Juan de Oñate estableció una mina a la que le dio el nombre de San Cristóbal, en honor de su padre, aquel personaje que décadas atrás gobernaba la Nueva Galicia.^X

La situación lo llevó a construir un templo con su respectivo convento de Franciscanos, para iniciar un nuevo asentamiento que, por su poco personal, y debido a los ataques de los bravos chichimecas, fue abandonado y dejado a su suerte. De acuerdo con una crónica de Fray Martín de Urrizar, Vicario de la Provincia en 1685, esta primigenia población, se levantaba en el corazón de de la Sierra de Cuchilla las Arañas, cercana a la actual comunidad de Labor de la Cruz, a la que comúnmente algunos la llaman Charcas Viejo. Esta se encuentra en una depresión profunda, con una mezcla de vegetación entre arboledas de



Convento de Charcas

múltiples especies y nopaleras, en donde existen vestigios de apariencia arqueológica, que pudiesen ser los restos de ese asentamiento. En las cercanías existen vestigios de elemento arquitectónico, que guarda parentesco con la apariencia de los presidios.

Después del abandono, se fundó el actual pueblo de Charcas, en el año de 1574, reconstruyéndose el emplazamiento, levantando nuevamente un convento los Franciscanos. Este sería destruido por segunda vez por los grupos guachichiles.

Nuevamente se volvió a fundar Santa María de las Charcas en el año de 1582, pudiendo finalmente mantenerse como nueva población. Recibió este nombre en honor de la virgen María, y Charcas, al parecer por influencia de la ciudad minera de Sucre en Bolivia.

Los mismos personajes que dieron origen, mas tarde, a la ciudad de San Luis Potosí, también formaron parte del proceso de fundación y consolidación de Charcas, como ya lo mencionamos: Juan de Oñate apoyado por el justicia mayor el Capitán Caldera, y por el lado franciscano, Fray

Diego de la Magdalena, apoyándose en la estrategia de traer a indígenas sedentarios del sur a convivir con los recién pacificados chichimecas, como lo narra el propio Caldera:

“Aquí dejo un titulo yo, el Capitán Miguel Caldera, en este pueblo de Santa María de Meca Tabasco, jurisdicción de Juchipila, Reino de la Nueva Galicia, cuando se alzaron los indios huachichiles chichimecas; y es así que yo anduve recogiendo gente para soldados y llegué a este pueblo de Meca Tabasco el año de 1583, en que los alisté y saqué de soldados a pie con arco y flecha y por capitán Martín García; éstos anduvieron conmigo en la guerra cinco años o más hasta que vencieron a los huachichiles en San Luis y Tequisquiapan y les rogué se fueran al pueblo de Huejotitlan, para que allí se hicieran amigos los Huachichiles con los de Meca Tabasco y se abrazaron en Juchipila y quedo en paz esta jurisdicción; y después de hechos amigos los huachichiles con los de Meca Tabasco, yo dicho Caldera los llevé a los huachichiles y los deje en su pueblo que es en San Luis y Tequisquiapan; después me partí para México ante el Exmo. Señor Virrey Don Luis de Velasco a pedirle cuatrocien-

tos tlaxcaltecas, para que poblasen en las fronteras que hay, y me los dio el Señor Virrey y en el ojo caliente que llaman Cuisilique los repartí y unos los dejé en Tequisquiapan y otros en Mezquitic y otros a las Charcas otros al Castillo, otros a San Andrés Chalchihuites y los que me quedaron Tlaxcaltecas dejé en la frontera de San Luis Colotlan, que fue en el año de 1592. Y después con mis soldados y los de Meca Tabasco me fui y los dejé en su pueblo, que vivían descansados quietos y pacíficamente en sus tierras, pastos y montes, que es el camino de Santicaticho y San Sebastián de Teochicacan en el oriente: pido y suplico a las justicias de su Majestad y Señores Virreyes y oidores amparen estos pobres en sus trabajos y necesidades, que lo han hecho muy bien en mi compañía, sirviendo a su majestad varonilmente en la guerra; de que doy fe de ello como Capitán, fecho a 20 de enero de 1593 años.”
Miguel Caldera”.^{XI}

Para 1591 Charcas se consolida como el centro jurisdiccional de la región, muy extensa, encabezando las labores misionales, pero pronto iría perdiendo territorio cuando en el mismo año se erige el convento de



Templo de Charcas

San Sebastián Ojo de Agua del Venado, el cual se hace cargo de la labor evangelizadora en la parte sur de esta zona. Se establece entonces una rivalidad entre ambas misiones para ser el centro de población que controlara la zona, en dirección del norte. Todo el siglo XVII mantuvo Charcas su hegemonía como centro de evangelización, y por ello los Franciscanos, que desde la fundación insistieron con tenacidad en construir un convento, finalmente vieron cristalizados sus esfuerzos cuando Fray Martín de Urrizar comienza el actual conjunto religioso, incluyendo su templo, dedicado a San Francisco. El mismo es concluido por Fray Jerónimo Martínez en 1688. Este edificio se compone por una arquitectura tradicionalmente aplicada en el siglo XVI en las edificaciones conventuales de la orden de los Franciscanos, donde a partir de un patio central se ordenan pasillos y deambulatorios. Se ingresa al interior a través de un portal de peregrinos, por un zaguán de recibimiento, proveniente de una plaza que bien pudo ser un atrio para la congregación de los indios guachichiles, ya inducidos por las prácticas sedentarias de los Tlaxcaltecas que trajera Caldera. Actualmente es la plaza principal, unida con el acceso de

la iglesia. El templo presenta una portada típica de la orden franciscana, acorde a la época que fue realizado, bajo un lenguaje asociado a los inicios del barroco, manifestándose en lo que se podría llamar un barroco sobrio.

Arranca su fachada con la puerta de ingreso resuelta, que presenta un vano rematado en arco de medio punto, decorada en las enjutas por elementos de laceria y vegetación, enmarcado por una portada compuesta por dos pilastras clásicas estriadas adosadas, en las que descansa el friso y la arquitrabe rematados por dos pináculos superiores. En la aparte superior destaca el óculo del coro de forma oval y el escudo de las conformidades, donde se entrecruzan los brazos de Cristo y San Francisco con una corona en la parte superior, diseño insertado en un cuadrado y un rectángulo unidos como una sola figura por el cordón Franciscano. Finalmente, repartidos en tres cuerpos, un grupo de nichos se acomoda presentando características diferentes cada una de ellos. El primer cuerpo contiene dos nichos con una cruz inserta, comúnmente dedicados a los doctores de la iglesia, compuestos por pilastras adosadas de fuste plano y estriado rematados por un

frontón abierto en la parte superior, de claras influencias renacentista y manierista del siglo XVI y XVII. En el segundo cuerpo, existen dos nichos, con pilastras adosadas rematadas por una cornisa y dos pináculos con media esfera en la cúspide. El tercer cuerpo consta de un solo nicho central, con pilastras adosadas de fuste cilíndrico de media caña divididas en dos cuerpos, rematándose con una cornisa con pináculos similares al cuerpo anterior con el escudo de la orden de los Franciscanos, compuesto por los cinco estigmas. Concluye la portada con un luneto delimitado por una cornisa o frontón curvo de medio punto, manifestándose la forma de la bóveda de cañón corrido que cubre al interior la nave central. Esta se desarrolla en forma de cruz intersecándose con las bóvedas de crucero en el área del altar, magnificándose el esquema tradicional al elevarse al centro un tambor sobre pechinas para colocar sobre de él la cúpula que lo corona.

La torre campanario, tiene tres cuerpos: el primero es la base y el volumen principal dispuesto por un prisma rectangular, presentando un vano que sirve para iluminar el bautisterio. Los otros dos cuerpos restantes son iguales entre sí,



Torre, campanario

conformando el volumen del campanario, donde la perforación de los vanos contrasta con el dominio de la masa sobre el vano que presenta el resto del edificio, robusto y horizontal, símbolo e ícono urbano vertical que permite salir el sonido de las campanas.

Cabe señalar el fuerte parentesco de familia que tiene esta torre con la del campanario de la iglesia principal del convento de San Francisco de San Luis Potosí. El templo es sin duda la obra arquitectónica más significativa de Charcas por su antigüedad, simbolismo y calidad arquitectónica.

Después de pasar el atrio se llega a un jardín que se conecta por una de sus esquinas, con el centro cívico, social, político y administrativo de la localidad, la plaza cívica, circundada por la presidencia municipal y edificaciones de origen decimonónico. Edificaciones recientes de diseño anárquico, alteran el contexto del siglo XX, desvirtuando lo que en otro tiempo fuera una imagen urbana en equilibrio, conformada con las principales viviendas porfirista y las clases poderosas e influyentes del pueblo, elaboradas con un lenguaje más académico, que contrastaban con las viviendas verná-

culas en piedras rústicas y muros de adobe. Complementaba este equilibrio, edificaciones levantadas en los inicios del siglo XX, donde manifestaciones de uso contrastado de colores, predominaban sobre la aplicación de amarillos ocre y rojizos, pigmentaciones de origen mineral que asociaba a los inmuebles con su esencia minera.

La traza urbana en su núcleo presenta un intento de composición en damero, que rápidamente se intercala y difumina cuando algunas calles rectas se enfrentan a la problemática de la topografía accidentada y al cauce de los arroyos que bajan y atraviesan en algunas partes la comunidad, cambiando a formas irregulares.

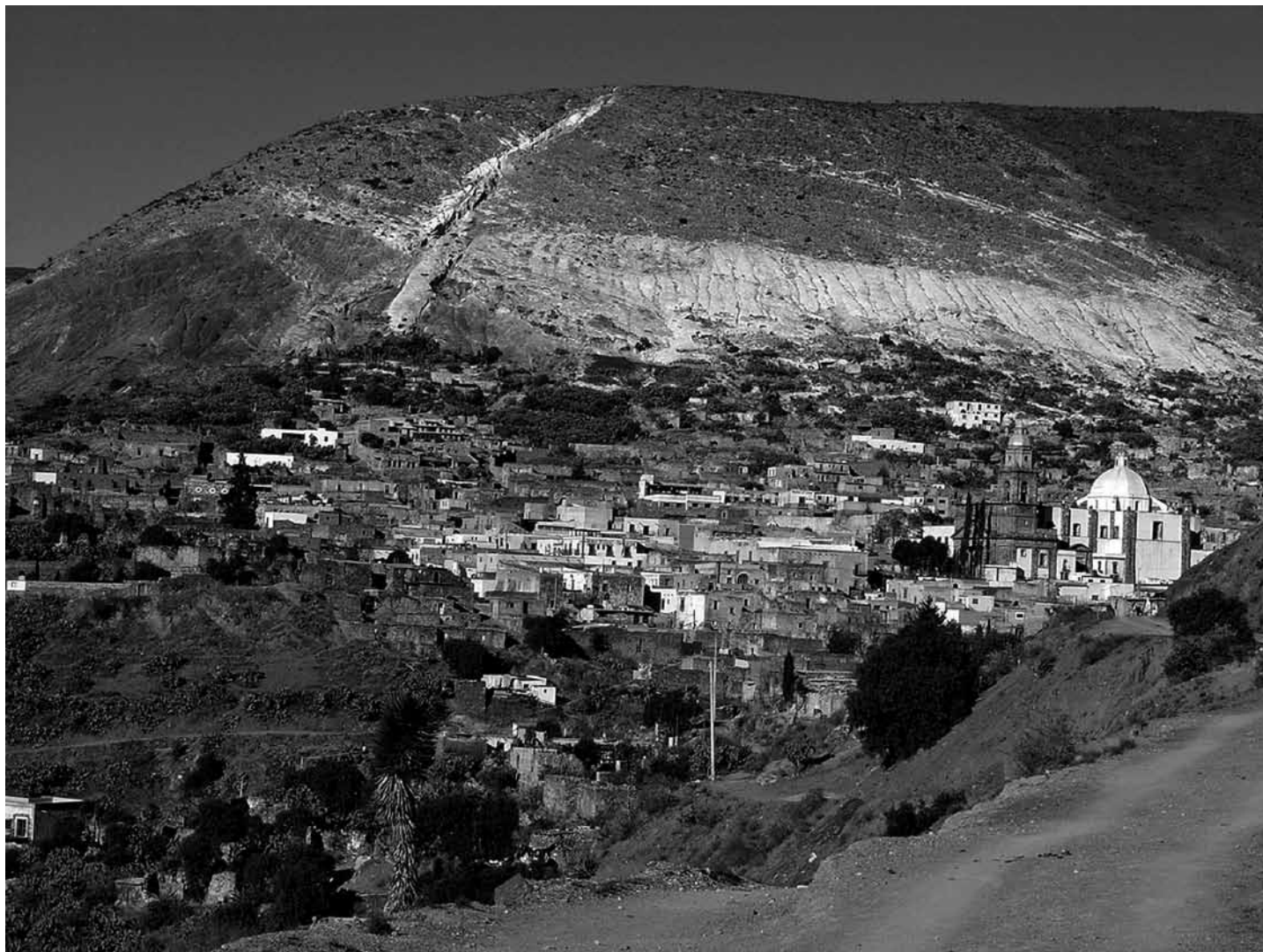
Es importante destacar que el urbanismo del altiplano y su arquitectura es el de calles áridas y en ocasiones empedradas con piedra bola, siguiendo la tradición de los pavimentos con los materiales de la región. Todos los edificios se alinean sobre el arrollo de la calle, y contienen una puerta al centro, accediendo desde ella a los espacios en un fresco zaguán, el cual a su vez conduce a un patio que se convierte en un auténtico oasis con un sinfín de masetas con plantas llenas de vida y

color, como aquellos patios con fuente y vegetación de los pueblos árabes.

Bajo estas condiciones floreció Charcas, donde también se edificó el templo de Jesús Nazareno, delimitado por un pequeño atrio que delimita el acceso del templo, localizado frente a un espacio abierto configurado por las viviendas del entorno.

Tres edificios más contribuyeron para otorgar a esta población elementos arquitectónicos de calidad. Estos fueron la Alhóndiga, de la que solo queda la fachada principal y algunos vestigios de sus interiores. Otro ejemplo es el conjunto de la hacienda de la Góngora, compuesta por un conjunto de edificios, donde en una esquina se destaca una forma arquitectónica, la cual evoca las características de una capilla, conteniendo una perforación en el muro de su fachada a manera de una espadaña pequeña, para albergar una campana. El tercer ejemplo, es la hacienda de beneficio del Refugio, que funciona actualmente como centro cultural.

Con el tiempo, desde la jurisdicción del convento franciscano de Charcas, se llevó a cabo la evangelización y aplicación de los sacramentos a los



Real de Catorce

poblados y haciendas en lo que hoy es el norte del estado de San Luis Potosí.

Los descubrimientos de vetas minerales en la actual Sierra de Catorce, darían origen al poblado minero de Real de Catorce a finales del siglo XVIII. Al crecer aceleradamente por la producción minera que se llevó a cabo de inmediato en el poblado, se construye en él la iglesia de La Concepción, bajo la responsabilidad del clero diocesano, creándose además varias parroquias en los poblados de Matehuala, Cedral y Catorce, por lo que desde el año de 1799, los franciscanos empezaron a perder influencia, abarcando menos territorio en sus labores religiosas, después de haber sido la institución religiosa más importante en la región.

La influencia estratégica de Charcas pronto fue disminuyendo, al igual que su producción minera, situación común en estos poblados, donde fluctúan las altas y bajas en la extracción, expulsando o atrayendo pobladores. Es el problema de la mono producción, que cuando se acaba redundando en la pérdida de condiciones económicas, provocando la emigración, que sigue siendo en toda esta región una constante, desde los mismos tiempos

de su fundación, dejando latente la condición del origen de sus habitantes de nómadas y sedentarios, fusionados hoy en una sola sangre: la de los seres humanos del altiplano.

El paso de los insurgentes por Charcas se inicia cuando el General potosino Mariano Jiménez, en fecha previa a la navidad de 1810, llega al lugar con un contingente de 2000 hombres, preparando la avanzada del ejército general. En febrero de 1811 pasó Don Miguel Hidalgo con una diezmada tropa de andar pesado, encontrándose con una comunidad en proceso de cambio, ya que por el crecimiento y auge del Real de Catorce, y por el empuje de los pueblos agrícolas de la región, se trasladó el centro neurálgico del altiplano de este antiguo sitio minero hacia Matehuala, abarcando así un radio más amplio, consolidándose esta población como un nuevo eje socio económico, avanzando poco a poco la influencia europea en dirección al norte, conforme se fueron derrotando a los últimos defensores del semidesierto, los últimos guerreros que heredaron las condiciones de la antigua guerra chichimeca, en pleno siglo XIX. Esta problemática se vio incrementada por la mayor expansión de colonos

a lo que hoy llamamos el viejo oeste, el cual se hallaba a dos fuegos y bajo políticas genocidas de exterminio de aquellos hombres y mujeres considerados como los últimos salvajes de las llanuras áridas.

En 1826, el recién creado Congreso Constituyente del Estado de San Luis Potosí le concedió a Charcas el rango de Villa bajo decreto, como lo venía requiriendo desde varios años atrás.

En 1888, se inaugura la línea ferroviaria que atraviesa todo el corazón del altiplano, incluyendo a Charcas, uniéndolo de manera concatenada por sus vías, a los pueblos mineros con la ciudad de San Luis Potosí, donde se recibía la producción de Cerro de San Pedro, para ser beneficiado en las nuevas instalaciones de la fundidora de la ASARCO (American Smelting and Refining Company). Las vías también hicieron posible trasladar la producción de la zona de Charcas y el Real de Catorce hacia San Luis. Mediante un ramal que partía de Estación Vane-gas a Matehuala, y desde ahí por vía angosta a las nuevas minas de la Paz, se trasladaba también material hacia las instalaciones de ASARCO en Matehuala, favoreciendo a esta última,



Real de Catorce

dándole así un nuevo impulso a su consolidación como la segunda ciudad del estado en esos días.

Para la primera década del siglo XX, Charcas se recuperaba un poco, pero el desplome del Real de Catorce como centro minero contribuyó al auge de las minas de la Paz y por consecuencia a Matehuala, quedando Charcas en un gradual aislamiento desde el movimiento armado de 1910, el cual prácticamente pasó inadvertido en el lugar, sólo por los actos de armas que se suscitaron en junio de 1913, cuando Secundino Navarro con tan solo 22 hombres, asaltó la población, solicitando pequeños préstamos a los comerciantes y familias de cierta capacidad económica, quedando sólo el susto de la pasividad del lugar, ya que no se causó ningún destrozo en la población, marchándose el rebelde al momento de saber la cercanía de las tropas federales.

Existe una casualidad, o causalidad, en dos hechos bélicos que atañen a Charcas: el general García Conde, militar realista, luchó en Ciudad del Maíz y altiplano potosino en contra de los insurgentes que surgieron en estas tierras, como Fray Juan de Villerías y el lego Herrera, perseguidos y aniquilados por este personaje.

En 1914, otro general García Conde derrotó al líder revolucionario Eulalio Gutiérrez en la estación de Los Charcos, único acto de armas en la región.

Charcas recibió el rango de ciudad en 1928 bajo decreto que fuera expedido por el Congreso del Estado de San Luis Potosí.

Charcas y varios pueblos del altiplano quedaron marginados al momento de construirse la Carretera 57 en la década de los cincuentas, para finalmente mantenerse en el silencioso espacio de su esencia retraída, en el corazón de sus entrañas y sus tradiciones, para despertar con el resurgir de un nuevo milenio con su trabajo minero y apoyo de sus emigrantes que partieron en su momento hacia los Estados Unidos.

3.4 REAL DE MINAS DE NUESTRA SEÑORA DE LA LIMPIA CONCEPCIÓN DE GUADALUPE DE LOS ÁLAMOS DE CATORCE

El conjunto geográfico urbano arquitectónico

Real de Catorce se sitúa al centro de una agreste cañada, que desciende

estruendosamente desde las más recónditas alturas del Cerro del Orégano, localizado a 3020 msnm, el Cerro de Barriga de Plata a 2900 msnm y del Cerro de la Misión a 3080 msnm, en la cima del estado de San Luis Potosí. El sitio, rodeado de las montañas más altas de esta entidad, baja como un relámpago zigzagueante hacia el Arroyo Catorce, atraviesa la actual mancha urbana en dirección del poniente, encontrándose con el cauce del arroyo de San Agustín, procedente de las faldas del Cerro Grande 3180 msnm, al sur de la comunidad. Esta elevación es la máxima cúspide del macizo montañoso. A partir del encuentro de los dos arroyos, se efectúa un descenso casi en caída libre desde los 3000 msnm a los 1800 msnm en una distancia no mayor a los diez kilómetros, desembocando en las tierras abajeñas sobre las llanuras mágicas del peyote, delimitadas por el eje de acero de las vías del ferrocarril. Esta línea que atraviesa las tierras sagradas de Wuirikuta de norte a sur, separando llanura de las montañas. Al bajar se llega a Estación Catorce, la más antigua puerta de entrada a la dimensión del tiempo suspendido entre los vivos y los muertos, entre las ruinas y el silencio, entre barrancos y llanuras,



Acueducto,
Real de Catorce

entre neblinas y un sol brillante, entre la erosión y el olvido y entre fantasmas y leyendas, pero principalmente entre la pobreza y la riqueza, contraste de erosiones y florescencias, reflejado en los rostros curtidos de sus habitantes de piel reseca y chapeada por el inclemente frío seco y las brasas ardientes del sol.

Rostros agrietados como surcos entre la piel oscura y blanca de los hombres y mujeres del Real de Catorce, los que se aferran a una existencia de quimeras alucinantes de la nueva veta hecha de viajeros, extranjeros que van y vienen o se quedan como un nuevo set de filmaciones y puestas en escena de realidades y fantasías.

El centro de población más importante, y cabecera del municipio de Catorce, se localiza entre las coordenadas de 23° 41' de latitud norte 100° 53' de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Está rodeado de ruinas cercanas y distantes de minas, haciendas pequeñas y beneficiadoras de mineral, convirtiéndolo en un contundente concepto de paisaje cultural, que se desparrama por los alrededores, con sitios como Potrero la mina de La Luz, las haciendas del Socavón

del Refugio, Santa Ana, Ave María, San Joaquín; la mina de San Agustín, la mina de Candelaria, el Puerto del Palillo, la hacienda de Socavón de Purísima, en fin, un caudal de sitios, que hoy son monumentos históricos del patrimonio cultural, y que se dispersan por entre los cerros, más allá de lo que fue el pueblo del Real de Minas de Nuestra Señora de la Limpia Concepción de Guadalupe de los Álamos de Catorce. Esta población es fundada en el año de 1779 de manera oficial, después del descubrimiento de las vetas de la llamada Mina de la Descubridora, en 1772, al pie del Cerro de la Bufo, sobre la Sierra del Astillero, como se le conocía a esta serranía, poblada de vegetación de encinos y piñones en sus partes altas. Este ambiente boscoso, se destruyó en gran medida con la llegada de los mineros que pronto utilizaron sus maderas para uso de combustible en la fundición, y como material para la construcción en el apuntalamiento de las minas, en el interior de los tiros, y en socavones de las galerías subterráneas. La depredación también se dio por la práctica del desmonte por métodos incendiarios con la finalidad de poder encontrar con mayor facilidad las vetas de plata, tan codiciadas en

ese momento. Así comenzó la pérdida de esta vegetación que solo se puede encontrar en algunos manchones en el interior de la sierra, actualmente denominada Catorce.

Fue así, como se desertificaron aceleradamente, buena parte de las montañas, que ahora presentan vegetación perteneciente a las estepas áridas con matorral xerófilo, con pequeñas áreas de pastizal y matorral espinoso, algunos tipos de magueyes, como el sotol (*Dasiylirion spp*), la lechuguilla (*Agave Lechuguilla*), maguey ixtlero (*agave spp*), guapilla (*Hechitia glomerata*), nopal cardón (*Opuntia Streptacantha*), el nopal (*Opuntia spp*) y las palmas, que son abundantes desde las zonas altas y boscosas, creando un malpaís con palma de ixtle, también conocida como izotl, ahora llamada yuca. En la región se conocen algunas de las variedades de esta especie, como la palma loca (*yucca carnerosana*) y la palma china (*yucca filifera*). En las llanuras del poniente se mezclan las palmas con la gran diversidad de biznagas y el mundialmente conocido peyote (*Iophophora spp*), cubiertas por la gobernadora (*Larrea Tridentata*) que predomina en el paisaje.



Torre de la iglesia, Real de Catorce

Ya en 1779, Silvestre López Portillo promulgo un decreto, ordenando la construcción de casas y edificios en piedra, quedando prohibido en madera para evitar los incendios que se pudieran propagar en el pueblo por los desmontes en las laderas de los cerros circundantes. Desde entonces se forjó la fisonomía de robustez y solidez característica de Real, que permitió que las ruinas se mantuvieran en pie durante el tiempo que han estado en el abandono.

Este personaje fue fundamental en el proceso de fundación, ya que en ese momento, él era abogado de profesión, militar y diputado de minería en San Luis Potosí, formando parte del Real Tribunal de Minería, dueño de minas en varios reales. Mandó explorar la zona con mineros de Zacatecas y del Real de Pinos, acompañados por otros del Real de Charcas, quienes encontraron la veta de la mina La Descubridora, despertando la fiebre de muchos gambusinos y mineros entre 1775 y 1779. Esto propició el hallazgo de la veta madre en 1778 abriéndose la mina de Guadalupe y más tarde, la de Concepción, dando origen al nombre del poblado. En los primeros años de los hallazgos de las vetas, se for-

mó una población a la que le dio en un principio el nombre de Álamos. Tenía la Veta Madre al oriente, quedando la mina de San Agustín al sur poniente, con problemas de ubicación de los Catorce, -un poblado situado más abajo sobre el cañón- para que así se conformara el nombre del poblado al declarar su fundación.

El entonces Virrey de la Nueva España, Antonio María de Bucareli y Ursúa, a sabiendas de que la ubicación del lugar presentaba problemas jurisdiccionales, comisionó al alcalde del Real de Charcas Ramón de Ureche, quien tenía la posesión de ese territorio, para poner orden en el lugar. Pero a su vez le otorgó las facultades a Silvestre López Portillo para ubicar el nuevo Real de Catorce, entrando éste en conflicto con el alcalde Ureche, teniendo que trazar finalmente en el sitio de los Álamos en la parte alta y no en los Catorce (sitio más adecuado para una fundación, donde brotaba el agua y era posible la agricultura necesaria para el abasto de la población), quedando el poblado en la estrecha cañada. El nuevo trazo de este asentamiento se tuvo que ajustar a las condiciones topográficas tan difíciles del lugar, introduciendo una retícu-

la ortogonal forzada, lo que le da un carácter muy diferente de los tradicionales pueblos mineros, presentando la mayoría de ellos una estructura urbana de plato roto, adecuándose a los accidentes del terreno .

Para el año de 1810 el Real y todos los nuevos poblados, haciendas y minas, tan solo contaban con treinta y un años de existir. Los propietarios no estaban dispuestos a entrar en conflicto con la Corona Española, ya que los más destacados comerciantes, mineros y terratenientes eran de origen español y con una visión muy conservadora de la situación política en general, por tener vinculación y trato directo con los políticos de la capital y las estructuras de poder del virreinato.

Cuando la insurrección de Don Miguel Hidalgo estalló en Dolores, Félix María Calleja se encontraba en la hacienda de Bledos, en el corazón de la Sierra de San Miguelito, que bordea a la ciudad de San Luis Potosí. Ahí Calleja tenía sus reales y era su zona de operación. También tenía influencia en los pueblos del altiplano, donde existían guariciones militares, a las que les solicitó organizaran una leva, para salir a combatir a los alzados contra la corona.



Casa de Moneda

Fue en los Poblados de Catorce y Venado donde encontró mayor respuesta para organizar un ejército, a cuyos integrantes se les denominó “los tamarindos” o los “fieles del Potosí”. Entre éstos se destacó un personaje que se encontraba asentado en el Real de Catorce, de origen navarro, de nombre Matías Martín y Aguirre. Este luchó toda la guerra de independencia en contra de los insurgentes, primero contra Hidalgo, luego contra Morelos e Ignacio López Rayón y llegó al final formando parte del grupo de Agustín de Iturbide. Después regresó a Matehuala, donde tenía posesión con su tío el Coronel Francisco Miguel de Aguirre, de la hacienda de beneficio de Vaneegas, de la mina de la Concepción en el Real y la hacienda de la Boca, origen de lo que posteriormente sería la fundación de la Villa de la Paz. Matías Martín murió en el año de 1859 en el Real de Catorce, donde fue sepultado con honores en el templo del Panteón. Este personaje, siendo un destacado realista Español, se fue adueñando con sus parientes del control y dominio de una región, cuando fue un hombre sin fortuna al llegar de España, y al término de la guerra de independencia, era un cacique y terrateniente de la comarca, al que se le dio un trato

de héroe. Los antiguos historiadores lo colocan como un modelo de hombre señalándolo como oriundo de Catorce. Esta historia de un personaje en particular es la misma de todo México, y se ha repetido constantemente a lo largo de doscientos años de vida independiente, tal como lo escribió Juan Rulfo en su célebre novela de Pedro Paramo, relato idéntico al de Catorce, hasta con los mismos fantasmas y ruinas.

Pero las historias de contrainsurgencia continuaron: cuando el ejército rebelde se encontraba en Guadalajara, Ignacio Allende comisionó al Teniente General Mariano Jiménez para avanzar hacia el norte y encontrarse con Francisco Lanzaagorta en Matehuala, con el objetivo de tomar Saltillo, repleto de españoles que huyeron de Venado, Catorce, Matehuala y otras comunidades vecinas.

Mariano Jiménez avanzaba por la ruta, cuando un grupo de insurgentes formado por 13 hombres entraron en Catorce, animando a la población a sublevarse, tomando prisioneros a los españoles, saqueando y generando algunos destrozos. Esto propició que el grupo de la élite solicitara la presencia de Jiménez en el pueblo, para exigirle

la seguridad del mismo. Del 14 al 28 de diciembre de 1810, Jiménez se estableció en la zona desplazándose al Real, para ofrecer las garantías, quedándose por unos cuantos días en el lugar. Estando ahí, recibió a Joseph María Semper, cura y párroco de este Real, al Sr. Alejandro Zerratón, a Teodoro Parrodi, y más tarde, José Ildefonso Díaz de León, futuro gobernador del naciente estado de San Luis. Este grupo de ladinos manifestaron su apoyo a Jiménez para unirse a él, pero el trasfondo era servir de espías contra la causa insurgente y rescatar españoles. Lo anterior lo sabemos siguiendo el testimonio manifestado en la crónica de fray Gregorio de la Concepción, personaje que junto con Herrería y fray Juan de Villerías, iniciara la revolución en la ciudad de San Luis Potosí en noviembre de 1810. Menciona que el cura Semper fue encontrado en un coche con tres gachupines vestidos de mujer, en la bajada del Puerto del Carnero, con la posible intención de liberarlos, y concluye diciendo que: “siempre conocimos muchos dobleces en él”.^{xii}

Después que Don Miguel pasara con la retaguardia del ejército insurgente en esta última etapa por el territorio



Alhondiga

Potosino, estos personajes ya habían desertado y retornado al real para ponerse a las órdenes de Calleja, formando un contingente militar para resguardar la zona de los insurgentes, teniendo sus bases de apoyo en Catorce, Cedral y Matehuala. Para mayo de 1811 se lanzaron contra los rebeldes que comandaba Fray Juan de Villerías, al que mataron en Matehuala, apoyados por una partida de la gente de Agustín de Iturbide. Se encontraba entre estos realistas el futuro presidente de México, Antonio López de Santana, en franca persecución de los insurgentes. Bajo estas circunstancias, este grupo desertor continuó toda la guerra a favor de los realistas, para al final sumarse a Iturbide, en el juramento de independencia y la formulación del estado potosino, quedándose con el control político y militar del mismo. Tras lo anterior regresó el padre Semper a Catorce, y consumada la independencia, pasó a las Salinas del Peñón Blanco para tomar control de éstas.

Así las cosas, el siglo XIX le permitió al Real de Catorce tener un importante desarrollo minero y por consecuencia, arquitectónico, con el que se fue conformando la fisonomía del lu-

gar y el desarrollo de diversos ejemplos de edificios de muy buen nivel constructivo y estético. La disposición de la traza urbana original determinó que en las calles principales, las que hoy son Lanzagorta y Constitución, se levantarán los edificios más importantes, destacándose la Alhondiga. Esta se dispone en dos niveles, con recintos de almacenamiento en la planta baja, cuya fachada que da a la calle de Lanzagorta se manifiesta con una hilera de puertas con jambas y dinteles de piedra. El segundo cuerpo presenta un volumen masivo de piedra con aplastados que se abre en la planta alta hacia un patio interior, habilitado en fechas recientes como mercado para el comercio informal que abunda en la población.

La parroquia de la Purísima Concepción es el edificio más relevante del lugar, con su fachada principal orientada al poniente, la cual presenta una composición de clara influencia neoclásica. Se complementa la composición frontal de acceso al templo por un pequeño atrio-jardín nivelado horizontalmente, en contraste con las calles adyacentes, que bajan vertiginosamente. La fachada, que presenta con un frontón con dos columnas tos-

canas de fuste cilíndrico rematado en los extremos con pilastras adosadas del mismo estilo, integrándose unos nichos para las imágenes religiosas, propician una vestíbulo que a manera de pórtico, conduce al feligrés hacia la puerta principal de arco de medio punto. Una torre campanario flanquea a la portada por la esquina sur. Se compone por dos cuerpos de distinta época, ya que en 1942 se le agrega al primero un segundo cuerpo rematado con un cupulín, colocándose un reloj. El interior está dispuesto en planta de cruz latina y en el transepto se levanta un tambor sobre pechinas, cerrado por una cúpula. Destaca un salón lleno de los exvotos de los peregrinos. En el año de 1807 se contrató a Juan Crouset, académico de mérito de la Real Academia de San Carlos, para realizar reparaciones al templo. Muy posiblemente también llevó a cabo la remodelación del mismo para tomar un lenguaje clásico.

Se continúa con la Casa de Moneda. Este edificio se fue elaborando en etapas. Es claro apreciar que la parte alta del edificio, adyacente a la calle de Constitución, es la más nueva. La parte más antigua se desplanta frente a la calle de Lanzagorta. Fue hecha



El Fraile

sobre lo que originalmente era la Plaza del Carbón, frente a la parroquia del pueblo. Debido a que el mineral se acuñaba en la Ciudad de México, resultaba muy costoso para los mineros. En 1810 se acuñaba en Zacatecas. Después de la independencia se acuñó en San Luis Potosí, en el año de 1824, acortando las distancias favorablemente para los Catorceños. Con el aumento en la producción de plata en la primera mitad del siglo XIX, se concedió el permiso para fundar una casa de moneda en Real de Catorce en 1863. Santos de la Maza, quien se asoció con los García y Cortina de Tampico, recibió de Juárez la concesión para manejar la Casa de Moneda de San Luis Potosí y la creación de otra en el Real. En este sitio, la casa de la familia de la Maza se unificó con la institución de acuñación, sobre el lugar de la antigua Plaza del Carbón, levantándose tres niveles en torno a un patio central. Se destinaron los dos primeros pisos para la casa de moneda, con oficinas y comercio hacia la calle. Se accede al interior por un zaguán oscuro y lúgubre hacia el patio. En éste los dos primeros niveles se soportan con arcos forjados con estructura en acero. En el tercero, los pasillos se cubren con platabandas.

En el nivel superior existe el acceso principal desde la calle lateral, frente a la parroquia. Esta fachada presenta una entrada monumental presidida por una escalinata. El acceso contiene una portada compuesta de influencias tardías del barroco, integrando elementos neoclásicos. Una tercera entrada de servicio y bodegas existe en la fachada poniente.

Otro inmueble característico es la actual Presidencia Municipal, que cuenta con un salón con tapices, espejos y muebles de Jorge Unna. Otros ejemplos de casonas monumentales se levantan en el pueblo, testimonios de la riqueza de sus dueños, comerciantes o mineros. Destacando las casas de la familia de la Cuadra, la familia Blanco, o o que pudo ser la tesorería de la Casa de Moneda y la familia Gómez, con figuras zoomorfas en las ménsulas de esquina. La calle de Lanzagorta, donde en mayor medida se construyeron estas casas señoriales, remata con la plaza mayor, construida originalmente en desnivel siguiendo la topografía. Este espacio, a finales del Siglo XIX, se niveló y se transformó en un jardín con kiosco y bancas a la usanza del periodo porfiriano. Se conocía como la Plaza

del Comercio. La calle de Lanzagorta continúa por una cuesta hacia arriba, entre ruinas y actuales hoteles, culminando con un voladero de la barranca.

Desde la plaza parte la calle de Zaragoza que corre de sur a norte en dirección hacia donde se establecieron las instalaciones de diversos equipamientos, como el edificio del Palenque, el teatro Lavín, la Plaza de Toros y el panteón. El antiguo palenque se localiza en una calle perpendicular a Zaragoza, en un edificio ruinoso que cuenta con un redondel y su gradería de piedra formando una figura poligonal evocadora de las ruinas de los foros romanos o los teatros griegos. Sobre el mismo eje en la parte final de la calle se observan las ruinas de la plaza de toros y el panteón. Este cuenta con una capilla, con la advocación guadalupana, marcando el final del pueblo histórico. En la actualidad dicha calzada continúa hacia unas canchas deportivas y algunas nuevas viviendas, ya en las inmediaciones de lo que fueron los espacios de depósito del material extraído de las minas. En el otro extremo del poblado se encuentra el mundialmente famoso túnel de Ogarrio, con dos kilómetros de largo. Su nombre corresponde al



La Paz

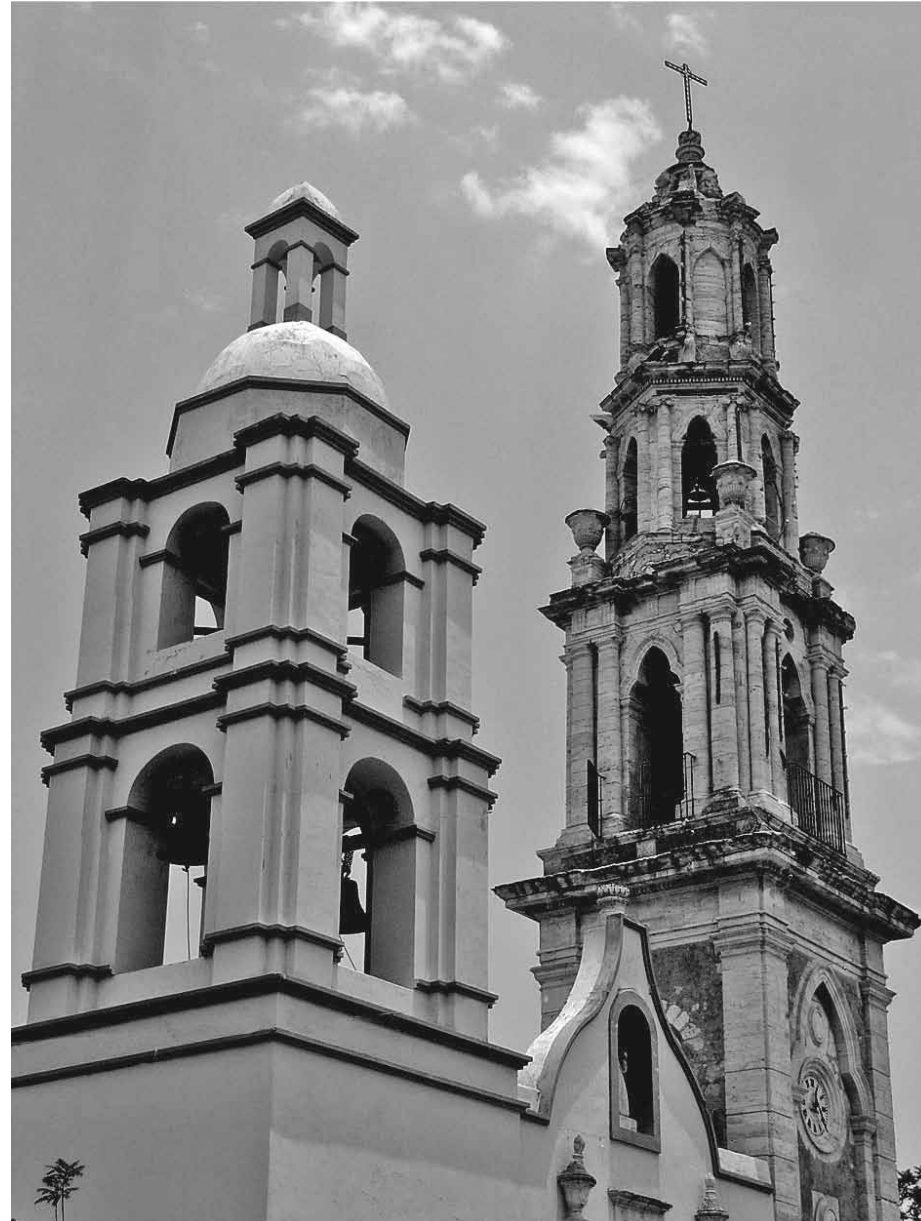
de una población del norte de España cercana de Santander, de donde era oriunda la familia De la Maza. Atraviesa las entrañas de la montaña Barriga de Plata, aprovechando el socavón de la mina de Dolores girándolo en dirección del pueblo para completar un túnel, el cual facilitó el acceso al poblado, permitiendo el ingreso directo desde el oriente, comunicando al poblado con las minas de La Luz, Boqueiro, Ave María y los poblados de Potrero, Cedral y Matehuala, pero principalmente con la estación del ferrocarril por donde se sacaba la producción minera.

Al comienzo del siglo XX el poblado y sus alrededores pronto comenzaron a resentir los problemas económicos que presentó el mercado mundial de la plata al bajar su precio por el aumento de producción mundial, y por los desajustes de la economía mexicana, afectándose de manera contundente el Real y su entono, comenzando el abandono sistemático de sus habitantes, quedando para 1908 solo en funciones la mina de Santa Ana. Esta dejó los últimos beneficios al lugar, con la instalación de la electrificación y el alumbrado público en el pueblo, que de 14000 habitantes

que tenía en 1905, quedaron 2714 para 1910. Esta cantidad de pobladores aún no ha sido superada. Con la revolución sólo se aumentó el saqueo y destrucción del lugar, quedando casi en el abandono total con tan solo 733 habitantes para 1921 y en 1938 solo quedaban 400 habitantes. Después de cerrar la mina de Santa Ana, el pueblo y sus alrededores se siguieron consumiendo en el abandono y en 1970 el poblado solo contaba con 494 habitantes con un crecimiento de población de tan solo 23.5 habitantes cada diez años o dos cada año. Para 1980 aumentó a 513; en 1990 se registraron 901, casi duplicando su población, y en el año 2000, se contabilizaron 1051 habitantes. Estos crecimientos en los noventa se debieron al aumento de visitantes que atrajo a comerciantes de otras latitudes por el creciente culto a la imagen de San Francisco localizada al interior de la parroquia. También por la llegada de nuevos residentes, entre extranjeros y nacionales, que veían a Real de Catorce como un lugar místico y atractivo para una vida aislada.

Es evidente que las condiciones del entorno provocan una atmósfera que podría calificarse de surrealista, por

las ruinas, presentes en todo el altiplano, como cicatrices de su pasado, que testimonian lo difícil que es para sus habitantes sobrevivir en estas condiciones climáticas. También el mosaico de mezclas que se presentan en la actualidad hacen del lugar un mito de las fantasías oníricas más exóticas, manifestadas con las peregrinaciones de las viejas culturas milenarias prehispánicas que llegan con los Wirraricas por el poniente entre las llanuras desoladas y bastas de la sierra de Catorce para alcanzar la cima del Cerro del Quemado, con trajes multicoloridos, y la que llega por el oriente en el inicio del otoño, con las fiestas de San Francisco, el Santo Patrono al que apodan El Charrito, con toda la carga de las expresiones religiosas populares entrelazadas. Se unen a esta mezcla, los hippies aventureros, los intelectuales en busca de experiencias que inspiren sus pensamientos, los snobs que encuentran interesante el lugar para sus fanfarronearías, los extranjeros que siempre han estado presentes a lo largo de su historia, y donde han encontrado vetas económicas para su estadía en esta finiserra del altiplano, siendo la curiosidad, la mística la fe, el conocimiento, el interés económico o solamente



Templo de San Salvador

la aventura lo que principalmente los reúne en torno del peyote. Aquí es posible encontrar el momento para dar rienda suelta a la expresión y dejar vagar libremente por el inconsciente el sueño y el automatismo psíquico para, así, darle forma a las pesadillas, a las obsesiones, al erotismo reprimido, a las asociaciones mentales y a los fantasmas de la mente, que se entretejen con los muros y los cerros fusionados por la naturaleza dialogante, con los silencios espirituales de la arquitectura, y las nuevas aventuras que se incrustan en este discurso urbano que se rasga y se remienda entre los nuevos materiales que suplen a la piedra por los blocks de hormigón; este materia artificial que Teodoro González de León llama la piedra del siglo XX, dejando de ser Real de Catorce un pueblo fantasma, para transformarse en un pueblo vivo que pretende reencontrarse entre sus ruinas y sueños hollywoodenses, dejando atrás ese pasado desolado, como lo plasmó Giorgio De Chirico, pintor de talla mundial inscrito en el surrealismo, en estas frases que encierra el ambiente catorceño de décadas pasadas y presentes: “Todas las casas están vacías/ Tragadas por el cielo aspirador/Todas las plazas de-

siertas. Todos los pedestales viudos / Avisos fúnebres de no ir más allá”.

3.5 VILLA DE LA PAZ, SAN FRANCISCO DE MATEHUALA Y LA HACIENDA DE LA BOCA

El conjunto geográfico urbano arquitectónico.

Largo valle como una línea recta infinita que conduce al norte o al sur, según sea el destino del viajero, apuntando como flecha guachichila en defensa de su naturaleza indómita, evocadora del posible origen del vocablo Matehuala como “No vengas”, flanqueado por paredes de serranías que escoltan el trayecto desde el poblado del Huizache, con la sierra Azul como un muro infranqueable que separa las tierras neoleoneras de las potosinas en el oriente, hasta llegar a la sierra Tebaida, altiva y desafiante, contra los gigantes que tiene enfrente: otro cuerpo de montañas con el Cerro del Fraile en el primer plano del conjunto, erguido y cespudo en punta, proyectándose como el líder natural de este macizo, como dos formaciones de ejércitos de gigantes dispuestos a enfrentar una batalla descomu-

nal sobre esa franja plana de terreno que desciende a los 1400 msnm. Es un recuerdo de batallas decimonónicas por la independencia de México, de realistas contra insurgentes.

Desde el sur nuevamente, en el oriente se levanta la Sierra de la Ruda, asomando sus crespones la Sierra de Coronado, evocadora en su nombre del Capitán de guerra Diego de Coronado, primero en recibir mercedes de tierras en esta región en 1616. Este hecho representó la semilla de los que vendrían a dominar por la conquista a sangre y fuego a los indios guachichiles y negritos que habitaban estas tierras. Terminando la Sierra de la Ruda se articula un valle transformado en una puerta que conduce a Charcas, y quedando en el trayecto un grupo de haciendas y poblados agrícolas como la hacienda de Laguna Seca, la hacienda de los Solís, la hacienda de Represadero (hoy villa de Guadalupe), la comunidad de la Biznaga, las haciendas de La Presa y La Presita, etc.

Este camino conserva la huella trazada por los insurgentes en aquel invierno de 1811, en dirección a San Francisco de Matehuala, para dirigirse a Saltillo. Transcurre este pasaje en



La Inmaculada Concepción (La Nave)

los llanos entre las faldas de la Sierra de Catorce y un conjunto de elevaciones, a manera de eje serpenteante de montañas que se abren como dos brazos que brotan de la sierra, en dirección suroriente y nororiente hacia el lugar donde se encuentra el caserío de los laureles, con un derrame de lomas suaves en forma de abanico, uniéndose en este punto el gran macizo de la sierra y el brazo suroriente que termina en punta con el cerro Calabacillas al pie de las comunidades de Viborillas y El Guerrero, por donde posiblemente ingresaron los insurgentes, provenientes del sur, hacia la recién nombrada en 1808 Villa de San Francisco de Matehuala.

El otro bloque está articulado por el arroyo de La Boca donde se asienta el casco de la hacienda del mismo nombre que dio origen a la fundación del Mineral de la Paz, compuesto por el macizo conformado por cinco cerros, con El Fraile y La Cobriza como las cúspides más altas y simbólicas de ese paisaje, quedando oculta la cañada que sirvió de refugio a los Negritos, el grupo étnico que controlaba la zona, cuando la invasión de los peninsulares los empujó al interior de la Sierra de Catorce y los llanos de

Wirikuta, para perderse para siempre en una espesa neblina del desierto, como fantasmas.

Con la fundación del Real de Catorce y la fiebre minera desatada a finales del siglo XVIII, algunos grupos de gambusinos y sus familias se establecieron en las inmediaciones de lo que hoy es el municipio de Villa de la Paz, en la cañada creada por el arroyo que baja desde los Laureles entre dos cerros formando una embocadura, lo que le dio al lugar el nombre del Puesto de la Boca. Estas tierras le fueron otorgadas al español y Coronel del ejército realista, Francisco Miguel de Aguirre, quien combinaba sus actividades militares de oficial del rey con la administración de la hacienda de San Juan de Vanegas y las minas que fue adquiriendo en Real de Catorce. A la llegada de su sobrino, el también Navarro Matías Martín de Aguirre, lo nombró administrador de sus bienes en el Real, adquiriendo este personaje presencia y poder. Estallada la guerra de independencia, Martín de Aguirre se sumó al contingente de los "Fieles del Potosí", caracterizándose como un fiero enemigo de los insurgentes a lo largo de toda la contienda, alcanzando rangos muy elevados

en la milicia realista, teniendo bajo su mando otros personajes que adquirirían relevancia en la historia del estado en el periodo independiente, tales como José Esteban Moctezuma, Miguel Barragán y Manuel Gómez Pedraza. Estos personajes llevaron a cabo acciones de guerra en contra de Mariano Jiménez, Ignacio López Rayón, José María Morelos y Pavón, y Francisco Javier Mina, entre los más relevantes líderes insurgentes.

Al término de la guerra de independencia, Aguirre se sumó al grupo de Iturbide, para después regresar al Real de Catorce y hacerse de los bienes de su tío. Por consecuencia, se quedó con el enorme fundo de tierras, que después se constituiría como la hacienda de La Boca, asentamiento que con el tiempo se transformaría en un nuevo polo minero cuando en 1870 se inicia la explotación de la mina de la Paz. Este fundo minero consolidó su actividad al adoptar nuevas tecnologías y por la dotación de la infraestructura, tal como la línea de ferrocarril que para finales del siglo XIX se tendieron hacia el sitio. Junto a la mina, a su vez, se estableció un asentamiento humano, el cual creció aceleradamente.



Catedral de Matehuala

Para el primer año del siglo XX, al crecer en importancia la población de la Paz, se le asignan autoridades, anexándose al municipio de Matehuala como delegación, propiciando la localización de la comunidad en las coordenadas de 23° 41' de latitud norte 100° 42' de longitud oeste del meridiano de Greenwich y una altitud de 1800 msnm. La Paz en su centro urbano, cuenta con plaza central y un templo que le dio la fisonomía de pueblo típico de México, de pintoresca complejidad por la cercana presencia de las puntas agudas del cerro del Fraile y la Cobriza, presentando formas de conos truncados y erosionados por los surcos hechos por las corrientes de agua que se dejan caer de trombas torrenciales en la temporada de lluvias.

El poder económico del mineral determinó un pronto crecimiento, reportando una mayor explotación de los trabajadores, tal y como sucedía en otras actividades del país que dieron cauce a la explosión social que desató la Revolución. En la Paz en 1911 se realizó una huelga de mineros, auspiciada por algunos activistas de ideas socialistas que fructificaron en el movimiento de los mineros. Por tal motivo, en 1913 se desarrolló un

hecho de armas en el lugar, causando estragos entre sus habitantes.

Pasado el movimiento armado en 1921, este poblado minero fue declarado municipio otorgándosele el nombre de Villa de la Paz. Su territorio se circunscribió a lo que fue la hacienda de La Boca.

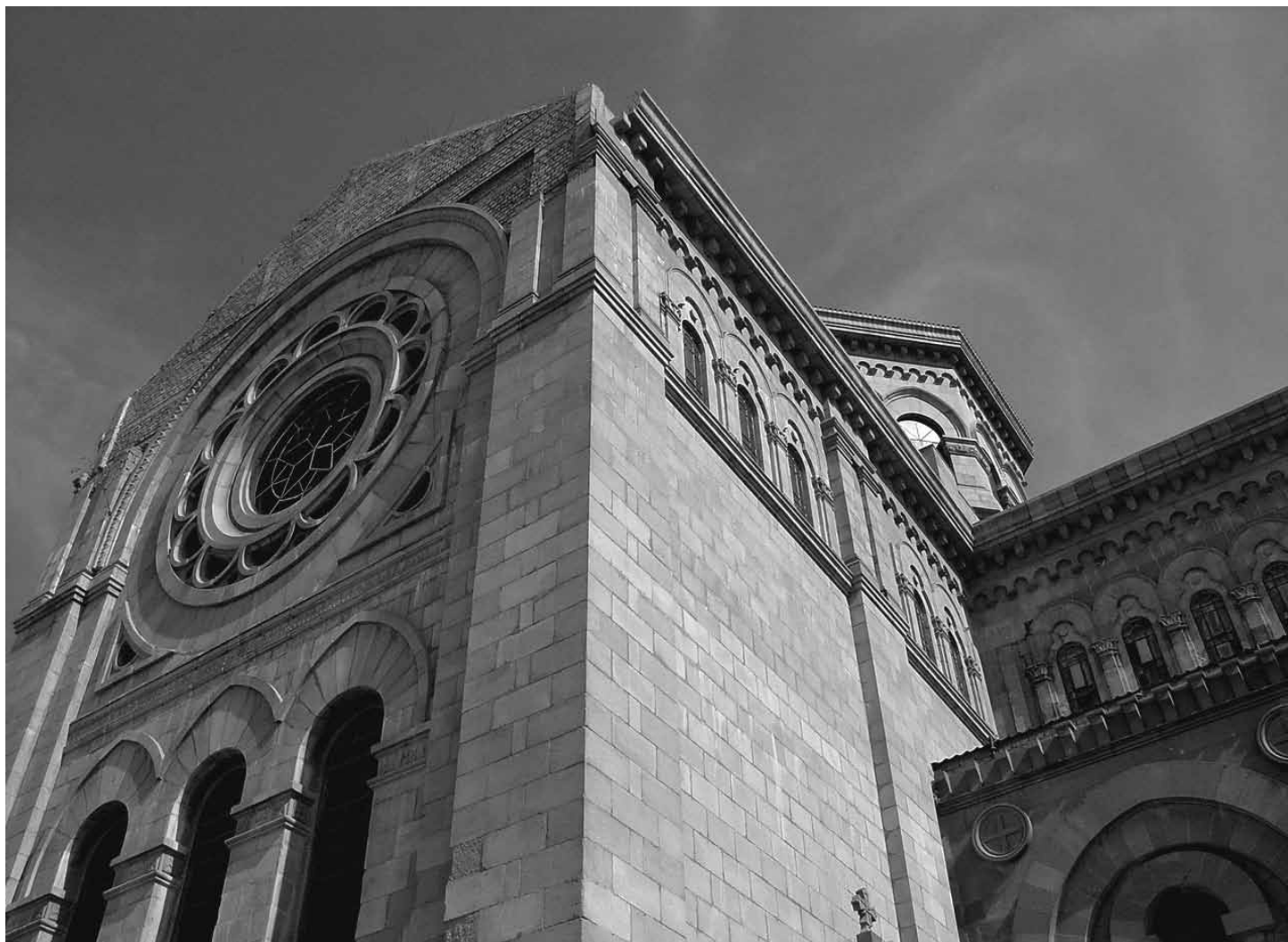
En la década de los años cuarentas el desarrollo de la comunidad y el municipio aumentó, debido a la presencia de dos compañías mineras: La Minera Santa María de la Paz y Anexas y la Minera de Kildum, Unidad de la American Smelting and Refining Co. En la actualidad se mantiene la actividad minera como principal fuente de ingresos.

Después de cruzar el trópico de cáncer, aquella línea imaginaria que señala el límite septentrional de la zona intertropical, ubicado actualmente a 23° 26' 17" de latitud de la línea del ecuador en el hemisferio norte, y que divide a ese largo valle en dos segmentos, los insurgentes llegaron a la Villa de San Francisco de Matehuala, ubicada a 23° 39' de latitud Norte y 100° 39' de longitud oeste del meridiano de Greenwich sobre una altura

de 1570 msnm, durante los primeros días de marzo de 1811, para descansar en lo que continuaban su camino a la ciudad de Saltillo. El movimiento no moría a pesar de que Don Miguel ya no tenía el mando, pero seguía siendo el líder moral al que todos ellos respetaban, estando dispuestos a morir por la causa que el sacerdote enarbolaba: la justicia y la libertad que muchos no lograban dimensionar plenamente.

Con su arribo a Matehuala, se dispuso a repartir algo de dinero y apoyo entre los pobres, acorde a su investidura de sacerdote y la moral cristiana en la que estaba formado. Con todo y lo diezmado de sus arcas y lo maltrecho de su ejército, del que era prisionero, tenía cierta libertad de movimiento entre la gente, y de dialogar con ellos, porque bajo esas condiciones le seguía siendo útil al liderazgo de Allende y contribuía a la proselitismo de la causa.

Mucho contribuyó el paso de Mariano Jiménez por los pueblos del altiplano y en particular por Matehuala, donde se reunió con Francisco Lanzagorta y Nicolás Zapata, los cuales se acompañaban por un contingente de indios de Mexquitic que se sumaron a la tropa.



Catedral de Matehuala

Jiménez, quien siempre se condujo con honorabilidad y respeto contra el enemigo, dejó un dulce sabor de boca entre la población que lo mantuvieron hospedado desde el 2 al 28 de diciembre de 1810 en Matehuala. Los insurgentes se encontraron con un paisaje semidesértico con predominancia de bosques de yuca y de gobernadora en los llanos polvorosos que descienden de las faldas del conjunto montañoso, en el que el coloso del Cerro del Fraile se vuelve un ícono contundente en el entorno, siempre como un referente desde todos los puntos visibles.

En aquel tiempo, la villa de Matehuala comenzaba a fortalecerse como un lugar estratégico y de influencia como centro administrativo, comercial, políticamente en asenso, en su posicionamiento regional.

La arquitectura que mostraba la población por aquellos años, era producto de los materiales de la región, construida con un adobe blanquecino y el cuartón o cuarterón, que es el suelo endurecido de tepetate de donde se saca un block sólido como piedra de color blanco amarillento. Formaban el paisaje urbano de calles polvorientas y edificaciones alineadas sobre la traza

urbana, predominando la masividad de volúmenes ortogonales recubiertos de aplanados de mezcla y pintados a la cal, con puertas y ventanas de madera de mezquite, un tipo de madera dura y adecuada para resistir las inclemencias de sequedad y un calor abrasador. Las edificaciones se complementaban por tecorrales de padercería de caliche y arbustos espinosos o gobernadora seca, que solían verse en las partes suburbanas de la comunidad. Estos elementos son cada vez más escasos en la actualidad y solo quedan algunos ejemplos entre las poblaciones rurales más recónditas.

El pueblo se formaba por dos plazas, unidas por calles en sentido nortesur. La primera, actual plaza principal, contaba con un portal y varias edificaciones de vivienda, sitio donde originalmente fuera la hacienda de Labor de San Francisco de Matehuala, la cual en 1626 era propiedad del capitán Miguel de Escorihgüela. Este personaje mantenía como peones a los indios de la localidad, quienes eran evangelizados desde el convento Franciscano de Santa María de las Charcas. Los religiosos franciscanos oficiaban los sacramentos en la población, resultando ser muy aprecia-

dos por los naturales del lugar, destacándose fray Lorenzo Cantú, fray Juan García, fray Juan Caballero y el lego Juan de San Gabriel. Sin embargo, los primeros datos de la fundación de Matehuala se remontan al 10 de junio de 1550, cuando Gabriel Ortiz de Fuenmayor, ingresó a esta región proveniente del recién creado mineral de Zacatecas, levantando un acta de fundación para poblar y asignar el nuevo asentamiento al Nuevo Reino de la Vizcaya. Aparecen como firmantes de este documento los capitanes Juan de Leija, Francisco de León y Miguel Martín, acompañados de los indios guachichiles y negritos. Pero con el estallido de la llamada “guerra chichimeca”, el asentamiento quedó despoblado hasta el año de 1638, cuando llegó Juan Zúñiga Almaraz, jefe de Justicia Mayor y capitán de guerra del Nuevo Reino de León al paraje conocido como Matehuala, con el fin de tomar posesión de aquellas tierras nuevamente.

Una segunda acta de fundación se levantó el 10 de marzo de 1706, producto de un litigio donde se reconocía que se diera nueva posesión de tierras a los indios guachichiles, negritos y tlaxcaltecas, por mandato



Tecorral

del Gobernador del Nuevo Reino de León, Gregorio Salinas Verona, quien comisionó para efectuar esta acción a Fernando Zamora, capitán de guerra de los llanos de San Antonio del Río Blanco, para asentar a los indígenas y refundar el pueblo.

En lo que fuera la Hacienda de San Francisco de Matehuala la Audiencia de la Nueva Galicia autorizó que se levantara una parroquia donde se ubicaba una antigua capilla, en el año de 1799. Para entonces se contaba ya con dos plazas o espacios abiertos, que en el siglo XX se convertirían en la plaza Hidalgo y la plaza Juárez. Así los insurgentes se encontraron con un pueblo con un solo templo. Al dejar la plaza y marchar rumbo a Saltillo, los realistas la recuperaron, por las maniobras de los desertores y espías que comandaba el padre Semper. En mayo de 1811, Fray Juan de Villerías intentó nuevamente tomar el lugar con un grupo de indios flecheros, pero fue derrotado y asesinado en acción de armas. Un mes después Bernardo Gómez de Lara, oriundo de Matehuala y apodado el Huacal, atacó el 13 de junio, recuperando gente y recursos para continuar la insurgencia, pero sería repelido a las sierras de Rioverde.

En el espacio urbano, que se conoce como la plaza Hidalgo, que congrega hoy la Presidencia Municipal, los portales, el edificio de La Mutualista y el templo de San Salvador de Orta, que se mandó construir en 1840 por el sacerdote Ignacio Mateo Guerra Alba, concluido en 1856. Este nuevo templo fue bendecido por el primer obispo de San Luis Potosí, Pedro Barajas, quien recibió una comitiva que le solicitaba demoler el panteón de este recinto religioso, para crear una nueva plaza.

En la otra plaza, hoy conocida como jardín Juárez en memoria del presidente Benito Juárez quien estableciera su gobierno itinerante, primero en San Luis Potosí y luego en Matehuala, entre el 28 de diciembre de 1863 y el 5 de enero de 1864, a raíz de la confrontación armada contra los imperialistas y conservadores. Juárez instalaba la sede de la República en cada ciudad donde se establecía durante su periplo rumbo a Saltillo, tras los avances de las tropas de conservadores y Franceses encabezados por Tomás Mejía.

Ya en el año de 1871 se asigna el rango de ciudad a la entonces Villa de Matehuala. Frente al jardín Juárez,

existía el antiguo templo, que a finales del siglo XIX, en el año de 1898, se demolió, bajo las órdenes dadas del obispo de la arquidiócesis de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca. Este gustaba de acciones fastuosas y ser dado a la importación de obras de arte europeo, principalmente italianas. El antiguo templo se encontraba en muy malas condiciones, casi a punto del colapso, por lo que el 15 de enero de 1898, una vez demolido, se inició la construcción de la iglesia de la Inmaculada Concepción, encomendándose el nuevo proyecto al arquitecto Adamo Boari, de origen italiano, quien en la Ciudad de México era el encargado de proyectos y obras de gran relevancia para el gobierno de Porfirio Díaz, como el edificio de correos y el Palacio de Bellas Artes. Apoya a Boari para el diseño del templo el arquitecto Gaspar André, de origen francés, quien acababa de realizar la iglesia de Saint Joseph de Lyon, en Francia, la cual es casi idéntica a la de Matehuala. Para el año de 1906 se colocó la primera piedra, quedando como responsable de la obra el Arquitecto Manuel Torres Torrija, el cual realizó los trabajos de cimentación, quedando los lugareños impresionados por la magnitud de estos. Pero por los acontecimientos de

la revolución en el país y en particular de Matehuala, se suspendió la obra por alrededor de veinte años, dejándose construida solamente la nave norte. Por ello, los matehualenses se referían al templo como La Nave, designación popular como se le conoce hasta la actualidad.

La revolución iniciada en 1910 puso en el poder a Francisco I. Madero, luego asesinado por Victoriano Huerta, quien asumiría el poder en febrero de 1913. Ese mismo año, en Matehuala se presentaron combates entre carrancistas y villistas por la posesión de la plaza militar, comenzando las hostilidades en marzo. El 27 de abril se dió la confrontación armada, con funestas consecuencias entre la población, la cual sufrió saqueos y secuestros para obtener rescates. Después de estos sucesos la localidad se mantuvo más o menos tranquila.

Ya en la década de los años 30's del siglo XX, el arzobispo de San Luis Potosí, Guillermo Tritschler y Córdova, dio continuidad al proyecto de construcción de la nueva parroquia, que se había quedado en proceso, estando los planos desaparecidos. Bajo esta circunstancia se apoyó en sus viejos

discípulos, arquitectos del Seminario Conciliar de la ciudad de México, quienes detectaron unos planos en los archivos de la academia de San Carlos y otros registrados en la ciudad de Lyon Francia. Estos documentos presentaban un gran parecido al templo de Saint Joseph realizado por el arquitecto Gaspar André. De esta manera se encargó al Arquitecto Mauricio De María y Campos, darle continuidad a la obra, realizando las columnas dobles, los arcos y las cúpulas. Este edificio es un reflejo de la arquitectura decimonónica, con lenguajes de expresión románticos y eclécticos, donde se entrelazan contenidos del románico medieval con elementos característicos de la transición al gótico cluniacense y cisterciense. Fue elevada a la categoría de catedral por el papa Juan Pablo II a través de la fundación de la Diócesis de Matehuala el 28 de mayo de 1997. El proceso de la obra continúa hasta la fecha. Cabe señalar que su magnitud, el templo es muy contrastante en relación con la ciudad, que es muy horizontal, al presentar una fisonomía de masividad vertical en el paisaje. Destaca desde antes de llegar a la ciudad, siendo la obra humana que compite en simbolismo con el Cerro del Fraile al fondo.

Con la construcción de la Carretera 57, la transformación de la población de Matehuala fue inminente, ya que ha sufrido un crecimiento acelerado en las últimas décadas descomponiendo su contexto tradicional histórico, cuyo principal valor era el de conjunto urbano, al no contar con obras de gran complejidad. La destrucción gradual de este sencillo contexto tradicional, sustituyéndose por uno nuevo, ha dejado cicatrices visuales, que desfiguran su antigua unidad prototípica del altiplano, por una que no alcanza a reconocerse en sí misma, y que es producto de la nueva cultura nómada de los migrantes que parten a los Estados Unidos, que van y vienen polinizando la ciudad con costumbres y formas de vida, promoviendo su expansión comercial, destruyendo la antigua identidad, cambiándola por una nueva que aun no se alcanza a definir a donde va.

Esta ruta por donde pasaron los insurgentes, que hoy debemos reconocer como la huella de un patrimonio, en el entendido de que es todo aquello heredable que sea considerado un bien tangible o intangible de la cultura y el paisaje, recorre la zona del altiplano potosino más marginal del desarrollo nacional, en un aislamiento que

se puede romper con un eje carretero que una al occidente en dirección del norte entre Salinas de Hidalgo y Aguascalientes para salir a la Carretera 57, dándole viabilidad en lo turístico y cultural, y que permita un intercambio comercial y de servicios donde se fortalezca el desarrollo y conservación de los monumentos históricos, que se están perdiendo en el abandono y la destrucción de los pueblos salineros, de los pueblos agrícolas y las haciendas y finalmente de los pueblos mineros que se entrelazan por la ruta de Hidalgo en San Luis Potosí.

EPILOGO

Hidalgo, ese hombre controversial y contradictorio de nuestra historia, del que todos hemos alguna vez escuchado hablar, entre los discursos oficiales, los libros de texto gratuito, y de las primeras lecciones en las aulas de los mitos patrios, y del que muy poco sabemos en realidad; tan solo de la evocación simbólica, que cada 15 de septiembre se conmemora como un acto ritual y religioso de los paganos, oficiado desde la cúspide la pirámide política, que mira con desdén a la masa congregada en el espacio del centro cósmico del universo de conceptos que se regodean en la abstracción de lo que se entiende por México.

Es el grito retumbante entre el repique de campanas, que emite el Tlatoani en turno, el Cazonsic, o el Halach Hunic de cualquier región del territorio nacional, para unirnos en una sola entidad.

Hidalgo, es el personaje encumbrado como un ícono de rostro serio y curtido por la vida, enfundado en un

atuendo negro de cura de pueblo, con botas de aventurero militar y campirano, coronado de una aureola laica, de crenchas largas y blancas como una corona de laurel para un campeón olímpico de la redención de los miserables, y no de parciales ideas de intereses de criollos o mestizos ilustrados pequeño burgueses, que lo convirtieron en prisionero de su propia gente. Quedando solamente en su calva brillante y refulgente de ideas de liberación de mitos, de dogmas paradigmáticos, y apegos recalcitrantes que nos encadenan todavía a formas y métodos de vida que no cesan y regresan con nuevas máscaras en esta tercera etapa del reciclaje de nuestra historia regional y nacional.

Hidalgo el ser humano y humanista que aun no acabamos de entender en su aspiración profunda de la auténtica liberación de la raza humana, y se enfrentó a sus propias contradicciones. El mismo que pasó por el altiplano potosino, con el frío invernal que

predecía el final del virreinato, para renacer con la primavera y el inicio del verano en el sacrificio redentor de su muerte como el ritual del Xipe totec, donde el sacerdote mexica se cubre con la piel desollada de su víctima, para florecer en un nuevo ciclo de vida trigarante, tal y como fue la primera bandera de México, blanca, verde y roja; como la ruta en el estado de San Luis Potosí, por donde dejó su huella transformadora del esperanzador verde oasis, arrancado al semi desierto de LOS PUEBLOS AGRÍCOLAS Y LAS HACIENDAS; del blanco puro de la sal de LOS PUEBLOS SALINEROS, y el rojo sangre de la tierra, emanado del óxido mineral de las entrañas de LOS PUEBLOS MINEROS, para bajar desde el norte el mito chalchihuiteño del águila devorando a la serpiente, sobre la piedra reposada en el agua complementado con la nopalera; planta emblemática del gran tunal y de los altiplanos norte, centro y sur de esta nación, retomado desde el sur la visión oficial de los Mexicas,

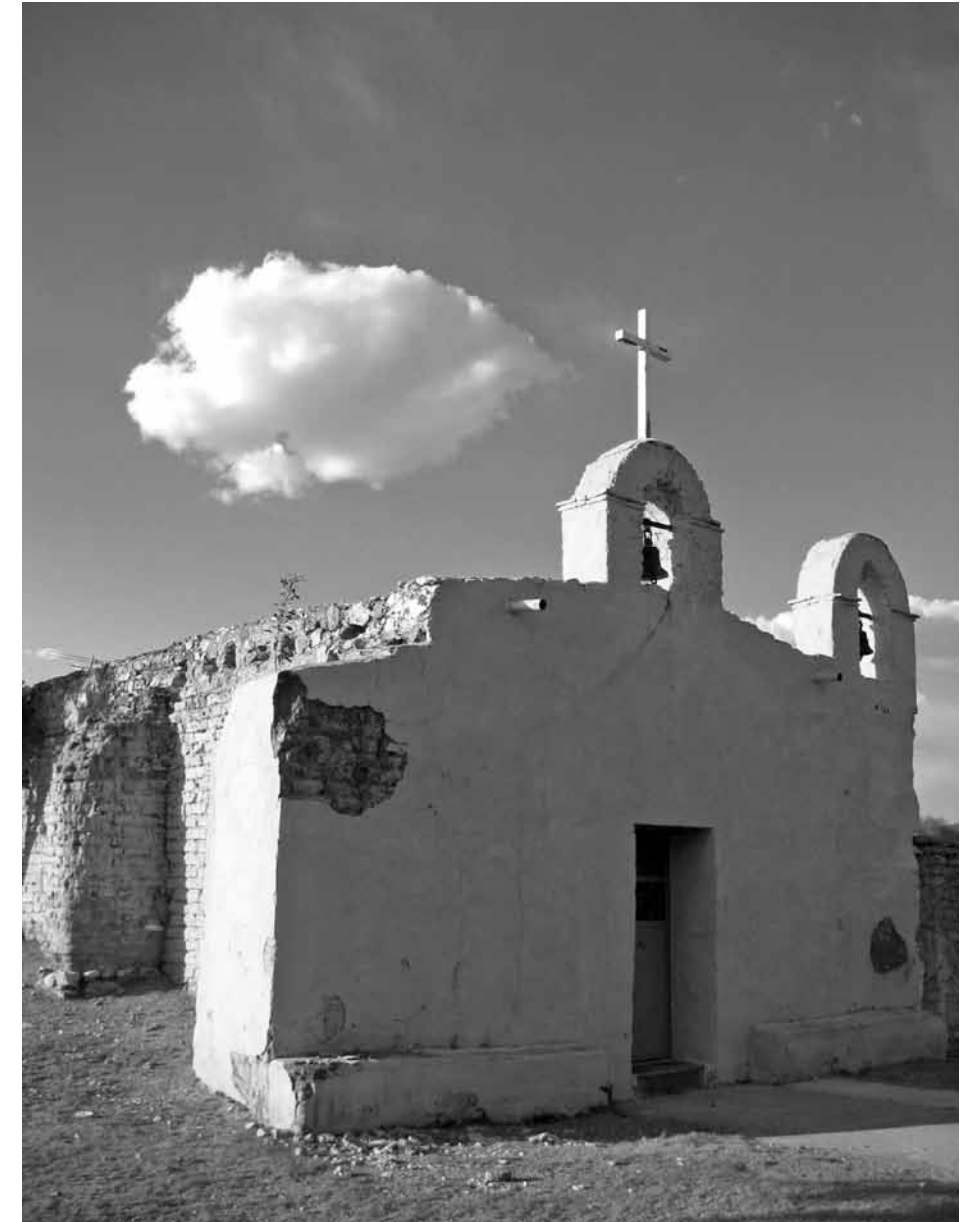


Emblema de la Ruta

para colocarse como nuestro escudo nacional en el centro de México en la esencia misma del altiplano del San Luis de la patria que nos legara Hidalgo, el individuo que hizo honor a su apellido paterno, convertido en todo un caballero de noble hidalguía de un quijotesco libertador y a su sobrenombre del Zorro, de su personalidad cargada de picardía y una astucia fuera de serie, quien aspiraba al reino celestial de la justicia, para quitarles a los ricos y otorgárselo a los pobres, en el entendido de que todo es para todos; como la leyenda californiana del héroe justiciero que encuentra en Don Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga Mandarte Villaseñor, al autentico Zorro de carne y hueso que vivió, luchó y murió en estas tierras que pretendió liberar, en el deseo de prodigar mejores condiciones de vida para todos.

Finalmente Don Miguel es el espejo de obsidiana en el que todos nos reflejamos en nuestros propios anhelos y contradicciones, en el entendido de todos los Méxicos existentes en cada uno de sus ciudadanos que mantenemos viva la esperanza de construir el sueño del Padre Hidalgo de un país más justo, honesto y cordial para nuestros hijos.

Barrio de Tequisquiapan,
San Luis Potosí.
Septiembre de 2010









Cupula, El Tapado

Templo de la Presa





Arroyo en Guanamé



Acueducto y Fabrica, Venado

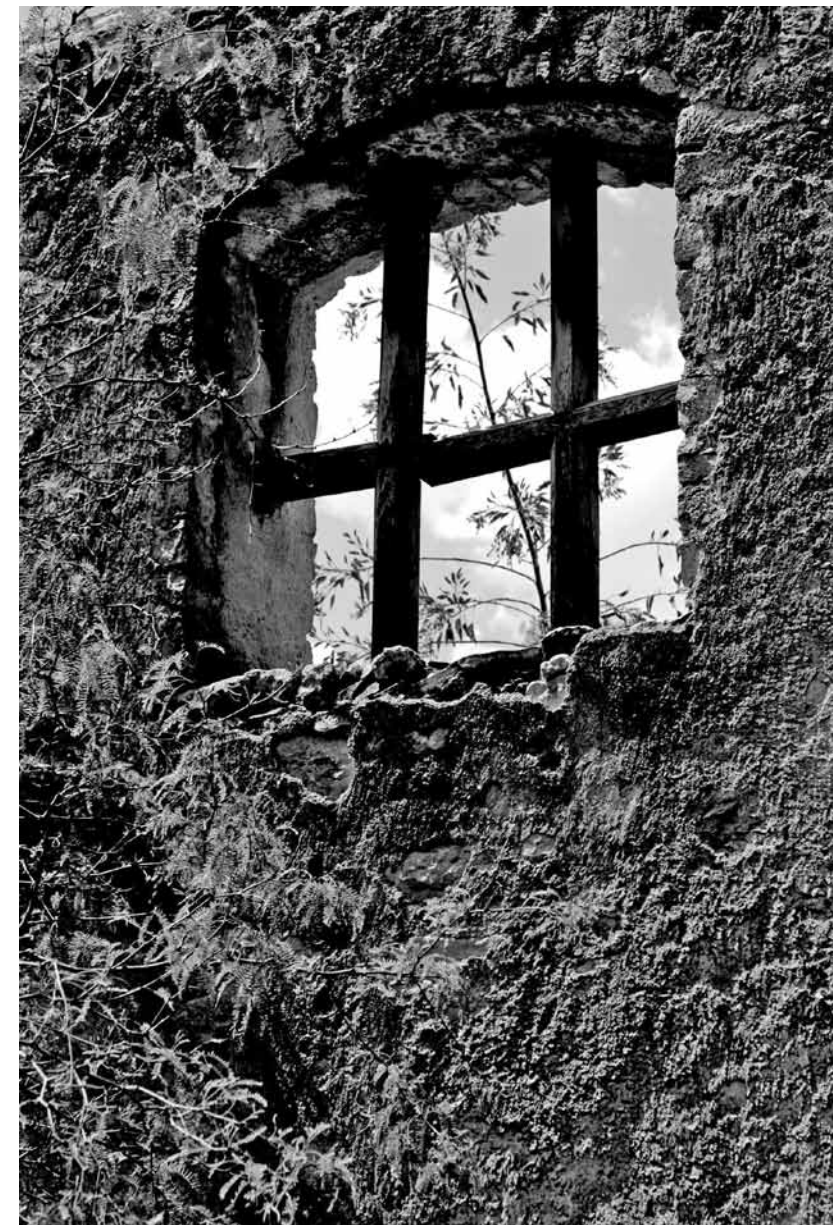
















Torre, Campanario de la Presita





Muro de adobe



Detalle, El Tapado









Trapiche, Laguna Seca









NOTAS

Capítulo I

Los pueblos Salineros

^I Vázquez Salgero David Eduardo: Rastros de sal. CNCA ,México, 2008 pág. 9

^{II} Vázquez Salgero, Ob. Cit. pág. 18

^{III} Braniff Cornejo, Beatriz, coordinadora: La Gran Chichimeca el lugar de las rocas secas; CONACULTA, Editoriales Jaca Book Spa Milán; México, 2001. pág. 7

^{IV} Ewald Ursula. La Industria Salinera de México, 1550-1994; Fondo de Cultura Económico, México, 1997. Pág. 98

^V Ewald Ursula. Ob. Cit. Pag.116

^{VI} Idem. Pag. 116

Capítulo II

Los pueblos Agrícolas y las Haciendas

^{VII} Castellanos Laura. México armado 1943-1981; Ediciones Era, México, 2007. pág.23-62.

en este capítulo la autora narra las formas como fue aprendido y más tarde asesinado el líder agrarista que desde la revolución pretendían la reivindicación de las luchas campesinas que terminaban en asesinatos por orden de los gobiernos que emanaron de la revolución.

Capítulo III

Los pueblos Mineros

^{viii} Philip W. Powell. La Guerra Chichimeca (1550-1600)
Fondo de Cultura Económica; México, 1996. Pág. 30

^{ix} Philip W. Powell. Ob. Cit. pág. 26

^x Velázquez, Primo Feliciano. Historia de San Luis Potosí;
AHESLP Academia de historia potosina.
Tomo I; San Luis Potosí, 1982. pág. 434 y 435.

^{xi} Montejano y Aguinaga Rafael. El Real de Minas de la Purísima Concepción de los Catorce S.L.P. CONACULTA, México, 2001. pág. 140

BIBLIOGRAFIA

AGUIRRE RIVERA, Juan R.; Hilario, Charcas S.; José L. Flores F.;
El Maguey Mezcalero Potosino; Consejo Potosino de Ciencia y Tecnología,
Gob. del Edo. de SLP, Instituto de Investigaciones de Zonas Desérticas,
UASLP; SLP, México, 2001.

ALAMÁN, Lucas; Historia de Méjico; Jus, México, 1972.

ALCORTA GUERRERO, Ramón; Pedraza, José F.; Bibliografía Histórica y Geográfica del Estado de San Luis Potosí; México, 1941.

ALDERETE, Jesús R y Vicente Rivera; Geografía del Estado de San Luis Potosí, 3a edición; México, 1969.

ALEXANDER, Christopher; El Modo Intemporal de Construir; Colección Arquitectura/Perspectivas; GG, Barcelona, España, 1981.

– , **A Patter Lenguaje/ Un Lenguaje de Patrones;** Colección Arquitectura/ Perspectivas; GG, Barcelona, España, 1978.

ANTUÑADO Maurer, Alejandro de, “Inicios de gobierno”, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

– , “Nueva España vista por Alejandro de Humboldt”, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

ARGÜELLES, Andrés; Explotación del Mezquite en San Luis Potosí, una perspectiva Histórica; AHESLP, SLP, 1991.

ARZATE GONZÁLEZ, Sandra, “La audiencia constitucional”. Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

BENÍTEZ, Laura, El nacionalismo en Carlos de Sigüenza y Góngora; en Estudios de historia novohispana, v. 8, México, UNAM – Instituto de Investigaciones Históricas, 1985.

BOSQUE LASTRA, MARGARITA, “Se conspira”, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

– , “Victorias insurgentes”, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

BRADING, DAVID A., Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763 – 1810) (trad. Roberto Gómez Ciriza), México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

BRANIFF C., Beatriz, Coordinadora; La Gran Chichimeca, el lugar de las rocas secas; CONACULTA, Editoriale Jaca Book Spa Milán; México, 2001.

BUSTAMENTE, Carlos María de; Cuadro histórico de la Revolución Mexicana de 1810; México, INEHRM, 1985.

CORDERO DE ENCISO, Alicia, Et Al; Real de Catorce, San Luis Potosí, Guías México y su Patrimonio; JGH Editores SA de CV; México, 1999.

CABRERA IPIÑA, Octaviano; El Real de Catorce, San Luis Potosí; Sociedad Potosina de Estudios Históricos; SLP, 1970.

– , Monografía de San Luis Potosí, Talleres Linotipográficos “ATLAS”, San Luis Potosí; AHESLP, SLP, sin fecha.

CABRERA IPIÑA, Matilde y Octaviano; Semblanzas de un doctor ingeniero y sobresaliente arquitecto potosino, Don Octaviano L. Cabrera y Hernández, 1879-1924; SLP, Universitaria Potosina, 1984.

CARRERA STAMPA, Manuel; Hidalgo y su plan de operaciones, Historia mexicana 10, vol. III, núm. 4, México, El Colegio de México, octubre – diciembre de 1953.

CASTILLO LEDÓN, Luis; Hidalgo, la vida del héroe, INEHRM, 2 vols; México, 1985. Castellanos, Laura; México Armado, 1943-1981, ed. Era; México, 2007.

CHAPA BEZANILLA, MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Derrotas”, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

– , “Situación en España, 1792 – 1810”, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

DAHLGREN, Charles B.; Minas Históricas de la Republica Mexicana; México, 1987.

DÍAZ BERRIO, F. Salvador; Real de Catorce, S.L.P, Zona de Monumentos Históricos, Estudio para su rehabilitación; México, INAH/SEP, 1976.

DE ANDA ALANÍS, Enrique X; La Arquitectura de la Revolución Mexicana, corrientes y estilos de la década de los XX; UNAM, México, 1990.

DE NEUVILLATE, Alfonso; El Art-Nuveau en México; INBA, Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico, No. 12; México, 1980.

DE LA TORRE VILLAR, Ernesto, La independencia de México, FCE –Mapfre, México, 2004.

ENCICLOPEDIA DE MÉXICO, t. 1, Allende, Ignacio.

ENCICLOPEDIA DE MÉXICO, t. 7, Hidalgo y Costilla, Miguel.

EWALD, Ursula; La Industria Salinera de México, 1550-1994; Fondo de Cultura Económica; México, 1997.

FALCÓN, Romana; Revolución y Caciquismo, San Luis Potosí, 1910-1938; El Colegio de México, México, 1984.

FLORESCANO, Enrique y Rafael Rojas, El ocaso de la Nueva España, México, Clío (serie La antorcha encendida), vol. II, 1996.

FRUTIGER, Adriana; Signos, Símbolos, Marcas, Señales; Elementos, Morfología Representación, Significación; Ed. GG, Barcelona, España, 1999.

FUENTE, José María de la; Hidalgo íntimo, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1985.

GARCÍA, Bruno E.; Cartilla elemental de Geografía del Estado de San Luis Potosí; San Luis Potosí, 1893.

GARCÍA DÍAZ, Tarsicio; El ayuntamiento rebelde, Tarsicio García Díaz (coord.), Independencia nacional, vol. 1. Antecedentes – Hidalgo, 2ª ed., México, UNAM – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis; Pueblo en Vilo, Micro Historia de San José de Gracia; Taurus, México 2008.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, “Alamán e Hidalgo”, Historia Mexicana 10, vol. III, núm. 4, México, El Colegio de México, octubre – diciembre de 1953.

– , Las calles de México, leyendas y sucesos, vida y costumbres de otros tiempos, Porrúa (col. Sepan cuántos, 568), México, 2006.

GUEDEA, Virginia; Textos insurgentes 1808 – 1821, UNAM (Biblioteca del estudiante universitario 126), México, 2007.

HAMNETT, Brian R.; “El derrumbe de la monarquía hispánica y el triunfo del separatismo americano”, 20/10 Memoria de las revoluciones en México, núm. 1, México, Reflejo GM Medios, junio – agosto de 2008.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan; “El mundo intelectual de Hidalgo”, Historia mexicana 10, vol. III, núm. 4, México, El Colegio de México, octubre – diciembre de 1953.

– , “Hidalgo pintando por los realistas”, Historia Mexicana 13, vol. IV, núm. 1, México, El Colegio de México, julio – septiembre de 1954.

HERS, Marie- Areti, et al; Nómadas y Sedentarios en el Norte de México, Homaje a Beatriz Braniff; UNAM, México, 2000.

HUMBOLDT, Alejandro de; Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, México, Porrúa, 1973.

KRAUZE, ENRIQUE, Siglo de caudillos. Biografía política de México, 1810 – 1910, México, Tusquets, 2006.

KATZMAN, Israel; Arquitectura del Siglo XIX en México; Ed. Trillas, México. 1973.

KUBLER, George; Arquitectura Mexicana del Siglo XVI; FCE, México, 1984.

LINCH, Kevin; La imagen de la Ciudad; Ed. GG, Barcelona, España, 1984.

– , De que tiempo es este lugar; Ed. GG, Barcelona, España, 1978.

LIRA GONZÁLEZ, Andrés; Espejo de discordias: la sociedad mexicana vista por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán, México, Secretaría de Educación Pública – Subsecretaría de Cultura (col. Cien de México), 1984.

LÓPEZ MORALES, Francisco Javier; Arquitectura Vernácula en México; Ed. Trillas, México, 1987.

MARES, Roberto; Miguel Hidalgo y Costilla. Biografía, México, Grupo Editorial Tomo, 2004.

MATEOS, Juan A., Los insurgentes, México, Porrúa (col. Sepan cuántos, 573), 1988.

– , Sacerdote y caudillo, México, Porrúa (col. Sepan cuántos), 1986.

MAYER, ALICIA, “Hidalgo como heresiarca luterano”, 20/10 Memoria de las revoluciones en México, núm. 1, México, Reflejo GM Medios, junio – agosto de 2008.

MEADE, Joaquín; Hemerografía Potosina; Historia del periodismo en San Luis Potosí, 1828-1956, en Letras Potosinas núms. 119-120 vol. XIV, enero-junio de 1956.

MEYER, Jean, Los tambores de Calderón, Diana, DIANA, México, 1993.

– , Camino a Bajan; Tusquets Editores; México, 2010.

MIÑO GRIJALVA, Manuel, El mundo novohispano. Población, ciudades y economía siglos XVII y XVIII, México, El Colegio de México – Fideicomiso Historia de las Américas – Fondo de Cultura Económica, 2001.

MIRAMBELL, Lorena; Laguna de Las Cruces, Salinas, SLP, un sitio paleontológico del pleistoceno final; INAH, Colección Científica Prehistoria No. 128; México, 1982.

MOLIÉRE (Juna Bautista Poquelin); Comedias (pról. Rafael Solana), Porrúa (col. Sepan cuántos, 144), México, 2001.

MONTEJANO Y AGUIÑAGA, Rafael; El clero y la Independencia en San Luis Potosí; México, 1971.

MONTEJANO Y AGUIÑAGA, Rafael; El Real de Minas de la Purísima Concepción de los Catorce, SLP; CNCA, 2001; México, DF, México.

MORRIS, A. E. J.; Historia de la Forma Urbana, desde sus orígenes hasta la revolución industrial; Editorial GG, 1ª edición, 8ª tirada; España, 2004.

MURO, Manuel; Compendio de la Historia de San Luis Potosí; San Luis Potosí, 1897.

NAVA MARTÍNEZ; María Concepción; Matehuala, una ciudad que agoniza; Instituto de Cultura de San Luis Potosí, Gob. del Edo. de SLP, 1997.

OTERO, Mariano; “La batalla de Calderón”, Episodios históricos de la Guerra de Independencia, t. I, México, INEHRM, 2008 (edición facsimilar de Episodios históricos de la Guerra de Independencia, México, Imprenta de El Tiempo, de Victoriano Agüeros, 1910).

PACIOLI, Luca; La Divina Proporción; Ed. Akal, Madrid, España, 2008.

PAYNO, Manuel; “GRANADITAS”, Episodios históricos de la Guerra de Independencia, t. I, México, INEHRM, 2008 (edición facsimilar de Episodios históricos de la Guerra de Independencia, México, Imprenta de El Tiempo, de Victoriano Agüeros, 1910).

– , “La noche del 15 de septiembre de 1810 en Dolores”, Episodios históricos de la Guerra de Independencia, t. I, México, INEHRM, 2008 (edición facsimilar de Episodios históricos de la Guerra de Independencia, México, Imprenta de El Tiempo, de Victoriano Agüeros, 1910).

– , “Las hazañas de Allende”, Episodios históricos de la Guerra de Independencia, t. I, México, INEHRM, 2008 (edición facsimilar de Episodios históricos de la Guerra de Independencia, México, Imprenta de El Tiempo, de Victoriano Agüeros, 1910).

PEDRAZA MONTES, José Francisco, Sinopsis Histórica del municipio de Villa de la Paz del Estado de San Luis Potosí; Centro de Desarrollo Municipal, 1994.

PEDRAZA MONTES, José Francisco, Sinopsis Histórica del municipio de Charcas del Estado de San Luis Potosí; Centro de Desarrollo Municipal, 1994.

PÉREZ MONROY, Julieta; “Modernidad y modas en la ciudad de México: de la basquiña al túnico, del calzón al pantalón”. Anne Staples (coord.) Historia de la vida cotidiana en México. IV. Bienes y vivencias. El siglo XIX, México, El Colegio de México Fondo de Cultura Económica, 2005.

POWELL, Phillip Wayne; Presidios and town son the silver frontier of the New Spain 1550-1580; en The Hispanic American Historical Review, núm. 2, vol. XXIV, Mayo de 1944.

– , Capitan Mestizo: Miguel Caldera y la Frontera Norteña, la pacificación de los chichimecas (1548-1597); FCE, México, 1980.

– , La Guerra Chichimeca (1550 -1600), FCE, México, 1996.

RUDOFISKY, Bernard; Constructores Prodigiosos, apuntes sobre una historia natural de la arquitectura; Ed. Conceptos, SA; México, 1984.

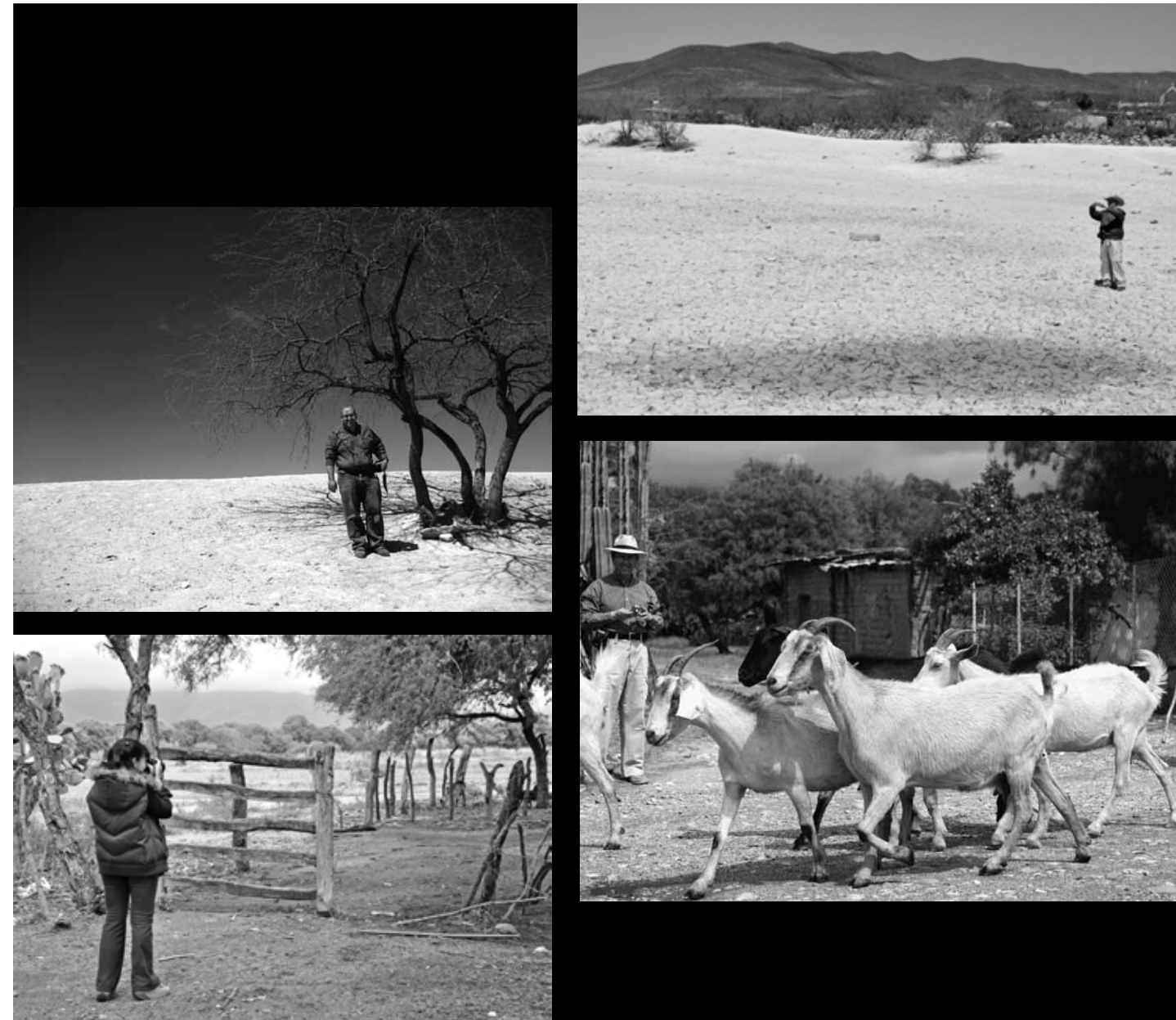
- RZEDOWSKY, Jerzy; Vegetación del Estado de San Luis Potosí; UASLP, SLP, 1966.
- SÁNCHEZ LARA, Rosa María (coord. ed.); Arquitectura Vernácula; Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico, Serie: Ensayos, No. 10; SEP-INBA, México, 1980.
- SAHAGÚN, Bernardino de; Historia General de las Cosas de la Nueva España; Colección Sepan Cuantos, Ed. Porrúa; México, 1982.
- SIERRA CASASUS, Catalina, “El excomulgador de Hidalgo”, Historia mexicana 10, vol. III, núm. 2, México, El Colegio de México, octubre – diciembre de 1953.
- SCHULZ, Chr. Norberg; Arquitectura Occidental; GG, Barcelona, España, 1983.
- TAIBO II, Paco Ignacio, El cura Hidalgo y sus amigos. 53 viñetas de la Guerra de Independencia; Ediciones B México, México, 2007.
- TOUSSAINT, Manuel; Arte Colonial en México; UNAM, México, 1999.
- VAN YOUNG, Eric, La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810 – 1821 (trad. Rossana Reyes Vega), Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- VÁZQUEZ SALGUERO, David E; Rastros de Sal; FECA, Secretaria de Cultura del Gobierno del Estado de San Luis Potosí, CNCA; México, 2008.
- VELÁZQUEZ, Primo Feliciano; Historia de San Luis Potosí, 4 Tomos, AHESLP; SLP, SLP, México, 1982.
- VILLALPANDO, José Manuel; Mi gobierno será detestado. Las memorias que nunca escribió Don Félix María Calleja, virrey de la Nueva España, Planeta Mexicana, México, 2000.
- , Miguel Hidalgo, Planeta Mexicana, México, 2004.
- YAMPOLSKY, Mariana; La Casa Que Canta: Arquitectura Popular Mexicana; SEP, México, 1982.

Secretaría de Gobernación, Centro Nacional de Estudios Municipales, Gobierno del Estado de San Luis Potosí, Los Municipios de San Luis Potosí, en “Colección: Enciclopedia de los Municipios de México”, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1987.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática; Anuario Estadístico San Luis Potosí, edición 2001; Talleres Gráficos del INEGI, Aguascalientes, México, 2001.

Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, Tabulados Básicos, San Luis Potosí, Talleres Gráficos del INEGI, Aguascalientes, 2001.

Secretaría de Gobernación, Centro Nacional de Estudios Municipales, Gobierno del Estado de San Luis Potosí, Los Municipios de San Luis Potosí, en “Colección: Enciclopedia de los Municipios de México”.



Sinópsis

Mucho se ha dicho y escrito sobre la gesta iniciada el 16 de Septiembre de 1810 en el pueblo de Dolores en Guanajuato, que hoy conocemos como “lucha de Independencia”. A pesar de su trascendencia solo conocemos la generalidad de sus actividades y rutas, existiendo grandes lagunas en la información.

A partir de la derrota sufrida en Puente de Calderón, Jalisco, y la retirada hacia el Norte por parte de las fuerzas insurgentes se pierde la historia y surge el mito.

Martín García Muñoz narra y divide en tres grandes capítulos de manera analógica como lo hiciera Dante Alighieri en “La Divina Comedia”, la Ruta de Hidalgo desde Dolores hasta Chihuahua. Considerando al primer periodo que va de Dolores a Puente de Calderón como “el paraíso”, de Puente de Calderón a Acatita de Bajan “el purgatorio” y de Acatita a Monclova y Chihuahua como “el infierno”.

Este libro se centra en “El Purgatorio”, en el tramo quizá menos conocido y más vasto que recorrieran el Cura Hidalgo y los insurgentes, el cual en buena parte corresponde al Estado de San Luis Potosí. El paisaje de las estepas áridas y rocosas de la altiplanicie potosina, con sus paisajes y pueblos de belleza peculiar, conforman escenarios dignos de ser admirados, que transmiten en el contexto de los acontecimientos históricos la reflexión y pesar que debió acompañar al célebre Cura en la huida.

La vivida descripción del paisaje y de los asentamientos salineros, agrícolas y mineros realizada por el Arquitecto Martín García esta complementada por imágenes fotográficas de Leonardo González Leos y Elva Lorena Rodríguez González, con la intención de documentar el aura (espíritu) de estos los lugares y de rescatar del olvido a una territorio hasta ahora olvidado.

Gabriel Alejandro Carranza Ramírez